

Mujeres

Economía Solidaria
y consumo responsable



305.4
C7449m Concurso de Mujeres: Voces, Imágenes y Testimonios (7º: 2013: San José) Mujeres, economía solidaria y consumo responsable / compilado por Lilliana María León Zúñiga, María del Carmen León Zúñiga.
-1 ed. - San José, C.R.: Voces Nuestras, 2014.

214 p. : 22 X 28 cm.

ISBN: 978-9968-787-14-7

1. Mujeres – Biografías – Costa Rica. 2. Mujeres – Solidaridad Económica. 3. Mujeres – Economía. 3. Mujeres - Concursos. 4. Mujeres – Relatos Personales. I. León Zúñiga, Lilliana María. II. León Zúñiga, María del Carmen. III. Título.

Publicación auspiciada por:

Evangelischer Entwicklungsdienst (EED) / ACTA ALLIANCE Alemana; Asociación Educativa Centro de Comunicación Voces Nuestras

Compilación y Edición:

Periodista: Lilliana León Zúñiga,
Centro de Comunicación Voces Nuestras

Revisión Filológica:

Daniela Ugalde

Diseño Gráfico:

Roxana Marín Segura
Tel.:8392-6650
roxanamarin@racsa.co.cr

Se permite la reproducción total o parcial de este documento, siempre y cuando se mencione la fuente y la autoría de todos los testimonios. Agradecemos si nos envían una copia de lo realizado con ellos a lilileon52@gmail.com

Centro de Comunicación Voces Nuestras.

San José, Costa Rica, noviembre 2013

Prólogo: La economía y la palabra..... 11

Introducción:15

**GANADORAS TESTIMONIOS
MODALIDAD ESCRITA 2013 19**

Tú eres la voz de las que no podemos hablar

Lidieth Hernández Naranjo

Cartago, Costa Rica

Derecho a grabación..... 21

Del plan "A" al plan "B"

Antelma Leticia Martínez Martínez

Pachuca, San Pedro Pozohuacan, Tecamac,
Estado de México.

Derecho a grabación..... 28

Bebida de los dioses

María Irene Beb Catun

Aldea Chajquej Chanyuk, San Pedro Carchá,
A.V. Guatemala

Derecho a grabación..... 36

**La semilla de la economía social solidaria
me fue heredada**

Yasy Morales Chacón

Abangares, Costa Rica

Derecho a grabación..... 44

Luchar es vivir

Flor Hernández

Faynier Murillo

Faynier Vargas

Zulay Zamora

María Eugenia González
Grecia, Costa Rica
Derecho a grabación..... **49**

Entre brumas y sueños viajera de sueños

María de los Ángeles Flores
Abangares, Costa Rica
Derecho a grabación..... **56**

Maestras del otoño

María Eugenia Brenes
Gladys Trigueros
Virginia Alvarado
Moravia, Costa Rica
Derecho a grabación..... **59**

Nuestras diarias acciones de economía solidaria y consumo responsable

Ana Mercedes Miranda Morán
El Salvador
Derecho a grabación..... **69**

Fuerza y Voluntad

Angélica María Quirós Mora
Moravia, Costa Rica
Derecho a grabación..... **76**

Una gran heroína

Lurima Estévez Álvarez
Santa Clara, Cuba
Derecho a Grabación..... **84**

**GANADORAS TESTIMONIOS
MODALIDAD PINTURA 2013** **87**

El chamán

Sandra Urrutia García
Ciudad Guatemala..... **89**

Corazón de hermana mayor

Aída Ramos González
San Salvador, El Salvador..... **90**

Manos de mujer

Antelma Leticia Martínez
San Pedro Pozohuacan, Municipio de Tecamac, México..... **91**

Mujer de campiña

Carolina Quintanilla
San Salvador, El Salvador..... **92**

Heroína de la agricultura comunal

Adela Adriana García Ibáñez
Quito, Ecuador..... **93**

**Retrato de familia: Estefany Rojas
Montero y Sara**

Irene Barrantes Jiménez
San Ramón, Costa Rica..... **95**

**GANADORAS TESTIMONIOS
MODALIDAD ESCRITA 2013** **97**

Grito callado. ¿Por qué escribo?

Jael Uribe
Santo Domingo, República Dominicana..... **99**

Mujer, corazón de la economía

Laura Varela Castro
San Ramón, Costa Rica..... **110**

Trabajo por la mejor recompensa

Miriam Vargas Santamaría
La Cruz de Abangares, Guanacaste, Costa Rica..... **115**

Así sobreviví

Eraida Benavides Rojas
San Carlos, Costa Rica.....**117**

Las campesinitas

Nuria García Brenes
Margarita Rodríguez
Isabel Badilla Rojas
Edith Santamaría Rodríguez
Sirley Vargas García
Doris Santamaría Rodríguez
Andrea Román García
Abangares, Costa Rica.....**120**

Mujeres, economía solidaria y consumo responsable

María Virginia Hernández Meneses
Alajuela, Costa Rica..... **124**

Pintura de un trabajo en dos tiempos

Gladys Trigueros Umaña
Moravia, Costa Rica..... **131**

Alma, viento y espíritu

Elsa Micaela Cotom Nimatuj
Guatemala.....**136**

En honor a mi abuela, mi admirable ídolo

La historia de Gladys López López
Rocío Gómez López
Las Juntas de Abangares, Guanacaste..... **141**

El amor: luz y sombra

Mayra de León
Guatemala.....**144**

Nosotras, economía creativa y desarrollo social

Lucía Aguilar Flores
Jackeline Mercedes Urbina
Fátima Gómez Urbina
Fátima Pérez Gómez
Rosario Mairena Gonzáles
Yari Alvarado Aguilar
Celieth Lazo Miranda
Yesenia Mairena González
Socorro González
Yorlin Angulo Soza
Francis Rodríguez
Luz Marina Campos Mendoza
Zayda Urbina Casanova
Marlene Jaime Cordonero
María Rocha Sequeira
Jeanneth Pérez Gómez
Gail Nystrom
La Carpio, Costa Rica..... **153**

GANADORAS TESTIMONIOS
MODALIDAD FOTOGRAFÍA 2013 **159**

Francisca

Antelma Leticia Martínez Martínez
San Pedro Pozohuacan, Municipio de
Tecamac, México.....**161**

Cosechando en algodónera orgánica

Elsa Ruth Espinoza Orozco
Managua, Nicaragua.....**162**

Camino de realización

Andrea Monroy Palacios
Guatemala.....**163**

Mi proyecto

Miriam Vargas Santamaría

La Cruz de Abangares, Costa Rica..... **164**

La venta del día

Ana Isis Estrada

Ciudad Guatemala..... **165**

¡Manos a la obra!

Maritza Ruiz Espinoza

Las Juntas de Abangares, Costa Rica..... **166**

Pensándolo bien

Valeria Argüello González

San Pedro de Montes de Oca, Costa Rica..... **167**

Herencia productiva

Angélica María Quirós Mora

Moravia, Costa Rica..... **168**

Confección de banderines patrios

Gladys Trigueros Umaña

Moravia, Costa Rica..... **169**

Frescura

Ana Teresa Sánchez Zumbado

San Antonio de Belén, Costa Rica..... **170**

GANADORAS TESTIMONIOS MODALIDAD POESÍAS 2013

Somos mujeres

Lucía Aguilar Flores (Lucy)

Jackeline Mercedes Urbina (Jaki)

Fátima Gómez Urbina (Alejandra)

Fátima Pérez Gómez (Antonia)

Rosario Mairena González (Rosi)

Yari Alvarado Aguilar (Yari)

Celieth Lazo Miranda (Celieth)

Yesenia Mairena González (Yesenia)

Socorro González (Socorro)

Yorlin Angulo Soza (Yorlin)

Francis Rodríguez (Francis)

Luz Marina Campos Mendoza (Luz)

Zayda Urbina Casanova (Zayda)

Marlene Jaime Cordonero (Lupita)

María Rocha Sequeira (María)

Jeanneth Pérez Gómez (Jeanneth)

Gail Nystrom

La Carpio, Costa Rica

Derecho a grabación..... **175**

Economía

Antelma Leticia Martínez Martínez

Tecamac, Estado de México

Derecho a grabación..... **177**

El Cesto

Cristina Venegas Méndez

San Pedro, Vargas Araya, Costa Rica

Derecho a grabación..... **179**

Mujeres, levanten sus voces

Virginia Alvarado Soto

Moravia, Costa Rica

Derecho a grabación..... **180**

Para vivir no necesito mucho

Ana Mercedes Miranda Morán

El Salvador

Derecho a grabación..... **181**

Una joven empresaria

María Denisse Villafuerte Palma

Guatemala

Derecho a grabación..... **182**

Mujer: esperanza de vida

Elsa Ruth Espinoza Orozco

Nicaragua

Derecho a grabación.....183

Réquiem a un mundo consumido por la ambición

Andrea María Cabarrús Melgar

Guatemala

Derecho a grabación.....184

A mis madres

Ana Cristina Bogantes Díaz

San Pedro, Costa Rica.

Derecho a grabación.....186

Una noche serena

Flor Hernández Murillo

San Luis de Grecia, Costa Rica

Derecho a grabación.....187

Canción: Economía solidaria para vivir mejor

Kattia Castro Valverde

Para la serie de radio.....189

El testimonio de la Editora

Lilliana León Zúñiga..... 191

¿Cómo escribir un testimonio?..... 204

Agradecimientos 209

Voces Nuestras..... 210

La Economía y la palabra

En este mundo convulso, en constante crisis, donde no podemos ignorar el acelerado deterioro del planeta, la destrucción de los diversos ambientes y la limitada esperanza que nos están dejando, es preciso pensar y repensar las formas de relacionarnos y de reproducir la vida.

Y una de las categorías que se nos presenta de primer orden, es la economía y con ella, las relaciones económicas.

Hay quienes sostienen que todo es económico y todo es político. Sin embargo, no todo está en venta y no todo se compra, sino que lo que hay a nuestro alrededor tiene que ver con nuestra vida, y por ello, con la reproducción de la vida misma.

La concepción de las relaciones económicas dominantes, desde el pensamiento dominante, nos impuso una visión. Por eso desde occidente aprendimos a separar los fenómenos y manifestaciones de la vida en campos de conocimiento distintos, independientes y no aprendimos a ver la vida de forma integral. Así desde esta perspectiva, lo económico se ve como todo aquello que entra al "mercado", donde todo se transa por dinero y se ha creído que la economía es sólo cuando compramos, vendemos o cuando hay dinero de por medio.

Esta idea, en una sociedad mercantilizada, donde la vida se ha convertido en una gran plaza, adquiere más y más poder. Desde aquí se construyen visiones y valoraciones, y esto nos ha llevado a valorar casi exclusivamente lo que se compra o se vende. Basta notar la importancia de las marcas, símbolo de estatus. Por tanto el valor de las personas se da dependiendo de su capacidad de consumo o articulación al "mercado".

Sin embargo, en el día a día, no todas las acciones económicas pasan por este “mercado”. Por eso sostenemos que hay nuevos conceptos y acciones económicas que contribuyen a la defensa de la vida y de la naturaleza.

Retomo aquí el concepto desarrollado por Hinkelammert y Mora, que propone “Una economía para la vida se debe ocupar de las condiciones que hacen posible esta vida a partir del hecho de que el ser humano es un ser natural, corporal, necesitado (sujeto de necesidades)”¹.

Cuando hablamos de esta economía, que sustenta la vida, estamos hablando de producción y reproducción de la vida y de las condiciones que la hacen posible, hoy y mañana, pero además, de las condiciones que permiten una vida digna, y la satisfacción plena de las necesidades de la Humanidad. Pero ello solo es posible si consideramos que la reproducción de la naturaleza debe asegurarse.

Y cuando hablamos de valorar las condiciones que sustentan la vida, nos referimos a la producción y reproducción de bienes, servicios, cuidados, que no necesariamente transitan por el “mercado”.

El trabajo y todo lo producido por las mujeres en sus casas, para sus familias, ha sido históricamente desvalorizado porque no entra al “mercado”, porque no se transa por dinero, no es contabilizado y por lo tanto es invisibilizado. Y esto tiene una extensión, si el trabajo de las mujeres no tiene valor, tampoco lo tienen las mujeres. Aunque las mujeres hagan el mismo tipo de trabajo dentro y fuera de su casa, solo si media salario es considerado trabajo.

Cuando las mujeres preparamos un plato de comida, realizamos una actividad económica, pero también cuando

¹ Hinkelammert, Franz y Mora, Henry. En “Hacia una economía para la vida: preludeo a una reconstrucción de la economía” página 29. ,

las mujeres del campo siembran plantas de yuca, o cuidan gallinas, están produciendo bienes que contribuyen a la reproducción de la vida. Sin embargo, ni uno ni otro es valorado por los mecanismos que existen en esta sociedad de dominación, de exclusión y discriminación.

Valorar el trabajo de nosotras las mujeres lleva consigo reconocer nuestro derecho a la autonomía, a decidir sobre nuestras vidas, nuestros trabajos y cuerpos.

La reflexión de las mujeres sobre su participación económica es un paso fundamental en el proceso de valoración del trabajo desde las mismas mujeres y para el resto de la sociedad. En cada una de las historias que se presentan en este Concurso, se reflejan los trabajos realizados por las mujeres para sostener a sus hijos e hijas, para cuidar a otras personas, por ejemplo cuando un grupo cambió la siembra de yuca y plátano por cacao para vender, o en el caso de Angélica que no pudo quedarse con el diploma de graduación de su hija, cuando el padre de la niña le reclamó que él era el dueño, porque él pagó sus estudios, sin reconocer el valor del trabajo de crianza realizado por la madre, o cuando Lurima, la gran heroína, además de sus jornadas en el hospital atendía a su hijita en todas sus necesidades, incluso llevándola al parque a jugar. En cada historia, aunque no se admita de manera explícita, hay mucho trabajo no remunerado de las mujeres.

Otros relatos nos llevan a dimensionar la necesidad del quehacer desde la colectividad, como Yasi la nieta de Layla, tratando de crear espacios de producción asociativos, así como otras que ponen su corazón en el esfuerzo de plantear otras formas de economía.

Estos relatos nos permiten asomarnos a la economía para la vida, a las contribuciones de las mujeres, impregnadas de afecto, de vínculos humanos. Así reconocemos a las madres, a las abuelas, a las hijas, a las

hermanas cuando le dan un sentido a la vida, y a sus propias vidas.

Esta articulación entre la revalorización del quehacer económico de las mujeres y la palabra en este Concurso, es el boceto de nuevas concepciones, que empiezan a borrar el andamiaje de la exclusión, la discriminación, la destrucción, el silencio y el sometimiento.



Alejandra Bonilla Leiva

9 de noviembre 2013.

El Concurso de Mujeres: Voces, imágenes y testimonios hace 13 años forma parte de las estrategias de trabajo que desde Voces Nuestras impulsamos para el reconocimiento y el ejercicio del derecho a la comunicación, una necesidad fundamental para el desarrollo de la humanidad y la democratización de nuestras sociedades.

A lo largo de la historia, las mujeres hemos querido expresar nuestras ideas y nuestros sentimientos, hemos querido tomar la palabra y la pluma, pero sólo una minoría ha conseguido romper el muro de silencio impuesto por la sociedad patriarcal. Las mujeres, según el acertado análisis de Simone de Beauvoir, han sentido cómo, a medida que crecían, las colocaban en un lugar que ellas no habían elegido, y del que era muy difícil, si no imposible, escapar.

Desde sus inicios Voces Nuestras ha trabajado de diferentes formas para que las mujeres se apropien de la palabra desde los distintos espacios, pues sostenemos que para asegurar la protección y respeto de los derechos humanos de nosotras las mujeres es imprescindible el pleno ejercicio del derecho a la libertad de expresión e información. El ejercicio amplio y sin restricción de este derecho permite una mayor participación activa de las mujeres en la denuncia de abusos y en la búsqueda de soluciones que resultarán en un mayor respeto a todos nuestros derechos fundamentales. El silencio es el mejor aliado para perpetuar los abusos y desigualdades a los que nos encontramos sujetas, aún en pleno siglo 21, en todo el hemisferio.

En el año 2000, Voces Nuestras adopta esta propuesta latinoamericana del Concurso conocida como una estrategia creativa de género y comunicación para crear espacios de expresión desde las mujeres utilizando la

palabra y la imagen y así ellas mismas se decidieran a contar y mostrar al mundo sus historias de vida desde la cotidianidad.

Hoy trece años después, hacemos un recuento y balance de lo que se ha logrado desde todos los ejes del Concurso, en cuanto a la participación logramos que 995 mujeres de 15 países enviaran 901 testimonios. 746 mujeres de organizaciones sociales de Costa Rica, Nicaragua, Honduras, el Salvador y Guatemala fueron capacitadas. 5 organizaciones centroamericanas se sumaron a coordinar el Concurso en tres países de Centroamérica y 34 organizaciones participaron apoyando a nivel local en cada país. 80 mujeres apoyaron en las organizaciones como facilitadoras o promotoras del Concurso en sus países.

Se han publicado 7 libros y elaborado 7 series de radio con los testimonios ganadores, series que se transmiten por radios de América Latina y los libros se entregaron a las participantes, a organizaciones sociales, a periodistas y a bibliotecas públicas. Se han producido 174 materiales para la divulgación del concurso en medios de comunicación y en organizaciones sociales. Todos estos materiales están publicados en la página WEB de Voces Nuestras, y las series en www.radioteca.com.

Si tomar la palabra era el objetivo estratégico, las mujeres han cumplido plenamente el propósito, han pasado de ser objetos literarios a ser sujetos que escriben, pero que escriben sobre ellas mismas y sobre la forma de concebir el mundo, para explicarlo y para reconstruirlo de otra manera: "el Concurso ya en sí provoca cambios, nos anima a perder el miedo a la escritura a expresarnos dibujando nuestro mundo con nuestras palabras" dice una de las participantes.

Este Concurso ha permitido principalmente el empoderamiento de las participantes y la dignificación de sus vidas, siendo las mismas participantes las que expresan el éxito de esta estrategia de la siguiente manera:

"El Concurso me enseñó que todas podemos salir adelante y que nunca es tarde para cumplir nuestras metas", "este proceso me ha ayudado a liberarme", "ha aliviado mi alma; he sido valiente, ha pesar de siempre haberme considerado débil", "reconocí la importancia de la solidaridad y que muchas tenemos historias en común".

Precisamente porque han tenido que vencer muchos miedos y obstáculos para tomar la palabra, son conscientes de la capacidad de manipulación y del encubrimiento de la realidad que tiene el lenguaje y han soportado que las mismas palabras significaran realidades distintas para ellas, porque "el poder de nombrar" no estaba en sus manos. A medida que han ido arrancando ese "poder" al patriarcado, y ha este mundo que nos ha silenciado no sólo han sabido revelar su fuerza, sus frustraciones y sus esperanzas, sino que también se han rebelado contra un sistema que las oprime y han puesto en común estrategias de transformación.

A pesar de que creemos que existen suficientes razones para desarrollar este tipo de propuestas, las limitaciones siguen siendo muy fuertes. Acceder a recursos para su realización es una tarea muy difícil, y hemos decidido que esta será la última edición del Concurso como estrategia, sin embargo, por el éxito alcanzado seguiremos trabajando el testimonio como herramienta en nuestro procesos con mujeres y organizaciones sociales.

Reconocemos el apoyo en esta experiencia a las cinco agencias de cooperación (Vredeseilanden, Mesoamérica, VECO-MA), HIVOS, Evangelischer Entwicklungsdienst (EED) y Acta Aliance de Alemana, TROCAIRE, We Effects-SCC), a las 18 instituciones auspiciadoras, a las

cuatro empresas comerciales, a las cinco organizaciones centroamericanas (Costa Rica: Centro de Comunicación Voces Nuestras y Comité de género de VECO. Nicaragua: Sistema de Información Mesoamericano (SIMAS) y la Sección de la Mujer de la Unión Nacional de Agricultores y Ganaderos (UNAG). Guatemala: Unión Nacional de Mujeres Guatemaltecas (UNAMG) que creyeron en este espacio y lo hicieron posible. Agradecemos el compromiso de nuestras compañeras María del Carmen (Mary) y Lilliana León sin el cual, el buen desarrollo del Concurso en estos trece años habría sido imposible.

Cerramos así un ciclo que nos deja muchos aprendizajes y experiencias, cerramos agradeciendo principalmente a esa gran diversidad de mujeres que desde México hasta Panamá, se atrevieron a tomar el lápiz, el pincel o la cámara para mostrarnos lo que han construido, lo que han andado y vuelto a andar, lo que han hecho en sus vidas y comunidades, que les ha permitido recuperar su dignidad.

misla

Maritza Salgado Silva

Directora

Centro de Comunicación Voces Nuestras



GANADORAS

TESTIMONIOS

2013

ESCRITA



Tú eres la voz de las que no podemos hablar

Lidieth Hernández Naranjo
Cartago, Costa Rica
Derecho a grabación

El inicio de mi existencia en este mundo llegó el 8 de mayo de 1970, mes de las primeras lluvias y flores. Esta es mi historia... la de quien hoy se conoce como "Nena". Soy la primogénita del matrimonio de Olman Hernández Fallas y Adilia Navarro Cordero. Con el tiempo llegaron mis hermanos Gemar, Jimmy, David y mi hermana Yajaira.

Me tocó ser parte de una historia que tiene siglos de continuidad en las familias campesinas, en las que nuestras tradiciones, la cultura y trasmisión del conocimiento campesino se lleva en la sangre y en nuestro ser.

Mis padres compraron una finquita en El Alumbre, en Corralillo de Cartago. Vivíamos en una casa de madera muy acogedora, alrededor había un jardín con flores de diversos colores donde llegaban mariposas de muchas variedades. Siempre esperábamos con alegría la llegada del invierno para empezar con las siembras. También, se realizaban los intercambios de diferentes semillas ya seleccionadas con cuidado, para sacar la mejor calidad y que se conservan por años en las familias (frijoles -timborillos negros, cubases-, vainica, rábanos, culantro, ayotes, zapallos, maíz, la caña, arracache, ñampi, papa, ajos, variedad de chayotes).

Además, cuidábamos de los animales: vacas, gallinas, cerdos no podían faltar los gatos y los perros. A mí me encantaba espantar ardillas en la milpa porque siempre fui muy bullera; también seguía a las gallinas, me emocionaba cuando las encontraba con los huevos porque siempre nos bebíamos uno y nunca decíamos nada (jajaja).

El no contaminar la tierra fue siempre importante para la familia por la gran diversidad de pájaros y animales de monte (“los armados, tigrillos, coyotes, conejos, ardillas, zorros y también hay hormigas ronchadoras que limpian la tierra”). Definitivamente conservamos en esta región gran variedad de especies que hoy podemos conocer y disfrutar.

Lo bueno siempre dura poco porque para los años ochentas, con las políticas de los famosos Planes de Ajuste Estructural (PAES), la historia cambió y ya el campesinado no era importante para mantener la soberanía alimentaria de este país. Los políticos consideraron que lo mejor era traer todo de afuera “disque” porque era más barato, y así empezó el desmantelamiento del sector campesino.

Sin tregua, el Estado empezó a darles a las transnacionales tierras para producir principalmente banano y piña, desde la zona sur hasta llegar a Guanacaste. Con esto, se contaminaron ríos y aguas para el consumo humano. Para los vecinos de estas comunidades, ha sido muy duro enfrentar toda esta destrucción del medio ambiente y contaminación por los agroquímicos utilizados; esto creó que los habitantes afectados protestaran contra las transnacionales y el Estado, para que no se permitiera el uso de químicos prohibidos en países desarrollados.

La realidad de los campesinos cambió radicalmente. Empezaron a tener problemas para vender café, frijoles, maíz, cebollas y papas, porque no se quería pagar el verdadero costo que significa sembrar, cosechar hasta vender el producto. En aquel momento no entendí quién ponía el precio de los productos y por qué preferían traerlos de otros países. En mi pequeño mundo de niña, había muchas preguntas y ninguna respuesta clara.

Los campesinos empezaron a organizarse en un sindicato que se llama UPA NACIONAL para luchar en todo el país. Los enfrentamientos entre el gobierno y los cam-

pesinos fueron cada vez más grandes, pues según el Estado “lo de afuera era mejor y más barato”.

Empecé desde muy chica a acompañar a mi papá a reuniones. Esto fue bueno porque las mujeres no participaban de esos espacios, pero como era una niña nadie lo notaba, solo escuchaba a los hombres hablar y hablar... Entre los problemas que tenían, ellos mencionaban que los insumos estaban caros, y que el cobro de la revisión técnica vehicular (RITEVE) afectaba a los que iban a la feria del agricultor, ya que tenían carros viejos.

Por otro lado, decían que se había cerrado el crédito para los agricultores, lo que significó que muchos perdieran sus fincas. Todo esto dio lugar a que parte de la población joven fuera utilizada en los parques industriales (maquilas), mientras que otra parte empezó a migrar para Estados Unidos buscando el “sueño americano”. Como resultado de esta apertura a los mercados a nivel mundial, se generó la desintegración de muchas familias campesinas.

Desde entonces, hemos tenido gobiernos muy sordos, que solo han dado pequeñas cosas bajo presión, limitando cada vez más el espacio de maniobra de las familias campesinas para protestar ante las políticas de apertura del mundo globalizado, políticas neoliberales impuestas desde hace mucho tiempo y ratificadas en las reglamentaciones con el Tratado de Libre Comercio (TLC) con Estados Unidos.

Este panorama ocasionó consecuencias económicas en las familias, como menos plata para educación, salud, vivienda, recreación y poder continuar produciendo la alimentación para el consumo familiar y nacional. Esto se refleja en la pobreza que se implantó en las zonas rurales de producción campesina de la cual mi familia y yo somos parte.

Como puede verse, no todo era maravilloso para mí... y si nos vamos a las labores domésticas eran un fastidio y no me gustaban para nada. Empecé desde muy niña a cuestionar cosas: "¿por qué las papas no vienen peladas?", "¿por qué tengo que hacerlo yo si también están mis hermanos?", "¿por qué las mujeres tienen que hacer oficio y no pueden jugar?", "¿por qué tener que lavar, cocinar, limpiar todos los días, cuidar a los hermanos?". "Todo yo, todo yo", y refunfuñaba cuando me ponía a hacer algo mi mamá, a mí siempre me gustaron más las labores del campo.

Sin embargo, también había cosas buenas. Disfrutamos de las más ricas comidas, con un sabor natural: sopa de gallina, frito, olla de carne, los requesones de vaca recién parida (iriquísimos!), gallos de queso con tortillas de maíz hechas a mano... hambre nunca tuve, siempre disfruté de una comida sana y nutritiva.

Además, el intercambio entre la vecindad era algo normal, desde semillas hasta comidas como conserva de chiverre, biscocho en horno de barro, morcilla y, cuando mataban cerdos, llegaban chicharrones con guineo; además de un buen trago de contrabando para entonar con naranjilla y sal... bueno, eso solo para los hombres; las mujeres no consumían licor porque "¿qué diría la gente?"

Llegué a la escuela y confirmé que algo pasaba. En ese entonces ni siquiera imaginaba qué era lo que ocurría. Algo estaba mal con los hombres y las mujeres, y nadie decía nada. Parecía muy normal que los niños podían jugar bola y sembrar la hortaliza, mientras nosotras recibíamos bordado y jugábamos cromos. Eso empeoró cada día: cuando queríamos jugar bola, no se nos permitía hacerlo, hasta que tuvieron que hacer un equipo de mujeres para ir a jugar con otras escuelas -ial fin un logro!-, y fuimos tomadas en cuenta por la necesidad de

tener el equipo de mujeres. Yo siempre jugué de defensa izquierda.

Para mi suerte, fui buena estudiante. Me lo reconocían con un premio a la salida de clases. Esto me ayudó para tener a mi cargo la presidencia de clase y tenía la buena voluntad de las maestras. Pasaron los felices años de escuela entre estudio, juegos y algunos pleitos.

En sexto año, el maestro de religión me preguntó qué quería ser cuando grande. Le respondí que debería haber algo más en la vida para las mujeres que crecer para casarse, tener hijos y realizar oficios domésticos. Las mujeres no somos dignas ni siquiera de tener dinero para comprar unos confites o nuestras necesidades más personales, mucho menos para echar la limosna en el plato de la iglesia y menos para ser tomadas en cuenta para algo. Estamos inmersas en una sumisión a la voluntad de los hombres y adoctrinadas por la iglesia. Las voces de las mujeres nunca se escuchan por miedo.

Para hacer cambios, por lo menos en la vida mía, empecé a buscar.. me integré a la catequesis infantil, cuestioné algunas cosas de la iglesia; por ejemplo, por qué en la imagen de la Santísima Trinidad solo hombres hay. Después de decir eso, me pidieron que mejor saliera.

Ya con mayoría de edad ingresé a la Junta Directiva de la Asociación de Desarrollo. Era ideal, pero como era mujer me tocó ser la secretaria. Fue un salto al mundo del servicio comunitario y aprendí mucho en ese espacio público y de hombres. Pero no encontraba lo que quería y seguí buscando.

Luego, me integré a un grupo de jóvenes en UPA NACIONAL donde encontré muchas respuestas al por qué de la situación del campesinado. Visité una organización de jóvenes campesinos en Holanda, la cual tenía un gran nivel en tecnología y avance en la producción, en inver-

naderos, maquinaria y comercialización. Además, tuve la oportunidad de visitar una inmensa subasta que trasladaba los productos a todos lados. En ese momento pensé: “estamos perdidos nosotros en Costa Rica con tanta competencia”.

Fue la primera vez que estuve en un mercado alternativo o solidario entre familias, en el que elaboraban unas canastas de productos para vender en la comunidad. Imagínate a “Nena” que por fin salió de su casa en el campo, a ver el mundo.

Volví con un panorama más claro: debíamos defender el campesinado para mantener la soberanía alimentaria. Me interesé por ocupar un lugar en la toma de decisión en la Junta Directiva de la organización, lo cual me permitió estar en un espacio político y público para participar activamente en las luchas en la calles, mesas de diálogos y espacios de toma de decisiones. Sí, fue difícil como mujer y dirigente en una organización manejada por hombres, llegar hasta la Secretaría General, pero lo logré en la UNAG. Las esposas de los afiliados me decían: “Nena, sea la voz de las mujeres que nunca vamos a dar ese salto hacia ese espacio público y político”.

Luego vino la participación en la Vía Campesina: Coordinadora Latinoamericana de Organizaciones del Campo (CLOC), Red de Mujeres Rurales de América Latina y Caribe (RERLAC) y Mesoamericanas en Resistencia. Me di cuenta de que todos mis sueños de que las mujeres teníamos oportunidad en este mundo patriarcal se podían superar, porque no estaba sola. Me encontré en mi caminar por varios países con mujeres luchando por la recuperación de la tierra, por la defensa de nuestros territorios, con sus empresas -no digo “pequeñas”, porque para nosotras son grandes- produciendo alimentos y comercializando productos de manera asociada, lo cual nos permite tener una autonomía económica.

Mantenernos en el campo es nuestro ideal, pero con una claridad en lo que respecta a la lucha que tenemos que dar por cambiar los roles patriarcales impuestos por tantos años. Nosotras, somos parte indispensable para el accionar del mundo, considero que es preciso la formación en temas de autoestima, liderazgo, empoderamiento, feminismo; así como de las diferentes formas de violencia física, psicológica y estructural que viene de los espacios públicos que nos violentan día a día, sin tregua, a las mujeres, para que nos mantengamos en lo privado, doméstico y reproductivo, y fuera del espacio, público, político y productivo. Por tanto, no podré descansar hasta lograr que nuestras iniciativas como mujeres en lo productivo nos permitan tener los medios y recursos para seguir cambiando las cosas y para equilibrar la balanza de la equidad en este mundo patriarcal y capitalista.

Te preguntarán si encontré respuestas a mis preguntas sobre si hay algo más para nosotras las mujeres... Sí lo hay. Descúbrelo tú también, tomando decisiones que te cambiarán la vida. A mis 43 años, soy una mujer que logró cambiar la historia de su vida.

Del plan “A” al plan “B”

Antelma Leticia Martínez Martínez
Pachuca, San Pedro Pozohuacan,
Tecamac, Estado de México.
Derecho a grabación

Dicen que experiencia no es lo que te pasa, sino lo que haces con lo que te pasa.

Cuando pensé que mi vida estaba resuelta y todo funcionaría de acuerdo a mis planes, descubrí que no basta con tener un plan “A”, porque las circunstancias cuentan y al final todo lo cambian. Yo, acostumbrada al trabajo duro, y principalmente a valerme por mí misma, creí que siempre sería así, pero la vida me tenía reservada una enseñanza más...

Cuando por salud me vi imposibilitada para realizar esfuerzos físicos, sentí que el mundo se derrumbaba, ni siquiera las cosas más elementales de mi casa podía hacer. Todo parecía una mala broma del destino, pero era real, y necesitaba urgentemente un plan “B” para continuar. Así que empecé por mirar lo que había sido mi vida.

No recuerdo exactamente desde qué edad comencé a trabajar, pero a mis escasos 7 años, ya tenía bien presente que debía contribuir a la economía familiar y que tenía ciertas obligaciones que debía cumplir todos los días, aparte de ir a la escuela.

Mi padre tenía de oficio el armado de colchones y además era campesino. Compró unas tierras que adquirió a pagos, por lo cual vivíamos con grandes sacrificios. Él amaba el campo y a sus nueve hijos: siete mujeres y dos hombres, y nos transmitió ese amor y entrega a la tierra, aunque el trabajo era realmente pesado.

El trabajo de armado de colchones también es muy duro, sobre todo si eran para reparar. Antiguamente había colchones que eran de lana. Eran los más laboriosos porque había que “variar” dicha lana para aflojarla con un alambón muy delgado que cortaba lo dedos de las manos.

Recuerdo que hubo días que tuve que perder mis clases porque íbamos a fabricar colchones a lugares lejanos. Me viene a la mente el Hotel Posada del Rey, allá por Ciudad Valles, San Luis Potosí. Todos los que ahí trabajaban eran adultos, algunos me veían con admiración, pero me decían que yo debía estar en la escuela y no trabajando. No me creían cuando les decía que sí estudiaba, y que no trabajaba por un sueldo, sino por ayudar al gasto de la casa.

“¿Pero no te gustaría solo estudiar?, me preguntaban. ¡Claro que me hubiese encantado! Los libros, los cuadernos y lápices no hacían ampollas en las manos, como sí lo hacían las agujas grandes y el hilo cáñamo que ocupábamos para cerrar las capas. Además, a falta de mesas especiales, trabajábamos en el suelo, por lo que pasábamos muchas horas sobre las rodillas, que terminaban hinchadas el fin de semana. ¡Y qué decir de los pinchazos de las agujas cuando errábamos un poco la puntada! Cada mañana resultaba más dolorosa. Mi santa madre nos curaba metiendo nuestras manos en agua caliente con sal, con mucho cariño, eso sí.

¡Cuánto anhelaba regresar a casa y poder ir a la escuela! Todo era mejor que trabajar.

Salíamos a comer a un restaurantito de paso, situado a orillas de la carretera. Ahí había una niña de mi edad que siempre me invitaba a jugar con ella. Un día le pidió permiso a mi papá, él se negó y se puso serio. Desde ese momento, pude ver con más claridad algo: yo no era una niña como todas. Yo sacrificaba mi escuela, y muchas veces los juegos, para poder trabajar.

Pero además, no recibía un sueldo, “solo para el refresco”, como se dice. Y efectivamente solo alcanzaba para eso. Aclaro que nunca me obligaron ni tampoco me preguntaron si quería hacerlo, pero me consolaba saber que ayudaba a sostener la casa y a pagar las tierras.

¡Benditas tierras! Cómo negar el cariño que siento por aquel terruño que también me enseñó a labrar. Esa era nuestra otra fuente de ingresos, creo que más pesada aun que la anterior, y por esta ni para el “chesco” nos daban. Aún me parece escuchar las palabras de papá, cuando estábamos en el campo y veíamos maravillados aquellos vastos sembradíos. –“Un día, todo esto será de ustedes”–, repetía con voz firme, sabiendo de antemano el efecto de motivación que producía. Saber que trabajaba como peón y sin sueldo, pero por “algo” que sería al fin de cuentas mío, era un gran aliciente para comenzar cada día, para soportar el cansancio, el sol quemante, la lluvia; todo.

En épocas de siembra y cosecha también había que faltar a la escuela. En aquel tiempo, todo se hacía con yunta. No había muchos tractores ni dinero para pagarlos. Mis hermanas mayores y mi madre también ayudaban. Las jornadas del campo son pesadas y de sol a sol. Además aquí no hay diferencia de edad ni sexo. No entiendo cómo muchos siguen refiriéndose a las mujeres como el “sexo débil”. ¿Qué saben ellos del campo, donde nadie repara si eres hombre o mujer, adulto o niña? No hay surcos ni machetes más pequeños o que pesen menos. Se trabaja igual, se suda igual, tienes que avanzar a la par de todos, el sol quema por igual. Y todo esto, en nuestro caso, por ningún sueldo.

Creo que fue por eso que mis hermanas se fueron casando muy jovencitas, esperando quizá darle un cambio a su vida. Tengo que reconocer que muchas veces yo también pensé en dejarlo todo, y hacer lo mismo que ellas, pero sabía que eso no me llenaría.

Pese a todo, no dejé la escuela. Me levantaba muy temprano a ordeñar las vacas, a salir a repartir la leche, a lavar mi ropa, a ir a la escuela, y por las noches a hacer mi tarea. ¡Cómo olvidar las veces que me encontró la madrugada estudiando, a la luz de esa flamita vacilante que parecía dormirse por momentos... y es que en ese tiempo no teníamos luz!

Mi madre quería que estudiara para secretaria, creo que en el fondo ella hubiese querido serlo; además, la mayoría de mis compañeras aspiraban a eso. Mi padre quería que fuera abogada, pero eran más años y no había dinero ni tiempo. Y yo simplemente quería estudiar para poder dedicarme a otra cosa donde sí recibiera un sueldo.

Estaba cansada de repetir todos los días la misma jornada y no ver ningún progreso; cansada de las burlas de mis compañeros de escuela -porque faltaba a clases, porque no iba con ellos cuando nos tocaba la tarea en grupos, porque difícilmente estaba en algún festival-; cansada de ir con mis vecinos a ver la tele, porque no teníamos para comprar una.

Miraba mis manos, enverdecidas por cortar la hierba, callosas por el machete o la guadaña, ampolladas por la aguja, cortadas por el hilo cáñamo o la reata. Eran ásperas, muy lejos de parecerse a las de mis compañeritas de escuela. Anhelaba tanto crecer, ser adulta y decidir por mí en qué y en dónde trabajar. Ganar mi dinero, comprar todo cuanto deseaba y tener una casa con jardín y grandes ventanas.

Cuando mis padres se separaron, tuve que hacerme cargo del hogar... un hogar al que yo amaba, sí, pero no deseaba tal responsabilidad. Ahí aprendí a realizar todas las labores que son asignadas a las mujeres; ahí aprendí a multiplicarme, porque no dejé de hacer todo lo demás. Esto duró algunos años. Mi padre falleció y mamá regresó a casa.

Cuando esto ocurrió, yo tuve que hacerme cargo de generar la economía. Mi madre me dijo algo que entonces marcó mi vida y me hizo admirarla más: "Yo no quiero que ninguna hija me mantenga". Al principio me sentí mal, pero luego entendí a quien había yo salido. Era su momento: luchar por ella misma, sin el yugo que significaba un marido celoso e impositivo ni más hijos a quien atender. Ahora se dedica a tejer bolsas para dama.

El campo definitivamente ya no deja. Por estos lugares, cuando no es la sequía, las heladas anticipadas lo acaban todo y los apoyos gubernamentales nunca llegan. Hay muchas tierras abandonadas. El pago de predial lo han incrementado de modo criminal. Políticos obligan a la gente a malbaratar, para luego ellos vender a grandes constructoras y seguir llenando el campo de miles de casas de interés social.

Nosotros no hemos vendido. Dándolas a medias con otros agricultores, logramos conservarlas aún. Pero el campo requiere, además, de tiempo completo y grandes inversiones para volver a hacerlo productivo... ¡Ah, cómo extraño comer esas calabacitas con sus flores, los elotes, las habas y demás cosas que cosechábamos y comíamos recién cortadas! Jamás he comido nada igual. Era duro ese trabajo, pero daba para comer de manera sana.

Me fui trabajar a diferentes lados y al mismo tiempo continué elaborando colchones, pero ya solo nuevos y de venta a particulares. Luego, llegué al restaurante bar, donde tuve la oportunidad de concursar por el puesto de encargada y lo conseguí.

Aquí mi vida cambió. Conocí a mujeres que vivían todo tipo de abusos y eran víctimas de innumerables denigraciones... Todo lo sabía de antes, pero no es lo mismo verlo tan de cerca. Esto hizo que me involucrara un poco en la situación social y política de la mujer y que tomara

conciencia de los manejos turbios que hacen los servidores públicos, en vez de bajar los recursos para lo que realmente son.

Motivada por todo lo anterior, comencé a participar en campañas políticas, a tomar cursos y talleres acerca de mujeres en estado de vulnerabilidad. Al mirar las carencias que tienen, los maltratos, la discriminación de la que son víctimas, cómo muchas son explotadas laboral y sexualmente, y cuánto tiene que ver en esto la baja autoestima, me he impulsado a seguirme preparando para impartir talleres de manera gratuita.

Hasta aquí, el primer plan marchó como debía, pero por problemas de salud, dejé completamente la fabricación de colchones y viendo mi imposibilidad de atender las labores del hogar, me vi en la necesidad de crear un segundo plan, claro, después de lamentarme y preguntarme decenas de veces "¿por qué yo?"... Yo que desde niña tuve que trabajar en lo más rudo, ahora no podía ni siquiera lavar mi propia ropa. Sin embargo, me di cuenta de que, gracias a Dios, ahora yo sabía hacer muchas cosas más y podía trabajar en algo que no me requiriera esfuerzo físico.

El plan "B" consistía en cambiar por completo mis actividades y pedir apoyo... ¿quiénes mejor que mis hermanas? Para no ser una carga, se me ocurrió invitar a una para hacerme de comer, a otra para lavar la ropa y a otra más para el aseo. Les propuse hacer las cosas por un pago. Y ahí surgió el primer problema "¿Cómo crees que te voy a cobrar? No, yo te ayudo así" fue lo que cada una me dijo por su parte. Ahí comprendí qué tan arraigado llevamos las mujeres eso de que nacemos para cuidar, servir, atender y, sobre todo, realizar tales labores sin un pago.

Me costó trabajo hacerles entender que era un servicio primordial, el cual necesitaba no solo por unos días, y

que además yo debía y podía pagarlo. Ese fue otro punto difícil: cuánto pagar. "Lo que tú me quieras dar" es un arma de dos filos. Si la persona considera que es poco, ya se jodió todo; si por el contrario deseas quedar bien, "bueno, le voy a dar más, es mi hermana" tampoco funciona. De ambas maneras, se rompe el plan original y termina habiendo una inconformidad.

Total que les propuse investigar el costo que tenían tales funciones. Así, determinamos en común acuerdo que el pago sería el mismo que una cocina económica cobra por el desayuno y la comida a domicilio, que la lavandería cobra por docena y que una persona cobra por día para realizar el aseo general. De este modo, terminamos formando una cadena de servicios, haciendo cada quien lo que puede sin que esto afecte su vida familiar ni su economía. Antes pudiera pensarse, quizá, que como familia "tenemos la obligación de ayudarnos de manera voluntaria" y sin un pago de por medio, pero en la realidad, esto no es viable.

Aún en familia, el apoyo es recíproco. Si yo recibo algo, llámese como se llame, también debo entregar algo a cambio. Yo necesito sus servicios, ellas me apoyan sin descuidar su casa ni su familia, y yo doy un pago justo que finalmente termina siendo un ingreso extra. Para la comida, solo aumentan una porción más, para la ropa también aumentan una muda y terminan haciendo lo que todos los días.

Esto nos ha traído beneficios: quien hace la comida, ahora ya les vende a más personas que trabajan cerca; yo tengo más tiempo para realizar mis actividades, mis cursos, y además he visto un ahorro de gas y no desperdicio comida, porque me dan lo justo.

Ahora trabajo para un diseñador. Tengo la casa y el hogar que soñé. Me llena de satisfacción el poder ayudar a otras mujeres. Lamento quizá el haber madurado tan

rápido, el no haber disfrutado mi niñez. Dicen que soy demasiado exigente, pero a mí la necesidad me exigió desde muy niña a luchar por la economía familiar y luego por la mía... inventándome un plan "B" que no tenía contemplado.

Bebida de los dioses

María Irene Beb Catun
Aldea Chajquej Chanyuk, San Pedro
Carchá, A.V. Guatemala
Derecho a grabación

Nací el 21 de octubre de 1967 en el municipio de San Pedro Carchá, Alta Verapaz; y soy de familia indígena. Deseo compartir con las personas que lean este humilde escrito, algunos conocimientos y pensamientos que me dejaron como herencia mis abuelos, que ya han partido al más allá. Sus consejos quedaron grabados en mi corazón, y ahora me toca a mí trasladarlos a mis hijos. De ahora en adelante, dependerá de ellos el guardar los consejos y conocimientos o rechazarlos, pero sé que tengo la obligación de hacerlo, así como mis abuelos lo hicieron conmigo.

Mis padres, Juan Beb Siquíc, nacido en el municipio de San Miguel Tucurú, Alta Verapaz; profesión comerciante, se trasladó acá, a Carchá para comerciar. Aquí conoció a mi madre, Leonor Catún y según me contaron los abuelos, al poco tiempo de haberse conocido, decidieron unirse.

Fruto de esta unión nací yo. Según cuentan, al poco tiempo de mi nacimiento, mi padre se sentía feliz y orgulloso de mí y me quería mucho. Pero muy poco tiempo vivió para verme y sentirme en sus brazos, porque falleció cuando yo apenas tenía año y medio, por eso no tengo idea de cómo era mi padre. Increíble lo que acá les cuento, pero ni siquiera en retratos lo conocí; tal vez porque en ese tiempo no existían las cámaras o solo Dios sabrá. Yo solo sé que lo quiero tanto esté donde esté.

¡Gracias por mi existencia padre, descansa en paz!

Hoy, sentada frente a mi humilde hogar y el de mi familia, pienso en lo hermosa que es la vida, pero a la vez se hacen presentes todos los recuerdos del sufrimiento que he tenido que pasar para llegar a esta edad que tengo y tener todo lo valioso que la vida me ha dado; y eso es la salud, el trabajo y mis hijos.

Gracias a Dios y a mi bello país que me ha dado la oportunidad de haber nacido acá y de pertenecer a una gran civilización que dejó tantas pruebas de su existencia, porque yo sé que en mis venas corre y hierve la sangre de mis antepasados: LOS MAYAS.

El día 21 de diciembre del 2012, presenciamos un acontecimiento importante para nuestra cultura: el 13 BAK-TÚN, EL CAMBIO DE ERA. Viajamos junto a mi familia al lugar sagrado, cuna de la gran civilización maya: Petén, Tikal. Ese día, pensábamos, que no íbamos a lograr entrar a ese lugar sagrado, por las personas que ese día ocupaban Tikal, pero íbamos preparados para ofrendar al creador de la vida, llevábamos velas, incienso, estoraque, entre otros. Y si estas personas no nos dejaban entrar teníamos que buscar otros lugares para ofrendar.

Pero fue una gran sorpresa para nosotros ver la forma en que nos trataron ese día. En la entrada se encontraban los vigilantes y los encargados del cobro de entrada a ese bello lugar. Nos preguntaron de donde veníamos, pero al mismo tiempo observaron nuestra vestimenta y se dieron cuenta de que pertenecemos a la etnia Qeqchi. Ese fue el motivo del buen trato de estas personas. GRACIAS POR SER PERSONAS CONCIENTES.

Fueron tan maravillosos para mí esos momentos. Estar en el lugar en donde tantas veces mis antepasados ofrendaron al creador de la vida, me hizo sentir más orgullosa de ser lo que soy: una mujer indígena. Y yo sé que mis hijos también sintieron lo mismo, porque logramos nuestro sueño, que era el poder ofrendar frente a

los grandes y sagrados templos de Tikal. Fue una fecha inolvidable para nosotros y para nuestros hermanos que practican de verdad la espiritualidad Maya y la viven. GRACIAS.

Desde mi niñez, conviví con mis paisanos Carchaences. Muchos de ellos me conocían o me conocen. Pero no me conocen porque yo sea alguien importante o famosa, sino por todo lo que yo sufrí con mi madre a causa del alcoholismo. Mi madre era y es aún alcohólica. Ella muchas veces se quedaba tirada en la calle y para ese tiempo, tenía otra pareja, a pesar de que mi padre tenía poco tiempo de haber fallecido.

Con su nueva pareja procreó seis hermanastros, pero, cuatro de ellos murieron porque los descuidó. Cuando se emborrachaba, botaba a mis hermanitos o mientras ella estaba en gestación, caía y se lastimaba. Por eso varios de mis hermanitos nacieron muertos.

Varias veces me correteaba de la casa y me reprochaba por la falta de mi padre. Me echaba toda la culpa de lo malo que le iba en la vida y me decía que por mí, mi padrastro la golpeaba tanto. Por eso, desde pequeña empecé a trabajar, porque me decía que yo no tenía padre que me mantuviera. Ella me mandaba a vender tortillas al mercado, me colocaba en la cabeza una canastada de tortillas y tuyuyos, por eso creo que tengo muy baja estatura.

Cuando ella decidió dejar de vender tortillas, me mandó a trabajar en un beneficio de cardamomo, en donde tenía que seleccionar los granos y me pagaban por libra, cada fin de semana, ella se presentaba a cobrar mi salario para irse a emborrachar. Cuando yo llegaba a casa, esperaba comer algo especial con mi dinero, pero solo la encontraba a ella tirada bien borracha y a mis hermanitos llorando.

Para ese tiempo, yo ya tenía nueve años y como yo conocía la aldea en donde mis ancianos y muy sabios abuelos vivían, decidí empezar a caminar yo sola e ir en busca de ellos. Muchas veces llegaba de noche porque ellos vivían muy retirado del centro de Carcha, en una aldea llamada Chajkej Chanyuk. Gracias a ellos estoy en donde estoy en estos momentos.

Desde entonces, me fui alejando poco a poco del sufrimiento y empecé a ver una luz en el fondo del abismo. Mis abuelos se convirtieron en las personas más valiosas e importantes en mi vida, porque ellos me daban consuelo, mucho amor y cariño. Ellos sufrían conmigo cuando, entrando ya la noche, me escuchaban llegar bajo tormentadas de lluvia y truenos. Al escuchar mi voz, ya se imaginaban que mi madre me había corrido de la casa por efectos del alcohol. Entonces la abuela, al verme llegar, se levantaba de su humilde dormitorio para ofrecerme alimento y me daba cuenta de todo su dolor al verme sufrir.

Gracias a estos grandes filósofos que, sin conocer tan siquiera las puertas de una escuela, tuvieron tantos conocimientos para traspasarnos a nosotros los nietos y que hoy quiero compartir con ustedes: la práctica de la espiritualidad maya, el darle valor a la naturaleza y a todo el cosmos. Ellos nos enseñaron que no somos dueños de la naturaleza, sino que simplemente formamos parte de ella. A ello se debe el gran respeto que se le tiene a la madre tierra.

Sigamos luchando por este bello país. Yo creo que la paz está en nuestras manos porque nuestros antepasados sabían valorar la vida y todo lo que se refería al cosmos. Ellos nos aconsejaban que no le hiciéramos daño a nadie porque tenía un castigo divino, y los hijos que trataran mal a sus padres tenían que esperar un castigo también. Nos enseñaron que si uno quería vivir bien, tenía que vivir en armonía con todo su entorno y respetar mucho

a la madre naturaleza, para que ella también estuviera feliz protegiéndonos a nosotros y a nuestros hijos.

En aquel tiempo, sentados junto al fogón, comiendo aquellos frijolotes que mi abuelo cultivaba y cosechaba en sus tierras, junto a aquellas tortillonas delgadas que la abuela hacía en comal de barro; nos hablaban de los cerros que tienen vida. Para entonces, yo era muy pequeña para comprender todo el conocimiento que nos transmitían. El abuelo Manuel también hablaba de esta forma:

“Respeten a sus padres y quiéranlos sean como sean; ellos les han dado la vida. Porque si ustedes no valoran a sus padres, lo mismo harán sus hijos con ustedes: no los respetarán. Vienen tiempos de cambio y muchas cosas están llegando, y no sabemos si es para bien o para mal. Por eso mismo, si un día tienen hijos, mantengan ustedes el control, no vaya a ser que ellos los lleguen a controlar a ustedes. Pobres de ustedes porque quizá sean testigos de todo lo malo que viene. Ustedes quizá vean cómo los hombres se matarán entre ellos, cómo los padres violarán a sus hijas o los hijos matarán a sus padres, y entonces estarán perdidos todos los valores que hemos inculcado. A nosotros ya muy poca vida nos queda, pero nos da tristeza pensar que ustedes sufran todo esto”.

Hoy, que ya tengo 44 años, me doy cuenta de que todo lo que ellos predijeron se está cumpliendo, y que desde hace algunos años empezamos a vivir esa agonía. Empezando con la falta de respeto que se le tiene a la madre naturaleza: por donde quiera que vemos, se botan grandes cerros sin darle importancia a qué tan sagrados sean estos lugares; y todo por el dinero. Por eso, el motivo de tantos desastres. Nadie se da cuenta de que la madre naturaleza está pidiendo a gritos:

“¡AUXILIO! POR FAVOR, BASTA YA, HIJOS MÍOS ¡SÁLVENME!”

Pero en vez de prestarle auxilio, la acuchillamos más y más. Tiramos basura por donde quiera y ensuciamos los hermosos ríos, pero más lo hacen los del centro de la ciudad por los drenajes. Hasta hace algunos años, podíamos bañarnos en el río Cahabon que pasa por el puente centenario de Chixtun, Carcha, Alta Verapaz. Ahora ya no es un río, sino que es un desagüe de todos los que viven en el área urbana.

Después dicen que los de las comunidades somos desaseados, pero no es así. Nosotros utilizamos letrinas para hacer nuestras necesidades y toda la basura la enterramos; por ejemplo, los desechables o todo lo que se trata de plásticos, porque también, si hablamos de reciclar no es tan cierto. Yo he visto lugares bonitos de mi pueblo en donde sólo llegan a amontonar todos los plásticos. Hablar de reciclar no tiene sentido para mí.

Lo único que yo pediría a los científicos es que inventen algo para evitar la destrucción de nuestro planeta, que ya no utilicen cosas de difícil degradación, que los dueños de empresas inventen empaques de papel o de otro material. Y si no se puede, pues vayamos pensando en dejar de consumir todo lo desechable que también está provocando cáncer y muchas enfermedades más por los químicos que estas cosas contienen.

Quiero invitarlos a que reflexionemos todos juntos, preguntándonos el porqué de tantas enfermedades y tantas muertes. ¿Acaso no es por todo lo que consumimos?, ¿y no con nuestro propio dinero estamos comprando nuestra muerte?

Yo ya puse mi granito de arena para contribuir al bienestar de mi país. Quiero contarles que desde hace un tiempo, se me vino a la mente poner en práctica lo que los docentes de TALITA KUMI nos han inculcado, de ser innovadores en ideas y hacer un buen trabajo. Estoy contribuyendo al mejoramiento de la dieta de mis hermanos

guatemaltecos porque vendo el producto más sagrado de mi país: el cacao. Cacao batido y el maíz molido con cacao, con el nombre de "Bebida de los dioses".

Es un orgullo para mí presentarles mi creación y contarles también mi positivismo al valorar mi trabajo y ver que compran mi producto. Yo sé que con esto también estoy evitando que sigan consumiendo productos químicos y que haya más muertes por cáncer. Pero además de beneficiar a mi gente, también me beneficia a mí, porque así con lo que gano vendiendo este sagrado producto, puedo costear mis estudios.

TALITA KUMI me dio la oportunidad de sacar mi diversificado en su sagrado establecimiento. También, agradezco a los docentes. Gracias al creador de la vida lo estoy logrando, porque este año, primero Dios, me gradúo de Bachiller en Bienestar Rural, y quiero seguir en la Universidad.

Por eso les digo que no todo está perdido en la vida. La vida es muy valiosa y vale la pena luchar por ella, ser un buen ejemplo para la humanidad y poner en alto, y muy en alto, el nombre de esta santa tierra agonizante y sufrida: GUATEMALA

¿De dónde viene mi interés?

Mi interés ha despertado porque ponen en vergüenza a mi país al decir que es un país pobre, cuando muchos sabemos que no es así. Es la mayoría de la población la que ya no tiene interés en trabajar. Hay mucha desnutrición porque ya no hay gente que cultive las tierras o han vendido sus tierras a los grandes empresarios, y el dinero se acabó. Entonces llegó la pobreza.

¿A dónde quiero llegar?

Si se me da la oportunidad, quiero llegar hasta lo más profundo de esta problemática. No sé cuántos obstáculos encuentre en el camino. Espero la ayuda del creador de la vida para poder lograr mis sueños, y así compartir con mis hermanos en las comunidades, los conocimientos que traigo desde mi cultura.



La bebida de los dioses

La semilla de la economía social solidaria me fue heredada

Yasy Morales Chacón
Abangares, Costa Rica
Derecho a grabación

En este momento de la vida, me ha tocado compartir el tema de la economía social solidaria con otras personas, y una pregunta que me gustaría plantearles, por gusto de conocer un poquito de las vidas de las otras personas y esos eventos específicos a los que a veces ni les damos importancia, es: ¿cuál es la experiencia más vieja que usted recuerda de haberse asociado con alguien?

A mi respuesta le tengo mucho cariño, porque me trasladada a un espacio de mucho amor y aprendizajes. La primera vez que recuerdo haberme asociado fue con mis primas y primos, cuando tenía yo como cinco años, ellas y ellos, entre seis y nueve.

Nos reuníamos en el ritual familiar de domingo, en el que mi abuela hacía almuerzo para toda la familia, sus amigas y amigos, y cualquier otra persona que tuviera algún vínculo con la familia agrandada. Nuestro disfrute, el de las nietas y los nietos, era quedarnos a dormir con la abuela desde el sábado. Así, desde la mañana del domingo, mezclábamos juegos con mandados a la pulpe y trabajos colectivos en la cocina: lavando, cortando, revolviendo, probando (¡uhmmm!), hablando, cantando, riendo, jugando.

Cerca del mediodía empezaba a llegar el resto de la familia. La familia más grande leía el periódico en voz alta, escuchaba "La Patada" en la radio y comentaba las noticias, mientras terminaba de llegar la gente y era la hora de almorzar. La chiquillada que no se había quedado a dormir se unía a los juegos en el patio, en los árboles o a la planificación de alguna mini obra de teatro o coreo-

grafía inventada por los más grandes, y que luego del almuerzo presentaríamos a la gente mayor.

Realmente no podría recordar cuando fue y cuál fue el motivo, pero de un pronto a otro apareció la idea de hacer una asociación de primos y primas. Mi abuela nos regaló un cuaderno de actas y un lapicero para que escribiéramos lo que planeábamos hacer. Recuerdo que nuestros objetivos eran comprarnos algunos antojos para comer o cosas para jugar (elástico, bolinchas, yaksés).

Nos reuníamos todos los domingos, pasábamos lista, veíamos lo que habíamos hecho antes y cómo iban los planes. A escondidas, recogíamos las monedas que se caían de abajo del piso de mi tío mayor, pasábamos el sombrero cuando hacíamos presentaciones y buscábamos otras cosas para vender o pedir donaciones. No puedo decir cuánto tiempo duró eso, pero fue un juego que ahora me hace mucha gracia recordar, porque muchos años después reviví esa experiencia asociativa desde la formalidad y como proyecto de vida.

Ese juego se enmarcaba en la intensa convivencia con mis primas, primos, abuela, tías, madre y padre soñadores; en los trabajos colectivos en casa de la abuela, que eran a la vez cotidianos y tan especiales. En ese trabajo colectivo, organizado por la abuela, íbamos aprendiendo a convivir, a conversar, a discutir, a ver los contextos, a organizarnos, a ponernos objetivos desde el placer del juego y la comida, y a planificar.

La abuela era una hermosa bruja sabia, cariñosa, curiosa, chineadora, súper trabajadora y muy amante y comprometida con la vida. Por la casa de Layla (la abuela) pasaban muchas personas soñadoras y luchadoras de nuestra región en los años ochentas. Luego fui conociendo otros aspectos de su vida como educadora, sindicalista, feminista, socialista, ambientalista... ¡eran muchos "istas" en una sola persona!, pero para nosotros era sim-

plemente Layla. Esa matrona trabajadora, que parió y crió a sus ocho hijos e hijas, que solía andar adoptando temporalmente o de por vida a las amistades de su descendencia, a sus estudiantes más inquietos y curiosos, siempre con la casa y el corazón abierto. Ya Layla no está físicamente, pero su energía la seguimos viviendo, y la vida me ha permitido conocer otras muchas grandes mujeres inspiradoras en estos caminos.

Además de la fuerte influencia de las vivencias con Layla, que fue como una semilla compuesta de miles de partículas de amor, creatividad y libertad; mi mamá y mi papá también abonaron cotidianamente la semilla de la solidaridad y la justicia desde su compromiso con las luchas campesinas en nuestra querida provincia de Guanacaste, a donde decidieron irse después del colegio para apoyar las tomas de tierra de estudiantes y el campesinado. Muchas otras luchas las dieron, cuando eran bien jóvenes y por dicha, las siguen dando.

Pasé por la escuela, el colegio y finalmente llegó la entrada a la universidad, empezando a vivir sola, experimentando el re-conocerme y el ir escogiendo mi propio camino. Esa semilla, ya abonada y cuidada, empezó a intentar dar sus propios frutos en el Frente Ecologista Universitario (FECO) de la Universidad de Costa Rica, y en la rica experiencia organizativa que se dio durante varios meses desde el movimiento estudiantil para defender nuestro Instituto Costarricense de Electricidad (ICE). Estos dos espacios me permitieron defender mis valores y sueños, aprender más sobre organización y luchas ecologistas e indígenas y crear lazos con gente que ahora, trece años después, seguimos compartiendo caminos. Agradezco a la vida por estas hermandades que se crean por afinidad, compromiso con la vida y pasión.

Poco tiempo después, sentimos el deseo o la necesidad de tener nuestros propios ingresos y empezar a concretar algunos de nuestros sueños desde un espacio colec-

tivo de producción que nos permitiera la sostenibilidad económica autónoma, buscando también, en algunos casos, descargar ese peso económico que asumían todavía algunas familias.

Fue así como creamos Coopejaaguar: una cooperativa de dieciocho jóvenes autogestionarios, artesanos y artistas dedicados a generar eventos culturales, artísticos y educativos, relacionados a los valores de la economía social y la agricultura orgánica, ya que pensábamos que esos eran los dos ingredientes básicos para vivir bien la vida en armonía.

Esta cooperativa fue una importante experiencia en organización que me permitió ver, que “querer”, es el primer paso para organizarse, y es la energía vital del proyecto que permitirá ir construyendo los sueños. Sin embargo, es importante prepararse, planificar los pasos, adquirir diversas herramientas y darle mucha importancia a las relaciones humanas y de trabajo que se crean para que los proyectos sean sostenibles.

Esta y otras experiencias asociativas, como mi actual organización COKOMAL, me dejan claro que la economía social solidaria se vive día a día, desde lo cotidiano, en la forma como nos relacionamos entre compañeros y compañeras, y con las otras personas con las que realizamos alianzas. Se vive manteniendo siempre claros y en práctica nuestros valores humanistas y ecologistas, y construyendo colectivamente una cultura de trabajo solidaria desde la creatividad, el mutuo conocimiento, la valoración y el respeto.

Para mí es el vivir una oportunidad de construir sueños individuales y colectivos, pasar por el necesario trabajo de pulirse como persona, aspirar a ser cada día mejor, estar en una constante re-creación de una misma, y convivir de la forma más fluida y armoniosa con las personas y el resto del universo. Es siempre una buena

escuela para aprender de la humanidad y de nosotras mismos, de nuestro aporte a la sociedad, los procesos y el planeta.

La economía social solidaria la tengo en la sangre, la respiro cotidianamente, me plantea retos cotidianos, es un rico alimento para mi vida. Me mueve a compartirla, a sentirla y alimentarla con otras personas, ampliando la familia, compartiendo la semilla. Es una herencia de seres de mi familia que me compartieron la riqueza y el disfrute de hacer en colectivo y desde el "amor" todo lo que se emprende y mantener ese sentimiento como motor en mi camino.

Luego, interesándome conscientemente en lo que han sido estas prácticas en la humanidad, descubro que están en la base de las relaciones humanas por todo el mundo, como seres sociales que somos, y que necesitamos a otros seres para sobrevivir y seguir avanzando en nuestro camino. Este descubrir me hace "sentipensar" que definitivamente la economía social solidaria está en mi sangre, no solo por lo que recuerdo de mi infancia y mis seres queridos, sino por la herencia ancestral que tenemos y que podemos re-descubrir y alimentar en búsqueda de una vida más plena y satisfactoria.

Esta forma de hacer economía es una fuerza que se ha mantenido bastante invisible en el mundo, pero que va tejiendo redes de solidaridad y creatividad con un potencial transformador súper esperanzador, y se va conformando en una pieza importante junto a otros movimientos sociales.

¡Construyendo otros mundos posibles!

Luchar es vivir

Flor Hernández

Faynier Murillo

Faynier Vargas

Zulay Zamora

María Eugenia González

Grecia, Costa Rica

Derecho a grabación

Somos la Asociación de Mujeres Agroindustriales de Grecia (ASOMAG) y esta es nuestra historia, narrada a partir de momentos y experiencias que consideramos importantes para nosotras.

La Asociación la conformamos Flor Hernández, Faynier Murillo, Faynier Vargas, Zulay Zamora y María Eugenia González; cada una con una hija-asociada. Nos dedicamos a la elaboración de productos de cuidado personal, como champús, cremas y ungüentos a base de plantas orgánicas, que nosotras mismas cultivamos, a veces con alguna ayuda. Vivimos y trabajamos en San Luis de Grecia de Alajuela.

Iniciamos en los años ochenta, con los clubes 4S. Al principio, las funcionarias del MAG nos invitaban para que fuéramos a socializar. Se trataba de un programa en zonas rurales y lo que hacíamos eran manualidades.

En el año 1987 cayó lluvia ácida y se perdieron cosechas como el café. La hermana de Flor comenzó un grupo con otras personas, algunas de las 4S. Había como 35 personas para buscar alternativas de trabajo por el desastre que dejó la lluvia. Los hombres se salían rápido, ya que por ser jefes de hogar, tenían que buscar otro trabajo y quedamos entonces muchas mujeres en el grupo. Seguimos un tiempo haciendo manualidades, pero no tenían venta.

Entre los años 1990 y 1996 el grupo de mujeres hacía peluches y pijamas, y queríamos organizarnos más. Luego dijimos que queríamos hacer una panadería, pero nos convencieron de que sería un fracaso. A pesar de esto, seguimos. Nos prestaron un horno y todo y dicho y hecho, fracasó. En el Instituto Nacional de Aprendizaje (INA) nos recomendaron que nos uniéramos a una cooperativa o asociación.

Entre 1994 y 1995 vino un compañero muy especial y atento, un voluntario japonés que venía por medio del MAG a dar capacitaciones sobre abono orgánico. Se llamaba Yasuhiro. Después, en 1997 vino otro voluntario japonés y ese mismo año, trazamos el rumbo y decidimos constituirnos como asociación.

“Los momentos de inicio fueron muy duros, pero muy importantes porque teníamos los hijos pequeños.” Zulay

“Decidimos constituirnos como asociación para adquirir tierra y sembrar las plantas medicinales para la elaboración”. Faynier V.

“La constitución. El grupo hacía y hacía pero no había nada fijo, convertirse en asociación fue un éxito, porque ya estábamos más seguras, y en ese momento se definía para dónde iba la asociación, aunque solo estábamos sembrando plantas, ya era agricultura orgánica. Ya sabíamos que si nos daban esa tierra, era para eso.” Flor

“En el inicio para mí fue importante porque se trataba de cosechar y trabajar las plantas medicinales y luego aprender a salir adelante como persona.” Faynier M.

En 1998 iniciamos la experimentación en el laboratorio y la producción.

“Del 97 hasta el 98, sembramos agricultura y el proyecto que empezamos todavía no se había concretado, y espe-

rábamos que la presidenta resolviera, pero ella no hacía eso. Entonces contactamos a Poveda, hicimos un jabón. Fue un proceso muy acelerado. Las que estaban en el laboratorio inventaban, decía Maruja, a mí me dieron una receta y decíamos: vamos a cambiar esto, a pura intuición sacamos el producto. Muy bonito el proceso. Y a nadie se le cayó el pelo”. Flor

“Nunca había trabajado en una empresa. Es muy bonito, trabajar haciendo cosméticos y muchas cosas. Es difícil, pero bonito”. Zulay

Seguíamos adelante, compartimos con otros grupos de mujeres la experiencia de cómo comenzar y cómo enfocarse, y esto fue muy agradable. Esto ha sido durante todo el proceso: compartir experiencias y aprendizajes.

La base del trabajo era lo medicinal y lo orgánico. No nos desviamos y eso nos ayudó. Sin embargo, el arranque y poder vender fue difícil. A partir del año 2000, entramos con Fundecooperación y así conseguimos el equipo y el lugar. Además, clarificamos la parte legal, los registros, la tributación, etc. Antes de tener el lugar físico, íbamos de casa en casa, trabajábamos en corredores y sentadas en troncos.

Desde 2000 hasta 2006 ya los productos estaban listos y se dieron a conocer en puntos de venta.

“En adelante, al ver los productos fabricados fue muy encantador y se sintió muy bien. Porque, bueno, uno soñaba que con el producto listo era solo de esperar las llamadas de pedidos pero no...”. Faynier M.

“Se dio a conocer más los productos, el champú y la mejora del producto gracias a la capacitación”. Faynier V.

Ahora, es importante hablar de por qué nos conformamos como grupo de mujeres. En las capacitaciones que nos dieron esas mujeres, la recomendación era que no metiéramos hombres. Las mujeres de Fundecooperación eran feministas y tenían razón, porque los hombres, de seguro, se pondrían a mandar. Cuando empezamos, supimos muchas historias de mujeres que venían agredidas, entonces eso reforzaba la idea de un grupo solo de mujeres.

Sin embargo, actualmente uno no permite, y hay leyes que apoyan a las mujeres para tener más valor, sobre todo en el campo. Además, ahora vemos que es importante la opinión de los hombres, aunque nosotras dirigimos el proceso en nuestra organización. Ahora ya hay asociaciones mixtas, y toman en cuenta que todo el mundo tiene que ser tratado por igual. Nosotras hemos tenido apoyo de hombres; por ejemplo en el MAG hay un contador que nos ha ayudado y en el campo algunos hombres nos ayudan también.

No somos feministas. Y pensamos cómo nos verán desde afuera. No sentimos discriminación por ser mujeres; nos ven como un ejemplo, como emprendedoras y negociadoras. Tal vez alguno nos ha tratado mal, pero en general no.

El costarricense no se siente identificado con lo orgánico y no quiere pagar el precio que vale. Podemos hacer jabón bueno, de calidad, o hacer jabón malo, solo por los precios. Por ejemplo en Walmart venden lo más barato posible, y nos tratan mal. Será que quieren que nos pongamos a llorar y les vendamos barato por la necesidad. No, creemos que no hay que darle la plata a una cadena, tenemos que valorar nuestro trabajo, de dónde viene y cómo se hace. Otra dificultad es la competencia, la publicidad, las ofertas y los carros con agentes "expertos" solo para vender.

Somos una micro empresa: nos han capacitado, hemos tenido oportunidad de mercadeo con algunos proyectos y organizaciones, pero no es un secreto que alguna plata se queda en el camino. Por eso pensamos que es bueno dar a conocer el producto, no tanto de pueblo en pueblo, sino en macrobióticas y ferias orgánicas.

Hemos encontrado puntos y gente que apoya al productor, que están más enfocados en lo que nosotras hacemos. También nos capacitamos y compartimos conocimiento; por ejemplo, hay profesores que traen a sus estudiantes, y algunos han hecho el trabajo comunal universitario sobre nuestro trabajo.

Mujeres y medicina

¿Con qué lo curaron las mamás y los papás a uno? Antes no había EBAIS, los hospitales estaban lejos, los caminos eran difíciles. Con puras plantas nos curaban. Ahora, lo moderno es hacerse adicto a las pastillas, pero nosotras en cambio, hacemos nuestros propios extractos y sabemos para qué sirven las plantas.

Nos enseñaron a usar lo natural. La medicina, la otra, son puros químicos, tienen contraindicaciones. También las plantas medicinales tienen, pero la diferencia es que no le joden algo para arreglarle otra cosa, como los químicos, que caen pesado. Además, eso se convirtió en un negocio.

"Vea, el consomé y el cubito llegó al campo, como el herbicida. Antes, se cocinaba todo y se hacía lo propio, pero alguien inventó esas cosas para hacer plata. Yo les voy a contar por qué yo creo en la medicina natural. Yo no sé si todas saben. A mí el chiquito se me cayó una vez y tuve que ir al hospital, pero después mejor lo llevé a sobar. Ella supo lo que le pasaba con sobarlo y le dio un tratamiento con plantas que lo curó". Faynier V

“Es bueno saber recetas. Es lindo aprender y hay mucho por aprender. Dios todo lo dejó, no todo es monte. Antes, por ejemplo, había mucha infección de oído, y ¿con qué se curaba? Con piñuela, romero, ruda...y ahora casi ni piñuela hay”. Faynier M

“A veces yo parezco loca, pero hay que hablarles a las plantas, pedirles permiso. Son seres vivos y existen para eso. En alguna parte de La Biblia dice que los frutos son la comida y que las hojas son las que curan”. Flor

Hay que tener más conocimiento, y todas las personas lo tienen. Están los conocimientos antiguos, los de las indígenas y de las mamás y papás que curaban con plantas. Lo importante es transmitirlo.

¿Por qué decidimos ser productoras orgánicas?

En ese momento nadie hablaba de eso. La hermana de Flor tenía leucemia. Empezábamos a escuchar que había un programa de agricultura orgánica y abonos, y entre los vecinos preguntaban ¿cómo hacemos esto? El hermano de Flor que estaba en UPA nos ayudó a conseguir tierra, y además, nos ayudó a contactarnos en el MAG y vino el japonés.

Él nos enseñó a hacer abono líquido, vinagre de madera, abono orgánico, compost, etc. Recogíamos hojas, íbamos a las carboneras, traíamos leña, tierra de montaña, recorríamos potreros y pedíamos boñiga. Era un trabajo constante, y luego había que jalar el abono al hombro. Él no se guardó nada, todo lo enseñó. Él se llamaba Yasuhiro, entonces le pusimos a la marca Yasü.

Es cierto que hemos tenido bastantes dificultades. Cuando arrancamos, teníamos muchas cosas personales que quitar o superar, cosas difíciles como mejorar la autoestima y la seguridad. Cuando ya estábamos conformadas, un momento muy duro fue cuando falleció la hermana

de Flor, que era como hermana de todas y era líder. Ya son siete u ocho años, y todavía no hay día o semana que nosotras no nos acordemos. Ella decía “mientras siga una de necia, seguirá el grupo”. Y seguimos.

En el momento de vender en las macrobióticas y tiendas, cuando dicen “no” y todas las puertas están cerradas, hay que motivarse. Pensamos que los vamos a convencer con la hablada y, bueno, con esto viene la motivación. Luego aparece gente que se ofrece a dar testimonio de cómo sirve el producto y gente que le gusta y confía. Lo hacemos todo sin máquinas, todo es manual.

“Me costaba ir a capacitaciones. Yo tenía muchas excusas, que muchas obligaciones en la casa, y es que, no sé, a mí me parecía como que se abusaban con las capacitaciones. Pero llegó una en el 2004 que era ir a la Earth, y ese era mi sueño. Yo pensaba que iba ahí y ya iba a ser sabia. Eso fue como un sueño. Y cuando llegó la hora de ir a la Earth, cerré los ojos y me fui. Para mí fue importante tomar esa decisión”. Flor

Los últimos años han sido más calmados, y ya no hay tanta capacitación. Algunas pensamos que estamos un poco estancadas, que hemos caído en una pasividad, quién sabe que será; aunque no estamos dejando que se muera el proyecto. Ahora nos concentramos en la producción, en las ferias, en el comercio y en las ventas, y no hemos dejado de participar en las actividades a las que nos invitan. El producto se sigue moviendo.

Ahora ya no hay tantos proyectos como antes, ni cooperación, pero estamos saliendo adelante nosotras solas. Tenemos en el 2013 un proyecto con una farmacéutica natural para producir plantas orgánicas y vendérselas. Estamos orgullosas de nuestro trabajo y de ayudar al ambiente, causando cada vez menor daño ambiental.

Entre brumas y sueños viajera de sueños

María de los Ángeles Flores
Abangares Costa Rica
Derecho a grabación

Aquí, a mis 76 años, en mi pequeña parcela, entre siembros, hortalizas, un pequeño vivero y árboles frutales, me siento en un paraíso. Con la ayuda de Dios lo he criado y me siento satisfecha.

Yo no tuve infancia. Mi vida fue muy triste porque no me dejaban jugar. Cuando llegaba de la pequeña escuela, me decía mamá: "apúrese a almorzar para que vaya a lavar las mantillas". Cuando regresaba me decía: "apúrese para que jale el agua; acuérdesese de desgranar el maíz de las gallinas, y el de cocinar lo aparta". "Ya es tarde, los cerdos tienen que comer". Después de la cena me decía: "recoja los trastos, los lava y acomoda la cocina". Luego, a la luz de las candelas, cansada y adormilada tenía que pasar "El diario" y realizar la tarea.

No me opacaba ante tantos obstáculos para el estudio, y siempre pensaba en terminar de estudiar y sacar alguna carrera profesional. Un día se lo expresé a mi mamá y ella me contestó: "el estudio es para los varones". Entonces, envalentonada le repliqué: "Yo araré el mundo, pero quiero estudiar".

En ese tiempo llegaba el avión cerca de mi casa. Como nosotros vivíamos en un alto, yo corría, me subía a un palo de higuierón para verlo pasar y aterrizar, y me decía a mí misma: "cuando sea grande, viajaré en avión e iré a estudiar, aunque mamá no quiera".

Me hice grande y seguía machacando mi idea de estudiar. Debilité mis sueños porque me casé, mas pensaba que él me apoyaría y me dejaría estudiar y así superarme. Se me hizo imposible: él no quería trabajar, lo único

que hacía era explotarme; tenía ya cuatro hijos, y un buen día me marché.

Entonces me llené de coraje. Ahora no lucharía solo por mis sueños, pues mis hijos tenían que prepararse. Como jefa de hogar, busqué superarme con cursos agrícolas. Comencé a sembrar hortalizas y así les di el estudio a mis hijos. Luego pensé en cuidar pollos y gallinas ponedoras para que pudieran terminar la secundaria.

Siempre seguí haciendo cursos. Conseguí hacer un buen curso en Liberia, donde estudiaba y trabajaba; y también hice uno en la Cruz Roja. Tenía quince días de haberlo terminado, cuando estalló la guerra de Somoza, por lo cual me llevaron para Cuajiniquíl a prestar servicio cerca de la frontera con Nicaragua. Ahí conocí a un médico que me enseñó a hacer masajes, y hasta la fecha practico y adoro ese oficio, y gente de Esparza, Puntarenas, Liberia y de otros lugares, vienen a que yo los trate.

Soy de las que cree que hay que buscar las superaciones, aprovechar las oportunidades de crecer; hay que salir de la rutina del hogar, compartir ideas y superarse. La mujer es la llave del hogar, es la que vela por la educación de los hijos e hijas, la que administra el dinero, porque en la mayoría de los casos hace milagros y con astucia vigila la economía para que todo salga bien.

Yo he hecho innumerables cursos, y me siento contenta con lo que se aprende. A la vez, se sale de la rutina. Debe ser por ello que me siento joven y nunca me siento vieja. Me rozo con mujeres de todas las edades y de todos los estados, y vuelvo al hogar con ganas de hacer los quehaceres y siempre con ideas nuevas.

Y he viajado a varios lugares del extranjero. Recuerdo, entonces, a la chiquilla que quería superarse; aquella con grandes sueños, la que quería alas para viajar en ese pequeño avión que pasaba cerca del higuierón. En-

tonces me digo: "sí me he superado; he estudiado; he aprendido de la vida, del trabajo y de la lucha".

Y hoy, cerca de mis 80 años, hago masajes, crío pollos, tengo un tanque de tilapias, produzco abono orgánico, hago bisutería, esculpo pequeñas obras en madera, siembro hortalizas. No tengo tiempo de pensar en achaques y depresión. Me siento satisfecha y les doy el consejo a las mujeres de que no se encierren entre las cuatro paredes.

"¡Supérense! La vida hay que disfrutarla con alegría".

Maestras del otoño

*María Eugenia Brenes
Gladys Trigueros
Virginia Alvarado*
Moravia, Costa Rica
Derecho a grabación

Somos compañeras que el destino unió en esos caminos del saber y la enseñanza en el Ministerio de Educación Pública de nuestro amado país. Quisimos dejar escritas en papel, alegrías y vicisitudes que, en nuestro diario vivir, tuvimos y tenemos, de acuerdo con el tema propuesto: "Mujeres, economía solidaria y consumo responsable"; tanto al inicio como en el transcurso y la culminación de nuestra carrera profesional y en el disfrute de nuestra jubilación. Para ello, contaremos en tres relatos lo que a cada una le correspondió vivir.

Maestra Gladiz

Inicié mis labores educativas a los 17 abril. El tiempo me abría las puertas para lanzarme a una nueva aventura: ser maestra de una escuela. Dejé atrás mi ideal de ser médico cirujano del corazón. La situación en mi hogar materno apremiaba. Mi madre, mujer sola a cargo de cinco hijos no daba abasto. Yo soy la mayor, así es que no me quedaba de otra. Dejé la universidad para continuar este camino, pues la pobreza me empujaba por ese derrotero.

Así, sin título, recién salida de secundaria -pues antes no se necesitaba ser graduada para trabajar en una escuela del campo, y además, esos sitios no eran el manjar preferido para las maestras graduadas de la capital-, tomé en mis manos el nuevo lápiz de tiza blanca para escribir en el cuaderno de mi vida, mi nuevo destino.

Un jolgorio de vocecitas lanzaban al aire su grito matutino: "¡Niña, niña!", y volaban como bandada de palomas a coger mi mano, cuando caminaba para la escuela, batiendo barro con las botas Colibrí o cruzando ríos para llegar al lugar educativo allá por Pérez Zeledón. Pero llevaba en el corazón la alegría de poder trabajar y ayudar a los míos. Me sentía orgullosa y me decía: "Sí, tengo vocación de maestra", y acudía a mi mente las muchas veces que jugaba con mis hermanitos y vecinos, enseñándoles a leer, a escribir y jugábamos a las rondas. ¡Arroz con leche me quiero casar...!

Y me casé. Pero continué en el mismo lugar de trabajo en el que cumplía muchos puestos: enfermera, portera, maestra de seis grupos (tuve que "repartirme" para dar las clases en forma simultánea a diferentes grupos de distintas edades), directora, cruzrojista, cocinera, psicóloga y... ¡campanera... la hizo Dios! ¡Ah!, y también escaladora de montaña, porque muchas veces había que ir a matricular o a buscar estudiantes que no habían vuelto a la escuela, pues si había pocos la cerrarían y eso perjudicaría a los que sí asistían. Además, me perjudicaría a mí porque momentáneamente me quedaría sin trabajo, y eso significaba no percibir salario y problemas en el hogar porque ya había retoños. También, significaría haber perdido la oportunidad de seguir en la universidad.

Habrán captado ya, que yo fungía como maestra unidocente, nombre que se da a la educadora que tiene varios grados a su cargo, con o sin horario alterno; esto significa que, según labore solo en la mañana o todo el día, así será su retribución monetaria, y no se tiene más compañía que la propia decisión para lograr las metas: educar lo mejor posible y percibir la cosecha mensual de su esfuerzo.

Como obligación, debía preparar el famoso "Diario" en el que anotaba los objetivos, contenidos y las actividades de cada día; adornado con cromitos y dibujos para de-

mostrar mi sensibilidad feminista y mi dedicación. Además, debía estar en orden, pues en visitas inesperadas o avisadas, el supervisor de la zona revisaba y si no estaba al día, tenía llamada de atención. El diario debía contener lo que impartiría en cada lección que, por ser maestra unidocente, correspondía a distintos grados, porque era también profesora múltiple: impartía Matemáticas, Español, Estudios Sociales, Religión, Ciencias, Música; todas las materias básicas.

Además, pasaba por el "ojo del huracán": los planes semanal, mensual y anual; las planillas de calificaciones bimestrales, que debían ser impecables e inmaculadas, más el Registro de Notas y los libros del Patronato y de la Junta de Educación. Otra función que me correspondía era realizar "turnos" o ferias para solventar necesidades de la escuela.

Del propio salario, que era bajo por no ser titulada, debía comprar cartulinas, lápices de colores, láminas y otros materiales para motivar a los educandos, y esto mer-maba aún más lo que percibía de salario. Aparte, salir al centro de San Isidro implicaba gastos de transporte, pago de alimentación y de hotel, que se daba cuando había reuniones de circuito a las que acudían todos los maestros y maestras que lo componían. Amén de los rebajos obligatorios del Estado: Caja del Seguro Social, Caja de ANDE, Impuesto de la Renta, etc.

Ahora, transcurrido el tiempo, sonrío y me digo: "Éramos y son campeonas y campeones los maestros de este tipo". Pero ¡qué felicidad cuando los niños y niñas de primer grado aprendían a leer y a escribir, y los otros sumaban, restaban, multiplicaban y dividían! Claro que sí: sumaban lo que podrían ganar en el futuro siendo "maestritas" como yo, restaban lo que no les serviría, multiplicaban lo que serían en el futuro y dividían entre sus seres queridos el fruto de sus estudios.

Hoy, cuando me encuentro con alguno de aquellos seres infantiles, con tantas ansias guardadas en sus pechos de hacer algo más por la Patria; convertidos en enfermeras, maestros, médicos, abogados, empresarios o amas de hogar; el corazón se me hincha y me siento muy satisfecha de la labor realizada, y mucho más cuando alguna me dice: "Profesora, me hice profesora porque usted fue mi modelo". Un pavo real se me queda atrás.

Sí, lejos de mis seres queridos trabajé con privaciones de diversión o de otra índole, pero hoy tengo una pensión en mi bolsillo y tuve un salario que me permitió educar a mis cinco capullos y que todos estudiaran, porque el salario que recibía, cuando ya no pude ayudar a mi madre, me sirvió para la manutención, el vestuario y los estudios de ellos.

El salario también me permitió pagar un lote que compré para construir mi casa, porque tuve problemas para conseguir un préstamo, pues en aquellos tiempos, al ser casada, tenía que contar con la autorización de mi marido o sino no lo daban. Como el lote era en el campo y se pasaba de más de media hectárea, en los tres lugares que solicité me lo negaron: la Mutual de Cartago, la Cooperativa de Guadalupe de Goicoechea -que ya no existe- y CAJA de ANDE. Decían que era un lujo tener ese terreno. Así es que, pellizcando de mi salario, iba pagando el lote y construyendo un cuartito para dormir. Eso me permitió no tener que pagar alquileres y que un día mis hijos tuviesen dónde vivir. Mi marido tenía el salario mínimo de un obrero, el cual le servía para cubrir otras necesidades del hogar.

Y valga decir que, para colmos, ignoraba cómo calculaban el salario, y en aquellos lugares, sin comunicación de tipo telefónico ni nada de las tecnologías actuales, no supe que el Ministerio de Educación no me estaba pagando lo que me correspondía como educadora con horario alterno, por espacio de dos años. Fue un supervi-

sor quien se dio cuenta de esta situación y por él, mi salario aumentó, pero la réplica de ese ministerio fue que no pensase en retroactivos porque en Financiero solo se basaban en los datos reportados en las planillas por el encargado de la supervisión. Ni para qué averiguar quién fue el irresponsable... solo sé que aquellas moneditas hubiesen servido para cubrir alguna otra necesidad de mi hogar. En mi mente las veía volar como águilas inalcanzables. Así es que les eché tierra y seguí adelante.

Pasaron los años en corcel, a galope tendido, y entre estos mejoré mi condición de vida familiar y personal, al matricularme en una universidad que me permitió laborar en un colegio de secundaria. Con el nuevo salario obtuve mi título de profesora y un poco más de solvencia económica, que me permitió hacer más dormitorios en la casa y que mis hijos mayores pudiesen seguir carrera universitaria y los menores continuar en secundaria, para que en el futuro cumplieran sus metas.

Actualmente, el hijo mayor es profesor de colegio; las dos mujeres, máster en Administración de Negocios; el siguiente hijo es chofer de ambulancia de la Cruz Roja de Moravia y mi hijo menor ya casi finaliza su carrera de chef internacional. Todos ellos son mi orgullo. De esa manera, invertí mi salario, sin gastos superfluos ni viajes, ni paseos, ni tintes, ni afeites... no me quedaba. Pues sí, también, tenía que pagar una empleada que viese a mis hijos mientras yo trabajaba en el día. En la noche estudiaba y amamantaba a mis bebés.

Años agotadores para surgir en la vida.

Maestra Virginia

Era la primera en levantarme y la última en acostarme. Día tras día, trabajé. Dos pares de ojitos dependían de mí; me miraban, me esperaban. No tenía a un compañero que compartiera las responsabilidades conmigo. Cada

mañana, mis niñas y yo teníamos una rutina que seguimos religiosamente: nos bañábamos, desayunábamos, salíamos y tomábamos el autobús. Las dejaba en el kínder a la mano de Dios y yo me trasladaba a mi lugar de trabajo, el instituto en donde enseñaba español.

Cada mes recibía el salario. Lo repartía en la electricidad, el agua, el teléfono, el alquiler y cubría, si era posible, las necesidades básicas de mi hogar. Para evitar que subiera el costo de la luz, no encendíamos las luces, en la casa vivíamos en la penumbra. A las plantas se les echaba poca agua; de este modo, no había un alto consumo de este recurso. ¿Ahorros? Me da risa recordarlo, apenas alcanzaba para sobrevivir.

Era triste trabajar tanto para que cada fin de mes se repitiera la misma historia. Aunque era parte de todo el proceso que hace progresar al país, a mis manos no llegaba dinero proporcional a lo que hacía para vivir. Sin embargo, seguir un estricto presupuesto me permitió cumplir con mis obligaciones; esto me dió un poco de tranquilidad y me sometió a un sinfín de privaciones. De vez en cuando, alguien se acordaba de nosotras y gracias a esa esporádica solidaridad pude comprar algo diferente.

Dice un refrán: "Al mal tiempo, buena cara", hay que seguir adelante. Y pensaba que quizás para cuando mis hijas puedan encargarse de sí mismas, yo podría ver mi trabajo, no como un medio para recibir un salario, sino como una realización personal para mi disfrute.

Así continuó mi vida: yo trabajando y mis hijas creciendo. Durante esos años, conocí al hombre que se convertiría en mi esposo. Tiempo después, nos casamos y llegaron dos hijas más. La situación cambió porque todo se compartía: la educación de las hijas, las responsabilidades económicas, los quehaceres domésticos, etc. Mis hijas mayores se graduaron de la universidad, se casa-

ron y me hicieron abuela... una nueva etapa de la vida. Las otras hijas seguían su camino.

Más tarde, llegué a pensionarme y a disfrutar de este dinero, pues tenía menos obligaciones. Pude viajar y ampliar mi visión del mundo, y saborear otras culturas, tema que siempre me ha apasionado. Luego, una hija más que se gradúa y otra que está en ese proceso. Me pensioné joven, pero desde ahora disfruto con mis colegas pensionados y pensionadas; asisto a diferentes actividades para seguir creciendo en una de las filiales de la Asociación de Educadores Pensionados.

Estoy agradecida con Dios por todas las oportunidades que me ha brindado, por permitirme a través de la escritura expresarme y motivar a otros, por tener una pensión que me permite vivir con dignidad; y sé que cuando llegue el final de mis días, me sentiré satisfecha por todo lo que la vida me ha dado.

Maestra Eugenia

Todo está consumado.

En aquel caluroso verano, allá por los años setenta y tantos, diseñé mi vida. Aquel dibujo comprendía las líneas más perfectas; fueron firmes y hermosas, llenas de marcadas ilusiones. Terminé mis estudios para un gran comienzo; vivía cada día las experiencias más increíbles que podía soñar. Años más tarde, se presentó a mi puerta eso que llaman amor. Con el corazón lleno de esperanza lo recibí con mis manos abiertas... creí que al compartir nuestra vida todo sería menos duro, pero no fue así. La irresponsabilidad y la falta de compromiso de mi pareja opacó mi hermoso arco iris.

Nunca conocí el apoyo ni la paz con él. A golpes de tambor marché abriéndome camino, pero gracias a mis pequeñas hijas, pude superar la incertidumbre y reventar

cadenas. Así pasaba el tiempo y mi vida se hizo insensible al dolor, al frío, al trabajo, acostumbrándome al deber y a los barrotos de mi jaula.

Me hice una con mis grilletas a la espera de préstamos y resoluciones para llevar el alivio y una mejor calidad de vida a mi familia, pero cada vez era más frecuente aquel trago amargo de depender de otras soluciones aparte de mi salario. La suma de gastos se multiplicaba y la de ingresos se dividía para cubrir las principales necesidades, lo cual se convirtió en una pesadilla diaria. El fantasma de fin de mes aparecía para asustarme y extendía sus manos cadavéricas para cobrarme sin piedad.

Pero como el fénix, me levanté de entre los escombros con mis hijas bajo las alas; mi espíritu renovado y cargado de coraje se liberó de las cadenas y por fin pude mirar hacia atrás sin el temor de volver a caer, con el orgullo de haber dejado abandonada a la orilla del camino aquella piel ennegrecida que cubría mi cuerpo de desilusión, angustias y lamentos, aquellos gritos de mujer, ya perdidos en el vacío.

Ahora en el otoño de mi vida, ya no pienso en los desayunos de mañana, en las cuentas por pagar ni en las angustias de la maestra; ahora descanso ansiosa por lo que me queda por vivir y el frío de mi ropa quedó atrás. Mis alas luminosas marcan el sendero de mis descendientes y en un grito de júbilo exclamo al cielo "Todo está consumado".

Hoy, al lado de nuestras compañeras colegas pensionadas, cada una en lo suyo, conformamos un grupo y nos esmeramos por buscar lo mejor para el adulto mayor no solo pensionado, sino también de los barrios en donde vivimos. Hemos sido representantes de Asociaciones de Desarrollo, de comités de la Iglesia, de juntas de patronato, de juntas directivas de cada filial a la que pertenecemos, porque la Asociación de Educadores Pensiona-

dos (ADEP) está compuesta por muchos miles, no solo maestros o profesores, sino conserjes y personas relacionadas con el sistema educativo.

Hemos incursionado en el arte de la literatura porque deseamos plasmar toda nuestra sabiduría en blanco y negro, para que las generaciones futuras y actuales puedan leer costumbres y tradiciones propias de nuestro terruño, de lo cual carece nuestro sistema educativo, pues se mira más lo extranjero y muy poco, lo de Costa Rica. Buscamos impulsar a que los estudiantes lean más, porque con toda la tecnología moderna no es el mismo goce que da leer un libro, una poesía, un cuento, una leyenda, tendida en una hamaca, bajo la sombra de un árbol o en cualquier parte que sea.

Al observar que hay un desfase en el Ministerio de Cultura y Juventud que, bien lo dice su título, deja por fuera al adulto mayor, hemos conformado un Colectivo del Adulto Mayor que pueda llevar a los pueblos un poquito de lo que nos gusta: cuentacuentos, poesías y obras de teatro. Con agallas, planeamos ensayar para convertir este sueño en realidad y servir de puente entre ambas generaciones, y aunque "pintemos canas", queremos pintar sonrisas en la cara de nuestra amada Nación. No nos asusta nuestra edad, sino que más bien nos sirve de estímulo para seguir adelante.

Este trabajo que nos hemos forjado como meta no es remunerado. De nuestros propios bolsillos salen los gastos que se generan en nuestras reuniones mensuales, y aunque sabemos que la pensión se mengua, llevamos en el corazón la bandera de contribuir con la Patria a nuestra manera: en la educación.

En el desarrollo de nuestras ilusiones, la ADEP nos ha acogido bajo su alero y nos proporciona las comodidades para tejer las huellas del alma que fuimos dejando perdidas en el regazo del tiempo o guardadas en el baúl

de los recuerdos: nuestras anécdotas, nuestros escritos, nuestras poesías, nuestras experiencias en la enseñanza-aprendizaje. Nos convertimos en novatas poetisas y en abuelas cuentacuentos, con la esperanza de que un día no lejano crucen los aires costarricenses y lleguen más allá de nuestras fronteras, llevando el mensaje de cultura de nuestros barrios, y que recibamos también el abrazo de nuestras hermanas- pueblo.

Nuestras diarias acciones de economía solidaria y consumo responsable

Ana Mercedes Miranda Morán
El Salvador
Derecho a grabación

Mi madrecita, Merceditas de Miranda y yo, Ana Mercedes Miranda Morán, vivimos en la ciudad de Ayutuxtepeque, departamento de San Salvador, en El Salvador, Centroamérica. Con nosotros vive mi esposo Pedro.

Ayutuxtepeque es una localidad pequeña, adherida a la capital, de tal forma que ya no hay un espacio libre entre ambas. Esta proximidad ha incidido de forma negativa, ya que como la población ha aumentado, ha crecido el número de buses; el comercio ha crecido (tanto que ya hay supermercados), y los vehículos particulares circulan ahora de manera constante.

Se deduce, entonces, que el ruido, la contaminación y el peligro hoy son nuestros compañeros. Y claro, recordamos con nostalgia cuando llegamos a vivir al Residencial "La Esperanza", hace 25 años. Había un entorno todavía silvestre. Por esto, echamos de menos aquella paz y tranquilidad de cuando no sufríamos la invasión comercial y "de progreso" que ahora existe.

Debo explicar que nuestra casa está en un lugar habitado por familias de clase media, y por lo tanto, proclives a ser influenciadas por los medios de comunicación; aquellos cuyos espacios publicitarios remarcan constantemente la necesidad de deshacerse cada año de refrigeradoras, muebles, ropa, utensilios plásticos, etc.; es decir, fomentan el consumismo desahogado para adquirir "lo mejor y más moderno", con el fin de lograr ser "alguien".

Así, en la época navideña y de fin de año, no es raro encontrar en el botadero autorizado todo tipo de artefactos y muebles domésticos, para que se los lleve el tren de aseo. Y ya no digamos la cantidad de objetos de plástico, papel, durapax, cartón, trapos, vidrio y más, que se lanza a los basureros después de los festejos de final de año. También son innumerables las bolsas plásticas desechadas: lo peor es que únicamente han servido por escasos minutos, solo para transportar víveres y otros, comprados desde el supermercado o mercado.

En el parque de nuestra colonia, que es muy bonito, aparecen a diario todo tipo de desperdicios que no son biodegradables; es decir, no hay un consumo responsable. La página de Facebook "La Bioguía" explica que se consume un millón de bolsas plásticas por segundo en nuestra Tierra. Agrega que el tiempo de vida de una bolsa plástica en manos de los consumidores es de 12 minutos. Pero este lapso es largo para lo que veo en mi vecindario y que explicaré más adelante.

Tampoco existe economía solidaria (esto lo explico en términos sencillos), porque desde que abrieron los supermercados, las tiendas de los barrios dejaron de vender como antes. Ya no somos solidarios para comprarle a la señora canastera que viene con su venta desde el cantón, esperanzada de vender para ayudar al gasto de su casa. También han bajado de forma considerable las ganancias de "la tienda de la señora de la esquina".

Yo me crié en un hogar en el que nunca hubo desperdicios de algún tipo, y mis papás siempre adquirían lo necesario en tiendas sencillas, yo crecí con esa costumbre. A pesar de que algunas cosas las adquirimos en los supermercados, siempre vamos al mercado municipal, a las tiendas vecinas o llamamos a la canastera para comprar parte de lo que necesitamos. De esta manera contribuimos a que el dinero no se vaya del todo para el extranjero, pues las megatiendas son propiedad de

transnacionales estadounidenses. Estas, gracias a incentivos económicos que les dan los gobiernos, ni contribuyen con los impuestos que deberían pagar ni dan buenos salarios a los empleados quienes, aunque trabajan más de las horas autorizadas, no reciben pago extra.

Siempre pensábamos, mi madrecita y yo, que algo debíamos hacer para paliar, aunque fuera en mínima o microscópica parte, esta serie de situaciones, propiciadas por una economía que no es solidaria, y que fomenta el consumo irresponsable. Teníamos largas pláticas al respecto, y en cierta ocasión, decidimos iniciar con acciones pequeñas y sencillas, pero eficaces para tratar de cambiar en nuestro entorno este panorama que no nos parece adecuado.

Como ella compra el pan francés y el pan dulce en la esquina, cerca de la casa, a una señora que es su amiga, mi mamita les dice a sus conocidas del vecindario que el pan que vende la niña Ana María en su canasta es el más sabroso y más fresco (pues es hecho a diario), y que es superior al embolsado de las megafábricas panaderas. Y como un apoyo, acompaña diariamente a esta señora en su puesto de venta, le ayuda a embolsar pan francés y le cuida el puesto, así como la canasta, cuando ella es requerida para alguna diligencia. O si se tarda en llegar, mi mamita está presta a decir a los clientes que la esperen, "que ya va a llegar". Por este detalle, la niña Merceditas, quien es mi mamita, una bella señora de 85 abriles, es bien identificada en el lugar. Yo observo a mi madrecita con esta acción, y pienso que si todos tuviéramos conductas similares, la armonía y la solidaridad retornarían.

Pero nuestras acciones no se quedan ahí. En cuanto al consumo responsable, emprendimos la ejecución de una actividad que contribuyera a minimizar (aunque sea en forma microscópica) las costumbres negativas que tenemos los ahora llamados fríamente "consumidores" (yo le añadiría "inconscientes"), y así, atacamos un hecho, por

demás, irresponsable. Me referiré a una parte quizá infinitesimal de esta situación, pero que es decididamente nociva.

Como actualmente hasta por la mínima compra dan una bolsa plástica, esto se ha convertido en un verdadero problema. Ante esta situación, sería algo inusual que una persona entre mil diga en el súper: "Por favor, sin bolsa plástica"... Esto, en El Salvador, no se da. Muchos "consumidores" apenas las desocupan (luego de breves minutos de uso) proceden a arrugarlas y las lanzan (lo peor que a la calle). Esta acción, tan simple y tan común, hoy es causa de múltiples problemas como atascamientos de albañales; contaminación de terrenos; muerte de animales (sobre todo marinos), pues las ingieren al confundirlas con alimentos; mayor producción de basura y más basura en calles, carreteras y parques; todo esto especialmente en mi país, El Salvador, donde hace falta mucha educación ambiental y de todo tipo.

A este respecto, también entramos en acción. Así, todas las bolsas y empaques plásticos que llegan a nuestras manos tienen que ser utilizados al menos unas dos veces antes de convertirse en desecho. ¿Qué hacemos con las bolsas? Luego de que regresamos del mercado, tienda o súper, sacamos los productos con sumo cuidado, sacudimos las bolsas (de distintos tamaños), las alisamos, las clasificamos y las guardamos en un lugar en el que se conservarán muy limpias. Cuando ya tenemos una buena cantidad, las regalamos, por ejemplo, a las señoras que venden tamales, verduras o a quien las necesite para deshacerse de la basura. Así, este producto plástico servirá al menos dos veces antes de ser botado. Como ya nos conocen por este motivo, no falta quien nos pregunte con frecuencia: "¿y hoy tienen bolsitas que me regalen?", y esto nos encanta porque significa que habrá un poco menos de desechos plásticos en la calle o en otro lugar. Además, estas humildes vendedoras evitarán adquirir bolsas nuevas solo para que sirvan un

momento, con lo cual se les elimina ese gasto, lo que se traduce en mayor ganancia para ellas. Todas estas prácticas dan un buen ejemplo a la comunidad. Es agradable para nosotras que ahora algunos vecinos (no muchos) también reciclan bolsas plásticas, sobre todo para sacar basura y darla al tren de aseo. Otros llevan sus alimentos en bolsas plásticas reusadas, pero limpias.

Ya propiamente para nuestro hogar, también tenemos un consumo responsable. Por ejemplo, no desperdiciamos objetos que, si bien ya no sirven para lo que fueron creados, se pueden utilizar en distinta forma. Un huacal plástico roto se convierte en maceta. Un recipiente metálico que albergó galletas, ahora sirve para guardar hilos o cosméticos, luego de lavarse. Las hojas de papel bond las ocupamos por ambas caras. En los cuadernos escribimos hasta en el último rincón de blanco porque se debe ser responsable con la utilización de tanto árbol para hacer una sola hoja de papel. Las cajas de cartón encerado en que viene la leche se ocupan para hacer casitas que adornan el nacimiento navideño. El papel metalizado de las bolsas de leche en polvo se convierte también en adornos para el árbol de Navidad. Los desechos de papel de colores se convierten en flores que vamos a colocar el 2 de noviembre, día de los fieles difuntos, a las tumbas de nuestros familiares fallecidos. Todos los envases plásticos los recogemos, y los que no, los convertimos en macetas o los regalamos a señores y señoras pepenadores que los llevan a las plantas de reciclaje y ganan "sus centavitos" con los que mantienen a sus familias en este país. Hasta la "piscina" de los pajaritos que visitan nuestro jardín es un huacal plástico que se arruinó; sin embargo, como guarda agua hasta cierto nivel, las aves vienen diariamente a bañarse y a beber su agüita. Es una alegría ver a zanates, chontes, palomas y tortolitas cómo disfrutan de ese recipiente con agua y que no contamina porque no lo tiramos, sino que es entretención y oasis de aves. De igual modo, recogemos periódicos y revistas de papel bond y "couché". Cuando

en nuestro hogar ya hay una considerable cantidad, las damos a señoras que las venden en centros de acopio. Igual hacemos con los periódicos, solo que entregamos una parte a las recogedoras y otra cantidad la enviamos a un refugio de perritos.

Mi madrecita y yo tenemos la plena seguridad de que la economía solidaria tiene mucho que ver con el consumo responsable. Y es que consumir solamente lo necesario, y esto comprarlo a vendedoras y vendedores de escasos recursos económicos, es de gran ayuda para ellos. Es una solidaridad de nosotros para con dichas familias. Así también, reciclar lo que la mayoría bota y darle uso o donar lo que no nos servirá, pero que está bueno, a quien lo va a utilizar, es apoyo para ellos, pues se les ahorran gastos y, sobre todo, se contribuye a que el planeta no cargue con tanta polución.

En cuanto a convertir los desechos en casitas para el nacimiento de Navidad, a todas las personas que vienen a verlo y que admiran las viviendas en miniatura les explicamos que no las hemos comprado, que son hechas en casa. Cuando les mostramos de qué están hechas, se sorprenden porque piensan que son fabricadas de algún material caro. Lo mejor es que más de alguna afirma que intentará hacer las casitas para su nacimiento familiar. Esto lo consideramos como una ganancia para nuestra Madre Tierra, pues la basura poco a poco mermará y habrá más consumo responsable.

Ojalá todos iniciáramos esta labor: humilde, sencilla, pero eficaz en nuestro entorno. Y en este sentido, las mujeres debemos tomar posición de vanguardia para inculcar estas conductas en nuestros hogares, el vecindario, el lugar de trabajo, de estudio, etc. No dudemos de que somos nosotras las que vamos a ayudar decididamente a una economía solidaria y al consumo responsable, contrario a la política de consumir desaforadamente y tirar, que nos inculca la economía de mercado actual y

que solo busca el beneficio de unos cuantos que se han adueñado del planeta.

Estoy segura de que con buenas prácticas, algún día este planeta se convertirá en algo mucho mejor para hijos y nietos. Es nuestra responsabilidad como dadoras de vida. Constituyámonos en cuidadoras del planeta Tierra: el único lugar conocido que tenemos para desarrollar nuestra vida. Alguien puede argumentar que les quitamos los deberes a los hombres. Bueno, si ellos no quieren asumir su rol, hagámoslo nosotras. Para eso tenemos capacidad, entereza, voluntad, valor y liderazgo necesarios. Y a nuestros hijos hombres debemos educar en estas prácticas para que también asuman su papel con responsabilidad. Podemos iniciar con acciones aparentemente pequeñas, muy pequeñas, pero que, multiplicadas en centenares de hogares, llegarán a incidir positivamente para lograr la meta. Únicamente debemos decidirnos a actuar.

Fuerza y Voluntad

Angélica María Quirós Mora
Moravia, Costa Rica
Derecho a grabación

"Dedicado a las Flores, Rosas, Camelias, Azucenas, las Maco, las Algeris, las Lucías, Trinas, las Verónicas, las Marías, Nuris, Micaelas, Marlenes, las Silvias, las Anas, las Fabiolas, las Claudias, las Luisas, las Carmen y las Carmenzas, las Blancas y las Canelas... El nombre no importa ni la edad ni la nacionalidad, ocupación o el color de la piel. Basta tan solo con saberse mujeres, guerreras de luz, fuertes, firmes y valientes. A las niñas que están en plena formación, pero principalmente a las chiquillas que aún no nacen porque su futuro está sujeto de las decisiones y actitudes de las mujeres del presente. Somos su ejemplo..."

"Estudie, chiquita, estudie. Las mujeres deben estudiar, uno nunca sabe, por si el marido le sale malo". Por cierto, qué ironía, como si para hacer una mala elección hiciera falta estudiar. "Prepárese para que tenga usted cómo llevarle el bocado a sus hijos. Claro, si se saca la lotería y le sale bueno el marido, a él le toca mantener la casa y usted trabaja y así se echa encima todo el sueldo para que se compre todas sus cositas".

¡Qué pasado, por Dios! Esas frases escuché en mi casa, en la de familiares, amigas, vecinas, compañeras de escuela o colegio. Tal parecía que esa era la regla de oro en esa época. Como que el derecho a ser feliz venía acompañado de un diploma de lo que fuera. Muchas mujeres hasta fueron advertidas por sus profesores de universidad que sus títulos serían de MMC (para quienes desconocen la terminología de las siglas, significan "Mientras Me Caso). ¡Qué maravilla entonces! No me explico cómo surgió la rebelión de ideas en el mundo femenino. Al observar que las mujeres que decidieron quedarse en sus

trabajos descubrieron algo fascinante: la realización personal, la independencia, la voluntad y derecho propio.

En esos tiempos, ni siquiera se nos hablaba del mundo tan maravilloso que podría desplegarse ante nuestros ojos con la oportunidad de adquirir conocimiento, de alcanzar la felicidad al encontrar nuestro propósito en la vida, y todo cuanto hoy se les puede decir a nuestras niñas. Son tantas las mujeres que sacaron una carrera siguiendo esos consejos temerosos de las personas que las rodeaban. ¿Cuántas crecieron con el temor de que el príncipe de su vida se convirtiera en sapo y que tuvieran que quedar a cargo de un hogar y unos hijos?

Confieso que crecí pensando que si una mujer estudiaba, jamás tendría problemas, porque sería muy sabia para elegir un compañero afín a sus necesidades físicas, emocionales y espirituales. Pensaba que las mujeres instruidas sufrían menos y que gastaban más en ellas, obviamente. ¡Qué gran equivocación! Esa era, en teoría, la forma que yo tenía del mundo. De la niñez a la adolescencia esa visión dio un giro inesperado.

Cuando yo me criaba, escuchaba que las mujeres éramos el sexo débil. Pero yo no era muy sumisa que digamos y refunfuñaba cada vez que escuchaba tal argumento. ¿Cómo va a ser eso posible? Desde que tengo uso de razón, recuerdo en mi memoria a una gran cantidad de mujeres doblándose el lomo, trabajando de sol a sol, y compartiendo sus experiencias con otras mujeres. Justificando por qué trabajaban tanto, no existía un común denominador entre sus circunstancias: unas lo hacían porque tenían marido, pero este ganaba muy poco y la conciencia les decía que tenían que ayudar; otras, porque el marido trabajaba y vivía en la casa, pero se gastaba el salario en la cantina... a estas señoras, la inconsciencia les decía también que debían aportar. Entre pretextos y razones, todas ellas estaban incorporadas en la vida laboral. Las que no trabajaban se quejaban por-

que sus esposos les decían que era prohibido trabajar, presumiendo así ante los demás su don de buen proveedor, y expresando con orgullo la tan sonada frase "¡Mi mujer no trabaja!"... fuera de la casa, claro está.

Porque la vida de una mujer empieza desde que se despierta, cuando se queda inmóvil entre las sabanas dándole forma a su día, planeando en qué orden levantará a su familia. Luego, coordina el baño de los hijos, los lleva a la escuela, prepara las meriendas, lava y plancha la ropa, prepara el almuerzo, recoge a los niños, reparte el almuerzo, lava los platos, prepara el café de la tarde, pone a estudiar a sus hijos, termina de acomodar la casa, prepara la cena. Después, se arregla un poco, pues si tiene esposo es denigrante que la encuentre como peón de finca. Entonces, empieza a cronometrar el tiempo para darle la bienvenida al marido, para disfrazar los olores del cansancio con vapores de un buen baño, para servir la cena, poner cara de chica serena, descansada, sexy y relajada (ipobre hombre, con el duro día de trabajo que tuvo, lo menos que puede esperar es que su esposa linda, que no trabaja, lo atienda como a un Dios recién caído del Olimpo!).

Expertas en disfraces: "si estás cansada, sonríte"; "si estás enojada, disimula", "aprende a fingir todo cuanto no sientes". Sabios consejos de las mil y una formas de detener a un marido en casa. Y, claro está, la sabia esposa colabora, no se queja y por último, recuerda que "entre más calladita, más bonita". Por eso es que resulta tan extraño que ante tan elaborada estrategia de perfecta sumisión, amaneciera un día sola y no por viudez precisamente, sino por algo mucho peor... el abandono. Historias como esas abundan en nuestras familias, pueblos y caseríos.

Pero cuando una mujer se queda sola toma fuerza de donde no tiene para redescubrirse, para valorarse, para luchar y sacar adelante la tarea de mantener una fami-

lia. Las mujeres sabemos establecer prioridades. No hay tiempo para lamentos cuando lo que se necesita es dinero para comprar el alimento de los hijos. Por experiencia, sé que tener una colección de títulos no es suficiente para tener éxito emocional, sino que es una cuestión de actitud.

Las mujeres tenemos un don: el de transformar la materia. En las manos de una mujer, la harina se convierte en pan; las telas, en ropa; los ovillos de lana, en abrigos y cobijas; las tierras, en huertas. Tenemos la paciencia para plantar y cuidar una semilla hasta verla florecer y dar fruto. Hasta los desechos sólidos en manos de una mujer son transformados en piezas de arte.

Tengo una vecina adulta mayor, entrada en años, casada desde hace 48 años. Su esposo ha sido siempre un señor trabajador agricultor responsable. Ella siempre puso su granito de arena, haciendo comidas, panes y bocadillos. Esta amiga de la que les cuento nunca ha usado una cocina eléctrica: todo lo ha hecho al calor de un fogón de leña. Ella es el mejor ejemplo de que nunca una mujer se ha quedado cruzada de brazos esperando que lleguen las soluciones a su casa. Mi vecina es consejera, experta en remedios naturales (quita las "pegas") y el pueblo la conoce porque comparte sus dones con toda la comunidad. Su esposo es un hombre sabio porque, para empezar, es su gran admirador y nunca la ha visto como adversario, sino como su gran aliada.

Así somos las mujeres. Tenemos la capacidad de producir, aun aquellas que por alguna razón no pueden trabajar fuera de su hogar. El dinero que ganan por lo general es invertido en la solvencia de las necesidades de los suyos, no importa si su trabajo se ubica dentro o fuera de su casa o si posee o no un título que respalde su conocimiento. Ellas saben cómo administrar responsablemente los recursos, duplicar el dinero, ser madres, enfermeras, cocineras, consejeras, empresarias.

Toda mujer debe estar consciente de cuánto aporta a su familia y a la sociedad, por lo que no debe ser cómplice de la expresión popular "la mujer no trabaja". Todas trabajamos. La diferencia está en que algunas lo hacen sin recibir salario. Trabajadoras anónimas dando el ejemplo que tanto dentro como fuera de una casa se puede producir. Algunas de las que trabajan fuera lo hacen desde una oficina, pero hay otras que andan con un termo de café y una canasta de pasteles o empanadas de queso, papa o chicharrón... todos las hemos visto alguna vez. Ellas son las que esconden su trabajo a las autoridades porque si las ven, les decomisan la mercancía por ofrecer sus productos en las calles sin los permisos municipales. ¿Cómo no íbamos a salir adelante las mujeres con tan buenos ejemplos? Yo he tenido muy buenas maestras y gracias a ellas el día de hoy me declaro una mujer fuerte.

Tengo dos hijos maravillosos: José y Lucía. Cuando me separé de su padre -quien, por cierto, tiene fama de caballero civilizado y, por cierto también, quedó agotado tras librar una buena batalla por la custodia de los hijos, los derechos absolutos sobre nuestra casa, las orquídeas, el perro, mi cuerpo, mis actitudes e ideas-, tuve que empezar una nueva vida con dos chicos de seis y cuatro años, y pasé de vivir en una casa grande a un apartamento modesto.

El mayor de mis hijos iba a primer grado de escuela y mi hija estaba en el pre - kínder. Cuando fue su graduación, ella tenía cinco años. Su papá asistió. Cuando la llamaron para entregarle su certificado, el papá se lo guardó. Antes de salir se lo pedí y me respondió que no, que era de él. Yo le dije que era de la niña, pero él tenía un mejor argumento que, aunque no justifica lo que hizo, me dio el valor para darme la vuelta y salir de ese lugar tan digna como entré. Me respondió que él había pagado tanto el título como las fotografías y que, por lo tanto, a él le pertenecían. Ese día comprendí el poder que puede

tener el dinero en una relación y la importancia de que una mujer sea autosuficiente. No podía trabajar fuera de la casa, porque él debía pagar un salario justo a quien se hiciera cargo de mis hijos. Además, me sentía culpable de salir a laborar con unos niños tan pequeños. Lo que su padre hasta la fecha les da apenas alcanza para pagar los pasajes de autobús y comprar la merienda para ir a estudiar.

Por esos días, una mañana salí a la panadería a comprar el pan para el desayuno, y descubrí que la dueña vendía un saco de pan del día anterior. Le pregunté que por qué no hacía budín y lo vendía, pues eso era un buen negocio y así se utilizaba el pancito. Entonces me pidió una muestra, me regaló el pan para hacerlo, compré más leche, uvas pasas, más azúcar y unas naranjas para preparar una salsa y cubrirlo.... ¿Quién lo diría? Durante años ese fue mi trabajo, poniendo en práctica todo aquello que aprendí como pasatiempo y también lo que de joven me habían enseñado en el colegio de monjas donde estudié...ya saben, aquella vieja teoría de que al corazón de un hombre se le llegaba por el estómago. La cocina, en buena hora, a mí me alejó de ese hombre. ¡Qué buen sabor tiene la independencia y verificar que lo que les da poder a algunos varones es el dinero!

Empezó por budín, pero siguieron los pasteles de pollo, los queques para la escuela y los cumpleaños, y los bocadillos. Ese trabajo me permitió estar cerca de mis hijos y colaborar en el Patronato Escolar. Hasta tiempo me dio para darle talleres de valores al grupo de mi hija; todo gracias a la profesora que me cedió una de las lecciones de agricultura. Obtuvimos unos resultados muy positivos en la conducta de los chicos con los que trabajamos, hasta pude sacar el tiempito para darles atención individual a los que les costaba más aprender, y esto porque tuve la oportunidad de poder trabajar desde mi casa, algo muy importante.

Cinco años duró el caso de la separación de bienes por la casa. Pasó por un juzgado; luego por un tribunal de familia y al final, el padre de mis hijos, no conforme con la sentencia del tribunal, lo elevó a la Corte de Justicia, a Casación, donde la mayoría de magistrados votaron a mi favor. Los avalúos de la propiedad y las primeras consultas jurídicas las pagué con mi dinero porque él se negó a cancelar su parte, alegando no tener recursos, lo cual era completamente cierto, pues contrató a un abogado de los mejores. Yo, en cambio, busqué un abogado de la Facultad, a un estudiante supervisado por un profesor. Fue tan largo el proceso que anduve en manos de varios estudiantes y aun así, gané el caso. Debía administrar bien la plata, así que tuve que elegir si pagaba abogados costosos o solventaba las necesidades de mi familia. Gracias a Dios, el dinero no sobró, pero bastó.

Le enseñé a mi hijo sobre la importancia de ser un caballero de excelencia, de ser responsable y estar comprometido con las personas que ama; que debe prepararse intelectual y emocionalmente para este mundo en el que vivimos donde hombres y mujeres tenemos los mismos derechos y deberes. A mi hija le pido que elija bien la carrera que desea estudiar para que se realice a plenitud, que trate de realizar sus sueños, porque ella tiene el poder y la fuerza. Le pido que sea muy femenina, pero le explico que eso no se logra poniéndose lindos vestidos, zapatos con altos tacones o un buen maquillaje. Femenidad implica compromiso con mi género, salir adelante, sintiéndome orgullosa de ser mujer, y jamás juzgar a otras mujeres por los trabajos que desempeñan para salir adelante en la vida. Las circunstancias de una mujer no se cuestionan; más aún, los gestos de entrega, esfuerzo, valentía y coraje se admiran y sobre todo, se respetan.

Con semejante historia lo puedo asegurar: el mundo marcha de la mano de grandes hombres y mujeres que día a día dan su aporte a la sociedad. Hay hombres res-

ponsables que luchan por sacar adelante a sus familias, pero en esta época parecen ser una minoría. Nosotras las mujeres llevamos delantera, el ejército de mujeres jefas de hogar crece cada día más porque, claro está, el hambre de los hijos no se hace esperar.

¡Así somos las mujeres!

Una gran heroína

Lurima Estévez Álvarez
Santa Clara, Cuba
Derecho a Grabación

A mi madre María Luz, por sus desvelos.

Es una tarde soleada de domingo. Son apenas las 5:30 p.m. No tengo nada que hacer, salvo mecirme en el sillón del cuarto para rememorar la historia de mis primeros pasos, entre los cuatro y los nueve años, cuando mi padre, profesor universitario, hacía su doctorado en la antigua Unión Soviética, URSS, y por ello, mi madre y yo vivíamos solas. En cuanto a la procedencia de la familia diría que mi padre es oriundo de Trinidad, y se había asentado con posterioridad en Santa Clara; mi madre, nacida en Santa Isabel de las Lajas, Cienfuegos, y también se había trasladado a Santa Clara. Yo había nacido en la mismísima Santa Clara, situada en la región central de Cuba.

¡Mi madre... qué decir de ella! Doctora, especialista en Oftalmología, cirujana destacada. Militante, trabajadora de vanguardia a nivel municipal. A menudo asistía a eventos científicos y a cursos de superación en técnicas quirúrgicas en La Habana. Realizaba guardias médicas hasta de setenta y dos horas, en las que prácticamente me mudaba para la casa de mis vecinas más próximas, dos ancianas de sesenta y tantos años. Allí me alimentaban, me bañaban y me mimaban.

Mi madre tenía consultas médicas que comenzaban a las 8:00 a.m., y a las 7:00 p.m. no habían terminado. A esa hora, sin ayuda de una madre o de una suegra, me iba a buscar al círculo de infantes y retornábamos a casa extenuadas. Compraba las provisiones en la tienda de víveres y se ponía a cocinar. Mientras, yo veía dibujos animados. Después de la cena, ella fregaba los platos

y me leía libros de cuentos infantiles con lo cual yo me dormía intensamente. Pasadas las 12:00 a.m. y hasta cerca de la 1:00 de la madrugada, se dedicaba al estudio. Solo descansaba cuatro o cinco horas, en dependencia del horario de entrada al hospital.

Los fines de semana, cuando no tenía guardias médicas o trabajo voluntario, limpiaba la casa, lavaba la ropa y planchaba. Por el mediodía nos acostábamos en el piso de la terraza a dibujar y a pensar cómo sería el regreso de mi papá. Disfrutábamos de la naturaleza que habitaba el patio: pleno de matas de areca, malangas, crotos, árboles frutales, rosales, cactus. La brisa, el sol y la lluvia eran como compañeros inseparables. Nos deleitaba la compañía de la perra, de los gatos del vecindario, de las abejas, los abejorros, los zunzunes y las aves. Concierto único de belleza y majestuosidad, de formas y colores, de gracia y sensualidad, de naturaleza vibrante y tierna que llenaba nuestros corazones. Solíamos salvar a las arañas y a los grillos casi a punto de ahogarse; a las lagartijas, a los cucarachones y a las aves, en especial a los pichones de gorrión que caían de sus nidos de los árboles vecinos. Y como sello de distinción de nuestro hogar: el silencio. Estaba enorgullecida del paraíso terrenal que habían construido mis padres.

Los sábados por la mañana o los domingos por la tarde visitábamos a algunos parientes o, simplemente, salíamos a pasear al parque central. Nos sentábamos en un banco, cerca de la glorieta, donde usualmente tocaba la Banda Municipal de Concierto y los ancianos bailaban al compás de un danzón. A veces, yo corría por los alrededores, montaba bicicleta o subía a un carromato que era arrastrado por un chivo. Y el mismo recorrido que hacía el animal por los alrededores del parque, lo hacía mi madre a mi lado para que no sintiera temor. Entonces regresábamos a casa cansadas, pero felices. Una y otra vez se repitieron estos acontecimientos. Fueron cinco años de mi infancia inolvidables.

Y tras muchas preguntas que pudiera hacerme de esa época, dos acuden de inmediato a mi mente: ¿Cómo pudo hacer de mí la profesional y el ser humano que soy? ¿Cómo pudo aunar varios rostros en uno solo: madre, hermana, hija, amiga, trabajadora?... No tengo una respuesta certera, mas sí creo que ella, como otras mujeres en el mundo, es una gran heroína.



GANADORAS

TESTIMONIOS

2013

PINTURAS



Sandra Urrutia García
Ciudad Guatemala

Mi desarrollo en la niñez fue en un ambiente familiar represivo. Caminé 44 años de mi vida de esta forma, casi en un mundo aislado. Cuando se me presentó la oportunidad de hacer mi primer cuadro, surgió el lenguaje metafórico del arte, que me permite expresar todos los años de silencio con el matiz del movimiento y sus colores propios, y en cada pincelada, se da la integración en la psique para dar sentido a mi vida. Así, se despliegan la creatividad, una pluma, una hoja.



Corazón de hermana mayor

Aída Ramos González
San Salvador, El Salvador

Las manos de mujeres trabajadoras, siempre tejiendo y construyendo el destino de la humanidad, con el don tan grandioso de ser generadoras de vida. Las mujeres originarias, guiadas por el gran amor del corazón de la hermana mayor, trabajando siempre para que sus hijos e hijas, sus comunidades y sus pueblos, sean cada día mejores. Manos de mujeres originarias, incansables y solidarias.



Manos de mujer

Antelma Leticia Martínez
San Pedro Pozohuacan,
Municipio de Tecamac, México

En mi pintura, las manos de diferentes mujeres con distintos oficios representan la lucha por la economía solidaria. Ellas están creando con su esfuerzo, el liderazgo de una mujer nueva mirando al futuro.



Mujer de campiña

Carolina Quintanilla
San Salvador, El Salvador.

Esta bolsa fue realizada a mano artesanalmente, está decorada con flores y hojas secas, sin ningún colorante. Esta bolsa representa el aporte de la mujer a la economía solidaria y al consumo responsable. La mujer comercializa directamente el producto de su tierra. Para mí, es expresar el arte y representar a la mujer.



Heroína de la agricultura comunal

Adela Adriana García Ibáñez
Quito, Ecuador

Pachamama, Diosa femenina de la tierra y la fertilidad, concebida como la madre que nutre, protege y sustenta a sus hijos e hijas. Heroína de la agricultura comunal, sostén de toda civilización y del Estado Andino.





Retrato de familia: Estefany Rojas Montero y Sara

*Irene Barrantes Jiménez
San Ramón, Costa Rica*

Núcleo familiar, integrado por madre, hijo e hija, o madre y abuela. Mujeres todas que, en términos de economía solidaria y desde una perspectiva feminista de la economía, tejen redes sororarias de cuidado y construcción de la sociedad.





GANADORAS
TESTIMONIOS

2013

ESCRITA



Mi padre, sin darse cuenta, creó las bases de lo que más adelante sería mi carrera sin freno hacia la creatividad artística y literaria. Mi casa siempre estuvo llena de "tíos" poetas, cantautores, revolucionarios y un montón de patriotas talentosos que en la clandestinidad de nuestra sala mitigaban sus sueños de libertad a punta de poesía, cantos de protesta y guitarras afinadas.

Mi padre me subía en sus hombros y me llevaba a todas partes, desde giras poéticas hasta películas de Caamaño y otros patriotas de Latinoamérica. Desde siempre, cultivó insistentemente mi amor por los libros y la escritura, tesoros que en mi casa valía más que nuestra mayor posesión.

Crecí entre poemas de patria y guitarras, en el recuerdo de un Sandino compatriota y un montón de libros prohibidos. "El arte no dará de comer a tus hijos", recuerdo que me dijo mi padre una vez; sin embargo, alimentó mi amor por el dibujo, la pintura, la cultura y sin darse cuenta, mi amor por las letras. Me escribía poemas y acrósticos que aún conservo, y también me apropié de todas las cartas de amor que le escribió a mi mamá. Creo que de alguna forma, mi padre jamás pensó que una niña tan pequeña realmente pudiera prestar atención a todo aquel ambiente y escuchar.

Crecí con sentido de patria, con una voz fuerte y con mucha convicción de valores que parecen hoy extintos. Quería escribir como García Márquez, como Vargas Llosa, primeros libros de adultos que llegaron a mis manos y que despertaron en mí un mundo onírico en el que podía escaparme largas horas, y hasta días, sin comer ni beber. Mi madre pensaba que iba a volverme loca, pues

en mi infancia me dediqué a leer y releer. A los 9 años, mi padre hizo énfasis en mi ortografía y caligrafía, por lo que debía escribir, reescribir y repetir textos hasta crear el hábito. Como conjuro de las musas, tras mi empeño, las imágenes vinieron a mí. En lugar de repetir por eternidades frases sin sentido, empecé a crear figuras propias, usando como base mis propios pensamientos y mi sentir. Casi al final de mis diez años, luego de mucho leer, empecé a escribir.

Diez años parecen pocos para una niña que, en lugar de retozar con las muñecas y correr por los patios bajo un aguacero o salir con sus amigas, mantenía la nariz zambullida entre los libros, hasta olvidarse a veces de su propia humanidad. Escribiendo pensamientos que se hicieron versos en la parte de atrás de las páginas rayadas de su cuaderno escolar hasta en el diario en sepia que intercambiamos de lugar en lugar, para salvaguardarlo del ojo avizor de nuestras curiosas madres. Escribiendo contra el espejo, en un lenguaje en clave, o escribiendo cartitas de amor a destinatarios invisibles. Así empecé yo, como empezamos muchas.

Inspirada en principio por amoríos ajenos, por los poemas de Neruda que releía y reescribía hasta quemarlos en mis vellos y respirarlos por los poros. Luego, entre los libros polvorientos de mi padre, descubrí el poemario de una mujer que marcó mi Norte. Un librito rojo de muchas páginas y pocas letras que contenía lo que para mí fueron los versos más significativos de mi vida y que dieron un sentido al porqué escribía. La poeta, Rosario Murillo. El libro, Amar es combatir, que develó ante mis ojos la fuerza explosiva de una mujer guerrera que defendía su causa a punta de letras y poesía. Nunca había conocido a una mujer que no tuviera "pelos en la lengua" para escribir "como le diera la gana". Mi rebeldía y mis valores combinados en un poemario que parecía haber sido escrito con mis dudas, mis lágrimas, mis ganas de amar y de vivir; en otras palabras, por mí misma.

A hurtadillas, desaparecí el librito rojo de la colección de mi padre, y aunque no supe quién era la escritora sino hasta años después, tomé aquellos versos combatientes y le di una causa a mis batallas silentes. En esos tiempos no se conocía la Internet, así que esos versos significaron para mí una puerta a un mundo que rompía lo que hasta el momento conocía y que cambiaría sin pensarlo mi concepto sobre lo que debería ser una mujer. Los amé y los hice míos con una pasión desconocida, porque avivaron muy dentro el orgullo de ser escritora, pero sobre todo, el orgullo de ser mujer.

Nos convertimos en uña, carne y mugre. Sus versos fueron mi amor primero, a pesar de haber empezado a trabajar con la rima y los autores masculinos clásicos desde la juventud, inspirada por las clases de literatura de la escuela y mis profesores de Lengua Española, quienes con sus felicitaciones a mis escritos le echaron más leña al fuego y abastecieron mi creatividad con las herramientas correctas. Nunca pensé en las Letras como medio de fama ni en la espera de reconocimiento. De hecho, nunca escribí para nadie que no fuera para mí. Era egoísta, celosa de mis líneas; sobre todo porque todo mi mundo, mis partes recónditas y la esencia de lo que yo era, habitaba allí.

Para cuando entré a la Universidad, en 1992, ya contaba con una enorme colección de hojas, recortes, cuadernos y manuscritos que sobrepasaban mi capacidad de almacenamiento. Fue entonces cuando mis mejores amigos me dijeron que debía hacer un libro con todo eso, y dedicarme de lleno a escribir. Siempre pensé que estaban dementes porque escribir tenía un significado diferente para mí: era un sello personal, un tatuaje en un lugar del alma que no podía compartir con nadie más.

Empecé mi carrera en las artes, por lo que mis escritos pasaron a segundo plano por falta de tiempo, pero aun así, mi capacidad de escribir cinco o seis poemas al día,

de soltar una historia para empezar otra, y otra más, se subyugó a apenas un solo poema por día, y quizá alguna que otra historia cada cierto mes. Mi hábito de escribir no murió, solo se redujo, y de alguna manera esto me volvió más organizada. Empecé a tomar notas de las ideas y a sentarme a producir después. Lo que antes fluía al azar, sin pensar en nada y como por arte de magia, se había convertido en un hábito consciente y formal.

Mientras yo maduraba, mis escritos forjaron su propia voz y adquirieron una fuerza que luego, al releerlos, a mí misma me sorprendieron porque era capaz de escribir y describir muchas cosas. Para entonces, mi desconexión con el mundo fue tan grande que aquel pasatiempo de pronto mermó mi capacidad de expresión, y me convirtió en una persona retraída y ermitaña que se complacía más en escribir que en hablar... me había hecho olvidar el placer de una buena conversación. Creé una voz diferente en las letras, a costo de perder el habla.

Ingresé a la adultez de forma seria y con muchas dificultades. Debía elegir entre el despreocupado mundo de la niña que no hacía más que leer y soñar o afrontar responsablemente y de golpe, una realidad cruel y dura. Mucho de mi forma de escribir cambió, sobre todo porque los problemas propios de familia, de crecimiento y con mis relaciones empezaron en el momento mismo en que dejé de comunicarme para volcar en la tinta todo lo que quería y no me atrevía a decir. El aislamiento dio paso a una escritora nueva, así como a una nueva mujer, desconfiada, reservada, menos crédula y con muchas más ganas de escribir que antes. Fue entonces cuando me dije que quería escribir para compartir, e ingresé a una escuela de literatura para niños y adolescentes que enseñaba en un curso avanzado las que fueran mis primeras técnicas en el arte de escribir.

Sufrí mucho durante mi etapa de crecimiento, porque me topé de golpe con el monstruo de la soledad que mis propias letras habían creado, y que de pronto había empezado a espantarme. Con pocos amigos, (contados con los dedos de una mano), una madurez más allá de mi edad, una rebeldía intrínseca que se negaba a ser domada por ninguna ideología ajena a lo que yo llamaba mi ley de vida, y rodeada de incompreensión ante la ignorancia de mis seres queridos, empezó una batalla interna que más adelante definiría la persona que hoy soy.

La depresión me hizo presa de sus garras y para entonces desconocía por completo la persona que debería ser yo. Como la gente no podía entenderme, les gritaba. No entendían que había tanto que quería decirles pero, sencillamente no podía encontrar en mi mente las palabras adecuadas para expresarme correctamente y darme a entender. Por ende, cada conversación que iniciaba con cualquier persona, en especial con mi familia, terminaba en disputa y a veces, en algunos casos extremos, hasta en los golpes. Mis letras fueron bálsamo anestésico ante la indiferencia y el rechazo, el abrazo cálido que tanto necesité pero que nunca nadie me dio.

La confusión entre el yo de mi esencia y una juventud aleatoria de caminos bifurcados sin señalización, terminaron por hacer de mí un ser oscuro, susceptible y repleto de desamor. Ardía de rabia ante la insistencia de las voces pregonando incesantemente: "...deberías hacer esto y lo otro...". Odiaba que todos pretendieran decirme cómo debería y tenía que ser mi vida, como si realmente les importase. Todos a una, queriendo ser mi voz. Sin darse cuenta, me arrastraron con más fuerzas hacia el abismo de mis letras, despeñándome por los caminos de la tinta, en donde vi embadurnado de negro todo mi color. Lloraba por las noches sin descanso hasta que el día me sorprendía con la cara inflamada y una sonrisa falsa que ocultaba mi sufrimiento.

Entonces, ¡escribí para gritar! ¡Gritar! Ante la injusticia y la soledad agónica que compartía con extraños, quienes a veces parecían entenderme mejor que cualquiera. Decidí gritar ante la desidia, ante el bullicio de una multitud ensordecida que me miraba ignorando mi llanto y clamando ayuda desde mis tinieblas sin poder dejar la voz escapar. Grité para vaciar mis pulmones y el alma de tanta M...maldad. Grité tan fuerte sobre el tintero, pero mis palabras fueron un soplido arrastrado por el bólico silencio, sin importarle a nadie sus agudos ecos que como ráfagas refulgentes se escapaban en mi cuaderno donde nadie nunca las vio. Al final, se perdieron en el vacío y nadie las pudo escuchar.

Escribí, entonces, para llorar, porque mi llanto se ocultaba mejor en la tinta que en mis ojos, porque la migraña atravesaba mis pupilas cuando afloraba una lágrima incontenible que se volvía torrente, dejándome muchas noches de resacas y malos recuerdos esfumados en la cúspide del lapicero. Escribí por la esperanza de elevar un grito callado que retoñaba en mi pecho y moría entre mis hojas, en la tinta. Para librar batallas silentes, espantar fantasmas, derribar las puertas clausuradas, despertar a personas que se hacían las sordas; a las otras, que se hacían las dormidas y a las que sin darse cuenta, para mí ya estaban muertas.

Una vez graduada, quedé con muchas ganas de seguir escribiendo. Consideraba que el único sitio donde podía ser yo misma sin temor de ser señalada y donde podía ocultarme era entre mis hojas. Para entonces, ya había dado inicio el final de mi guerra interna, me había hecho más fuerte gracias a mi encuentro con temas espirituales los cuales habían llegado a mí en la etapa correcta. Ya tenía mis ideas un poco más claras y empecé a buscar el porqué de tantas cosas, hasta que encontré muchas respuestas. Me di de frente con una espiritualidad que me urgía explorar, y que de alguna forma había logrado encaminar mis demonios al infierno y mis ángeles a la

gloria, poniendo cada cosa en su justo lugar. Se aplacaron algunas aguas rebeldes que rebosaban mis playas y se levantaron los ríos de tinta que dieron origen a mi verdadera voz. De allí nació la escritora y, sin buscarla, la poeta. Cuando finalmente se hizo la paz en mi cabeza, pude hallar la forma de equilibrar mis palabras con mis letras, aunque aún hoy me cuesta hablar a la misma velocidad, pues mis manos siempre van más rápido.

La urgencia de compartir mis experiencias de vida a una humanidad ávida de vivencias se hizo mayor. Enfoqué la ira y la frustración hacia causas reales, y la negatividad que me rodeó tanto tiempo mutó en escritos de mayor calidad, cuya fuerza y pasión se hicieron evidentes. Pensaba que por fin había empezado a encaminarme; sin embargo, cuando quise dar los pasos para volver al camino con el apoyo de mis letras, por poco me sorprende la muerte.

Me vi postrada en una cama de hospital con un comienzo de cáncer. Pasé dos años de agónico dolor sin poder caminar correctamente y con enormes temores porque en sus inicios, no daba con nadie que pudiera encontrar el origen de aquel padecimiento. La dolencia me fue robando poco a poco el avance que había logrado, mi trabajo, mis amigos, las metas, la alegría, las ganas de vivir, mi estabilidad económica y, con ella, mis sueños más anhelados. Pudiera decir que se había empezado a robar la esencia de lo que yo era.

De médico en médico, sin que ninguno pudiera ayudarme, me encontré sin saber a quién acudir para que me explicara el origen de mi mal. Casi en bancarrota, me veía nueva vez sobrecogida por la frustración y la desgracia. Habiendo sobrepasado una juventud azarosa, lo menos que esperaba era ser golpeada nuevamente por la vida y sus circunstancias. Me asaltaban las pesadillas, en las que me veía ante mi propia tumba, halada por manos negras que intentaban atraparme. Perdí todo por

lo que había luchado y que había conseguido hasta ese momento. Sentía que todo lo que me rodeaba era el dolor de las pérdidas y el dolor físico que, desde luego, no me dio tregua un solo instante. No tuve un respiro de esperanza; ni siquiera podía escribir para olvidar mi situación porque el dolor era tan grande que no podía concentrarme. El sufrimiento me robó mis letras, lo que más amaba, y me sumergí en el más hondo estado de depresión.

Así que grité en lugar de escribir. Grité sobre el eco del canto, en espera de que sus melódicas tonadas endulzaran a algún corazón para que me acompañara a cantar a dúo la canción del dolor. Grité para que no se perdiera en el vacío mi voz, haciéndome sentir por instantes que ya había muerto, que ya no existía y que aun así, a pesar de mí, para otros continuaba la vida.

Antes escribía como forma de vida y luego, cuando se me puso todo negro, cuando el mundo se me venía encima, cerrando sobre mí la boca contundente de un laberinto abismal; intentaba sacar mi pluma y escribía sobre el dolor para no olvidarme de mí misma, como lo hicieron todos. Escribía cuando podía para callar la pena, para no sentir. Escribía para no morir. Sentí que debía dejar mi huella, que tenía que hacer mucho ruido en este mundo antes de partir. Me negaba a irme sin sentir que al menos había dejado este mundo mejor que como lo encontré, habiendo hecho algo trascendente que me hiciera sentir que mi paso por la Tierra no había sido en vano.

Así que batallé al dolor con mi pluma y mi cuaderno, a punta de poesía, hasta que uno de los médicos que había decidido visitar como último recurso me arrancó de las garras de la muerte y arriesgándose a perderme, me salvó. Él trajo de regreso a otra, una mujer que ya no era yo, sino un cuarto de la persona que era. Renacida de las cenizas, pero con las marcas indelebles de un corazón roto, sin ilusiones ni pertenencias, y con una voz

pendida en el hilo flojo de un llanto amargo que se anidó muy dentro y que nadie, excepto yo, pudo oír.

Como debía estar en reposo, los lazos con mi único amigo, el computador, se estrecharon. En mi afán de no rendirme, puse de manifiesto mis conocimientos publicitarios aplicados a lo tecnológico los cuales, combinados con mi amor por el arte, me permitieron hacer dos de las cosas que mejor sabía hacer: sobrevivir y escribir. Me topé de frente con la plataforma de los blogs y las redes sociales, lo cual significó un paso de avance enorme para finalmente atreverme a compartir mis escritos sin tener que interactuar con nadie y ser como siempre había querido: anónima.

Sentía que por fin había encontrado un lugar donde lanzar mi grito, y grité. Grité y se llenaron las angustias de soles. Grité y las personas empezaron a oír. Me llovió el apoyo de los mutilados, de poetas consagrados, de escritores y poetas por venir, de las mentalidades ancianas, y hasta de muchos de los sordos que nunca antes quisieron oír. Encontré gente maravillosa relacionada al arte, a la literatura. Me involucré virtualmente con la poesía, con eventos literarios, talleres y organizaciones tanto dentro como fuera de mi país. Colaboré con diversas revistas y programas de radio en diferentes países y dondequiera que pudiera compartir lo que yo era y lo que nuevamente me movía por dentro.

Animada por los comentarios y visitas a mis páginas y enlaces poéticos, me fortalecí y encausé mis letras a otras latitudes y por otros rumbos; entre ellos, mi amor por la sanación, la espiritualidad, el medio ambiente y las causas a favor de la mujer. En 2009 inicié el Movimiento Mujeres Poetas Internacional (MPI), como un humilde homenaje de una sobreviviente de la vida a la mujer que lucha, que cae, se levanta y continúa; que es artífice de miles de roles y que aún a pesar eso, logra dedicar un

momento a sublimizar su arduo día a día escribiendo poesía y, como si fuera poco, lograr destacarse.

Mujeres Poetas Internacional se convirtió en la cuna del Festival Internacional de Poesía Grito de Mujer, homenaje en el cual poetas y artistas, tanto hombres como mujeres, se unen para elevar un NO a la violencia contra la mujer y llevar mensajes de fuerza, empoderamiento y autoestima a las que no tienen conciencia de su propia grandeza. Mujeres Poetas Internacional es el resultado de mi propia lucha y el legado tangible de la supervivencia de muchas que, como yo, hoy se levantan para unir sus voces y juntas poder gritar con más fuerza, teniendo en la poesía una "terapia" de vida y también, ¿por qué no?, un arma.

Mis nuevos sueños me animaron a seguir mostrando mis letras, a participar en concursos y encuentros, y a intercambiar impresiones con la gente. Logré al fin el anhelado equilibrio entre los instantes de soledad creativa y el compartir con los otros. He aprendido, y sigo aprendiendo mucho, de los poetas y amigos intelectuales de otros países que me encuentro en el trayecto y, sobre todo, del sentido de vida que tienen muchas mujeres del mundo cuyo apoyo ha influenciado positivamente mi carrera literaria que apenas ha comenzado a hacerse interesante. Mi carrera ha sido un respiro de alivio sobre las vicisitudes y me ha permitido levantar mi moral y mi respeto hacia mis propias letras.

Hoy pienso que sencillamente pude haberme quedado rezagada en la dolencia, asumiendo el papel de víctima de mis circunstancias, conformándome con recibir de otros la palmada en la espalda; sin embargo, hice de mi soledad un tiempo compartido y útil e hice con la negatividad otra cosa más importante: elevé mi grito y espanté a mis demonios.

¡Hasta hoy he gritado al viento!

Hasta hoy que cerré mis ojos y acallé mi mente, me cubrió un resplandor rebosado de gozo alucinante, resarciendo una a una mis sonrisas hurtadas por el llanto, sanando las tormentosas heridas del pasado, hilvanando los tajos desgarrados de mis vísceras a la intemperie de los tiempos. Dejé de bañarme con el velo sutil de la indiferencia, y le devolví el color rosa a mis mejillas.

Hoy, en este instante, puedo decir que mis letras fueron renacidas; que comencé a escribir verdaderamente cuando empecé a creer en la capacidad y el verdadero propósito de mis palabras. Corrió amor por los rincones de mi casa y se hizo la luz en mí. Desde entonces, ya no grito sola, ya no grito más: callo y me dejo fluir.

Mujer, corazón de la economía

Laura Varela Castro
San Ramón Costa Rica

Poco a poco la cara oculta de la historia emerge, trayendo consigo nuevos significados, nuevas verdades, nuevas posibilidades... hoy sabemos que las mujeres han sido apasionadas tejedoras de la vida social, y que en el principio del desarrollo de la historia humana, lo divino era representado en el cuerpo femenino; no por ignorancia paleolítica -como nos han mentido- sino por lo sagrado de nacer, alimentarse y aprender del cuerpo materno.

Esto es ahora revelado y no nos puede ser arrebatado por el dominio de la razón que masculiniza, en poder y dominio, las esferas de nuestra existencia. En este sentido, no se trata de que la historia de las mujeres sea mejor, se trata de que "existe", y es diferente a los cuentos patriarcales que colocan a las mujeres en lugares sucios, torpes y sin sentido. Así, se trata de re-colocar los aspectos femeninos negados, tanto de mujeres como de hombres, para la humanidad.

¿Y la economía? Esa entrañable relación con los ecosistemas de la tierra; con sus materias preciosas; con el esfuerzo de los millones de siglos que llenan los pechos de la tierra, la hermana mayor, la madre de las formas terrestres, la viajera estelar que nos lleva en su regazo. La economía es la expresión más clara de cómo nos relacionamos con la totalidad de formas del planeta, incluidos los humanos como primer lazo con lo demás.

La economía es un brazo, y desde que se perdió la memoria de que nacimos de las entrañas de la vida, desde que se olvidó el origen de nuestro destino, desde que el tiempo se puso en una línea recta sin más camino que el mandato de dominar; perdimos contacto con la esencialidad que nos trajo hasta aquí. No es casual que los

"padres de la iglesia" así como los "padres de la ciencia" nos eduquen para dominar, saquear, extirpar, derrotar, imponer y sacrificar la vida natural, en pos del progreso de la vida en sociedades privilegiadas, mejores que otras y, en fin, sociedades desconectadas.

Nada casual, nada. Sacar a las mujeres de la filosofía, de los templos, de la economía, del trabajo político de decidir, de la construcción de sociedades en plena participación, es en gran parte lo que padecemos hoy como culturas empobrecidas. Carecemos del goce de acceder a los valores femeninos de cuidado, cooperación, respeto y receptividad, los cuales nos habrían aconsejado viajar de la mano con los demás seres y ecosistemas, como uno más; codependiendo en vez de dominando.

El fundamento principal de la doctrina patriarcal es hacernos creer que solo los humanos están dotados de consciencia. Este pequeño hecho hace que se ponga el pie por encima de cualquier forma de vida o fuente de riqueza natural. La forma dominante de hacer la economía es admitir que unos cuantos ganen miles y miles de millones a costa de la explotación, la injusticia y la destrucción. El hambre, la pobreza y la desigualdad son los principios que ocasionan que este sistema económico siga sosteniéndose, pero en realidad sabemos que la Tierra es un paraíso de abundancia, en la que podemos satisfacer nuestras necesidades, todas y todos. Sin embargo, también sabemos que no puede seguir satisfaciendo la avaricia y la destrucción.

Desde mi pequeño cosmos cotidiano, me dedico a profundizar el respeto por mi propio corazón y por el corazón que late en este océano de vida en la Tierra. Trabajando con mis manos para despertar mi consciencia; viajando en los segundos de mi horario de trabajo; haciendo de cada instante, el tiempo-arte que me devuelve la humana virtud de estar en el eterno ahora y el intento compartido de ser una persona diferente a la que me heredó

la socialización androcéntrica de dominio; recuperando el recuerdo de nuestro origen sabio y cambiante.

Soy impulsora, trabajo como artesana y como artista, a través de la joyería, la serigrafía artesanal y los productos a base de materiales de desecho. Este arte incluye el ejercicio del trabajo social mediante el Colectivo Ecoarte (colectivo ecoartístico y de economía solidaria), el cual nace como respuesta a la deshumanización que nos pone al borde de la extinción. Esta organización promueve la libertad creativa para improvisar el nuevo camino que nos compete, y ensaya las prácticas de economía solidaria, consumo consciente y conocimientos alternativos que nos permiten recuperar el legado de muchas culturas, ya que han sido negados, invisibilizados y menospreciados, como parte del imperio de la razón occidental.

Siendo colectivo, y siendo guerreras y guerreros de este nuevo tiempo, proponemos arte, educación, solidaridad y amor como camino a la nueva vida en la Tierra. Hemos creado un taller artesanal en el que promovemos el concepto de utilización de materiales y de acceso al arte grupal, con el fin de permearse de las opiniones, sugerencias y alegrías de las y los otros. Es divertido y serio, pues la creatividad nos alienta y el intercambio o venta nos da el sustento material necesario.

En Ecoarte ejercemos el derecho a la educación liberadora, horizontal y gozosa de saberes y conocimientos, que van desde la gestión comunitaria de espacios de comercio justo hasta temas relacionados con el mundo de los sueños y de los mitos. Pienso que se trata del derecho a la autoeducación y la autogeneración de condiciones para propagar la semilla de la inquietud y de la sabiduría de cada persona, en la búsqueda de su propio camino de conocimiento.

No somos perfectos. De hecho, el trabajo colectivo es difícil y trae complicaciones ante las que no estamos pre-

paradas y preparados, ya que la cultura nos educa en el egoísmo, pero estamos trabajando por dar prioridad a ser un "nosotras", y no solo vivir el ego que quiere figurar, impresionar o ganar. Se trata un poco de aceptar que venimos de sociedades enfermas y comprometernos a aceptar esas debilidades entre nosotros y nosotras, para así dar el salto de ser individuos aislados a seres cocreando. Es un camino duro, pero hermoso.

Desde mis experiencias dentro y fuera del colectivo, digo que las mujeres somos corazón de la economía, y se puede hacer cientos de poesías con eso, pero voy a exponer que se trata de sentir la energía que sale de lo que formo; dejarme llevar por el movimiento que pone en acción el intercambio y pensar lo que hago con todo aquello que recibo. Se trata de artesanías, sistemas de intercambio y consumo consciente.

Las artesanías brotan de lo que cultivo en mi cotidianidad; brotan del trabajo por ser mejor persona, mejor mujer y mejor trabajadora de las técnicas artesanales que exploro. Con lo que surge, salgo a mostrar, vender e intercambiar, y cuando regreso a casa, descubro que se reintegra al ciclo justo lo que necesito para seguir generando las condiciones de mi vida digna. Además, ofrezco a las personas la oportunidad de intercambiar objetos artísticos de manera justa y consciente, con lo cual se apoyan iniciativas autogestionarias orientadas a lo comunitario.

El trabajo que realizo me libera, me transforma y me guía hacia el descubrimiento de ser mi propia jefa y de ser, día a día, la propia guardiana de lo que produzco y consumo. Se llama trabajo emancipador.

Digo que las mujeres somos el corazón de la economía porque sentimos las necesidades de la familia, y porque administramos los bienes para que alcancen; para que nutran; para que impulsen el crecimiento de todos los

hijos e hijas; para que intensifiquen las sonrisas de quienes degustan de maravillas de la abundancia; para que todos los ingredientes se fusionen y se puedan compartir las delicias, más allá de las paredes de nuestras casas. Un buen ejemplo de esto son las llamadas redes de solidaridad, las cuales tienen rostro de mujer, pues son fruto de la sensibilidad femenina que encuentra gozo en la satisfacción colectiva de las necesidades comunitarias. Las redes solidarias expresan amor y compromiso con los "prójimos".

Las mujeres somos el corazón de la economía, hasta si somos hombres, pues se trata de valorar aspectos de nuestro ser femenino, en cualquier cuerpo o identidad en que nos movamos. El corazón de dar valor a lo que sea reutilizar, reducir o reorganizar en función de lo comunitario; de regenerar el espíritu de sociedad, en términos de lo que avive la vida misma, sin fines privados... eso es el espíritu femenino detrás de la economía y de las relaciones.

A todo esto, cabe preguntarse si la participación de las mujeres en la historia, la cultura y la economía ha sido más implícita que explícita; es decir, si se trata de que han sido participantes activas pero invisibilizadas. Entonces, ¿cómo será una economía explícitamente femenina y en manos de las mujeres sabias? Es una pregunta que crece en mi corazón y en el corazón de la cultura.

Trabajo por la mejor recompensa

Miriam Vargas Santamaría

La Cruz de Abangares, Guanacaste, Costa Rica.

Desde mis años de infancia, vivíamos mi madre, hermana y yo en un pueblo pequeño que no contaba con electricidad. Nuestros juegos eran en el campo y la montaña, donde los árboles nos servían para hacer nuestras casitas y los bejucos eran nuestras hamacas. Además del tiempo de nuestros juegos y estudios en la escuela, nuestra madre nos inculcó el deseo por aprender y usar un poco de nuestro tiempo libre en hacer manualidades. Ella le pidió a una vecina que nos enseñara, así que iniciamos con el tejido en ganchillo. Después de esto, y al pasar del tiempo, aprendimos a coser y después a bordar. Más tarde formamos parte de una cooperativa de artesanas donde recibimos capacitación para nuestra superación.

Así me creció un espíritu ambientalista, al trabajar en una empresa: la Reserva Biológica de Monteverde. Ahí recibí talleres de capacitación, de los cuales muchos eran de educación ambiental, lo cual hizo que yo tomara conciencia de la protección del ambiente para garantizar una vida saludable a las futuras generaciones.

Por eso, me di a la tarea de recoger materiales reutilizables para transformarlos en artículos que podamos aprovechar en nuestro diario vivir. De las bolsas plásticas de los supermercados hago bolsos, fajas, carteras, monederos, cosmetiqueros, cobertores para computadora y juegos de baño. Con las anillas de las latas de aluminio hago fajas, monederos, bolsos y algunos otros artículos de tejido.

Hoy colaboro con el cuidado y protección del ambiente, para mantenerlo y disfrutarlo como cuando era niña. Lo cual me hace sentir satisfecha y orgullosa, pues estoy

Eraida Benavides Rojas
San Carlos, Costa Rica

evitando que todos estos materiales anden volando en las calles, en los campos o en las quebradas de nuestras comunidades. Además, muchas vecinas y sus hijos me ayudan a recoger la materia prima para mi trabajo; es así como crece el deseo entre otras personas de colaborar en el cuidado de nuestro ambiente.

Este proyecto también me aporta económicamente, pues con lo que gano ayudo a mi familia. Me satisface saber que estos productos se venden en las tiendas de artesanía y son muy apreciados por las personas que reconocen el esfuerzo y el trabajo de las mujeres amas de casa que apuestan a la economía familiar. A la vez, los productos dan testimonio de que todos los seres humanos tenemos derecho a colaborar con el regalo que Dios nos dio: la naturaleza. Disfrutemos y vivamos lo mejor posible con ella.

En febrero del año 1977 llegué a un asentamiento campesino llamado Sona Fluca. Contaba con 15 años y muchas ilusiones de progreso, ya que la zona prometía y venía de familias campesinas muy trabajadoras de Naranjo.

Me uní a un hombre veinte años mayor que yo; no por amor, sino por conveniencia. Él era muy desordenado, alcohólico y prostituto, aunque muy buen trabajador. El hecho de que no supiera administrar su vida ni lo material me llevó a trabajar desde el primer día en la propiedad de 16 hectáreas que, en ese entonces, el IDA le había adjudicado por el pago de 1 colón simbólico.

Empezamos con diversas siembras: plátano, yuca, frutas, y ahí sobrevivíamos. Un día llegó la famosa alternativa de sembrar el cacao, proyecto que era financiado por el Banco Nacional de Costa Rica y el cual fue la ruina para todos los que ingresamos en él: quedamos con una gran deuda y una propiedad inundada de árboles que no producían nada. ¡A empezar de nuevo!

Ya para ese entonces había nacido mi segundo hijo, y volvimos otra vez al plátano y a la yuca, y continuamos con el compromiso de la deuda del proyecto de cacao. Para hacerle frente a la cuenta del banco, tuve que hacer varios trabajos: fotografía a domicilio, venta de ropa, coloqué chinamos en las fiestas, fui a la feria en Ciudad Quesada, puse el primer tramo en Sona Fluca y la primera venta de tacos y de comidas rápidas.

Cuando mi primer hijo tenía ocho años y cursaba el segundo año de la escuela, mi relación con el padre se rompió. Yo dejé la finca y me trasladé a San José. Él

aprovechó ese momento para vender una hectárea de terreno para mantener sus vicios, así que las cuentas en el banco siguieron. También hizo una casa con un préstamo que pidió en la Fundación Costa Rica- Canadá.

Mientras, yo en San José me uní al padre de mis dos nuevas hijas y trataba de sobrevivir. El era un manipulador, de hecho me dejó embarazada para retenerme. Trabajé en repostería fina, la cual hacía en la casa y vendía directamente a la hora del café, a las 8:00 a.m. y a las 3:00 p.m. Así sobrevivía.

Me separé del padre de mis hijas, pero él no aceptó que yo lo abandonara y empezó una persecución implacable. Anduve por Heredia, Puntarenas, Naranjo y por fin, como único lugar seguro, volví a Sona Fluca. El murió tiempo después de Leucemia.

Cuando llegué a Zona Fluca ya tenía 2 hijos de mi primer hombre y dos hijas del que había muerto de Leucemia. Ahí me encontré con un montón de cuentas en el banco, así que volví otra vez a los trabajos: hice viveros de plantas medicinales, de árboles maderables, etc.

En Zona Fluca habían tres hectáreas desocupadas, en las cuales mis 4 hijos y yo sembramos yuca. Para entonces tenían 13 y 15 años los varones, y seis y cuatro las niñas. En los 15 días de vacaciones, hicimos la siembra, y los sábados y domingos le dábamos mantenimiento. El yucal nos aportó una ganancia de cuatro millones de colones de aquel entonces, con los cuales pagué las deudas del banco y de la casa, construí una bodega y le hice mejoras a la casa.

Meses después, el padre de mis hijos intentó abusar de mi hija mayor. Lo denuncié a la policía, salí de mi casa con mis hijas, la ropa y mis libros. Volví a los mismos trabajos anteriores, y además cuidaba y limpiaba casas y todo lo que apareciera.

Un año más tarde, recibí una herencia de mi padre, una hectárea de terreno que me dejó ahí mismo en Sona Fluca. Ahí construí un tugurio sin agua ni luz y empecé a sembrar maíz, ayote y palmito de pejibaye. Con eso mis hijas terminaron la primaria, la secundaria y contábamos con agua y luz.

Tiempo después, el gobierno nos dio un bono de vivienda que un abogado me regaló y así salimos de la finca, aunque la seguimos trabajando. Ya para ese entonces, mi hijo mayor trabajaba de químico y nos ayudaba económicamente.

Para mi el consumo responsable es saber qué gastar, cuándo y cómo. Por ejemplo, cuando el tomate está barato, preparo alimentos que lleven tomate; uso solo el agua indispensable; aprovecho las horas de sol para tener luz, tanto así que siempre me acuesto a las 7:00 p.m. y me levanto a las 3:00 a.m. Procuero reciclar o utilizar al máximo todo el material del hogar, separo los plásticos del tetrabrik -el cual tiene varios usos-; uso los desechos de verduras como abono orgánico para las plantas de legumbres y verduras que cosecho en pequeños envases cerca de mi casa o en la huerta.

Las campesinitas

*Nuria García Brenes
Margarita Rodríguez
Isabel Badilla Rojas
Edith Santamaría Rodríguez
Sirley Vargas García
Doris Santamaría Rodríguez
Andrea Román García
Abangares, Costa Rica*

Esta historia empezó en 1988 y se desarrolla en una zona rural, en un pequeño pueblo que se llama La Cruz de la Sierra de Abangares en Costa Rica. Es un bello lugar rodeado de montañas, cerros, potreros, vacas y hortalizas.

Eramos un grupo de 13 mujeres, amas de casa que teníamos el deseo de superarnos e iniciamos con una idea de negocios. Aprendimos a realizar actividades nuevas, las cuales significaban todo un reto y una aventura, y empezamos a tocar puertas.

Se nos abrieron varias puertas; la del Ministerio de Agricultura y Ganadería (MAG), la del Instituto de Monteverde, la del IMAS, la del IDA, así como las de personas del mismo pueblo quienes dieron su apoyo al proyecto porque creyeron que tenía futuro. Estas compañías o empresas nos impartieron capacitaciones, nos brindaron instrumentos para sembrar y nos ofrecieron su ayuda para los trámites legales.

La idea del negocio era la conservación de alimentos, así que se buscó un nombre que nos identificara, y al final le llamamos Asociación de Mujeres Las Campesinitas. El inicio fue difícil, pues todo era nuevo para nosotras.

Cada una de nosotras cargábamos sobre nuestros hombros, miedos, complejos, inseguridades, baja autoestima

y muy poca información sobre lo que estábamos enfrentando. Sin embargo, de todo esto lo más difícil fue cambiar el "casette" programado que nos habían impuesto por ser mujeres. Esa creencia de que si rompemos los esquemas ya establecidos no estábamos cumpliendo la misión a la cual estamos llamadas, sino que, por el contrario, estábamos abandonando nuestro hogar y a nuestra familia. Acordémonos que eran los años ochentas, y aunque en este tiempo ya se hablaba de liberación femenina, nosotras estábamos en una zona rural, donde el machismo era la norma que regía a las familias.

Cuando empezamos a ir a las capacitaciones y de feria teníamos reuniones a veces todos los días, era muy difícil decir:

"voy para la reunión" y escuchar " ¡otra vez! Aquí hay mucho que hacer", "¿y la comida, y la ropa, y la tarea de los niños...?" "eso es una perdedera de tiempo".

Y es que nosotras las mamás en la casa somos doctoras, cocineras, maestras y a veces hasta carpinteras y fontaneras. ¡Y qué decir de la sensación de "culpa" que no nos dejaba en paz!... solo porque tomamos un poquito de tiempo para nosotras, para superarnos y sentirnos útiles.

En esos primeros meses y años, algunas mujeres no aguantaron la presión, y tuvieron que quedarse en la casa con su vida y su rutina; aunque ya su vida no fue la misma; porque dentro de ellas se quedó la inquietud del cambio. Así ingresaron otras y empezamos a tener muchos conocimientos. Aprendimos a apoyarnos y a compartir nuestras alegrías y tristezas; aprendimos sobre contabilidad, mercadeo, administración, autoestima, relaciones humanas, género, manipulación de la higiene y conservación de alimentos.

Sembrábamos las hortalizas y las procesábamos y vendíamos en productos como mermeladas. Las personas empezaron a animarnos porque sabían muy bien. Así, registramos siete productos: cuatro mermeladas, que son de piña, piña y papaya, guayaba, y zanahoria y naranja; además, cócteles de frutas, verduras en vinagre y durazno en almíbar.

En 1993 constituimos la asociación con 13 socias. Obtuvimos todos los permisos y registros sanitarios, y empezamos a buscar dónde vender los productos. El primer lugar que nos abrió las puertas fue Monteverde. También participamos en ferias provinciales para darnos a conocer. Por medio de este proyecto, hemos compartido vivencias con otros grupos de mujeres y hemos conocido a mucha gente; todo esto nos hizo más fuertes emocionalmente, ya que no importa el lugar o la nacionalidad, la lucha de las mujeres es la misma. Ahora somos mujeres más seguras y capaces de tomar decisiones porque sabemos que nadie puede pisotear nuestra dignidad.

En este proceso hemos ganado dinero que aportamos a la economía de nuestro hogar, aunque sentimos que lo más valioso ha sido el aprendizaje y el desempeño que logramos como mujeres empresarias, ya que todo el proceso ha sido como una escuela que nos ayudó a superarnos día tras día. No podemos negarles que hemos tenido momentos difíciles, pero entre nosotras nos ayudamos; nos apoyamos y aconsejamos como verdaderas amigas para seguir adelante.

En este momento tenemos un mercado pequeño con toda la documentación legal al día. Tenemos el objetivo de hacer crecer nuestra empresa; siempre garantizando nuestro producto como uno de los mejores, por ser natural, sin preservantes y preferiblemente en frascos de vidrio. En el caso de las frutas y verduras, estas son frescas y de la mejor calidad, lo cual ayuda para que el

producto tenga una duración de un año sin abrir. Ya después de abierto hay que refrigerarlo.

Para terminar quiero decirles que esta que les escribe Nuria García Brenes es una mujer como muchas de las que ustedes conocen, que solo mira al pasado para no repetir los errores, pues sabe que el futuro será mejor.

Mujeres, economía solidaria y consumo responsable

María Virginia Hernández Meneses
Alajuela, Costa Rica

Deseo empezar mi historia de vida con un agradecimiento especial a mi Dios, porque me ha permitido valorar cada paso; por la bendición que me ha brindado, y porque las pruebas que he pasado han sido una oportunidad para crecer y seguir adelante.

Soy una mujer de 38 años, madre de tres tesoros hermosos y jefa de hogar. Desde muy pequeña, mi vida ha sido de mucho esfuerzo y sacrificio. A la edad de ocho años, me iba con mi mamá a donde mis tías todos los sábados para ayudarles, ella a lavar y yo a limpiar y, a veces, a apluchar. Con lo que mi mamá se ganaba ayudaba a llevar el sustento a la casa, y con lo que a mí me regalaban me ayudaba a comprar mis útiles y necesidades escolares. Siempre agradecí a una tía que habló con mi papá y le dijo que me permitiera ir al colegio, ya que yo era buena estudiante y soñaba con ser alguien útil en la vida.

Fui al colegio y luego fui alumna del Colegio Técnico Profesional de Heredia donde saqué el bachillerato y un técnico medio en Secretariado. Terminé mi práctica vocacional y tuve la oportunidad de que me recomendaran para trabajar en una empresa como secretaria en el área de Producción, durante dos años aproximadamente. Luego me trasladaron a otra zona llamada Departamento de Valores donde me quedé por casi nueve años más.

Durante ese tiempo me casé y tuve a mi primer gran regalo: mi hija Tiffany. Al año siguiente, de nuevo quedé embarazada y tuve a mi varoncito, Luis Andrey, quien era un niño especial, pues nació con un padecimiento que se llama hidranencefalia, que es la carencia de una parte de su cerebro. Fue un periodo muy duro en todo

sentido: los diagnósticos médicos no eran muy alentadores e incluso en los libros decía que el panorama de vida de los niños con este padecimiento no era mayor a un año. Fue una noticia muy dura para todos. Para nosotros como padres era impactante y nos sentíamos impotentes ante tal situación. Yo me sumergí en la depresión y pensaba solamente en que mi hijo se iba a morir.

Un día mi hermano, quien fue mi apoyo incondicional, me dijo: "Mari, si Dios les dio un niño especial es porque ustedes son una familia especial y mientras hay vida, hay esperanza. Su niño está vivo y solo Dios, quien es el médico por excelencia, sabrá cuánto tiempo se lo va a prestar. Luché por él hasta el final y cuando él deba partir, usted se va a sentir feliz porque lo dio todo". Fue así como, junto con el apoyo de mi madre y mi exesposo, empezamos a buscar lugares donde incorporarlo para su rehabilitación.

Mi mamá me lo llevaba a la escuela porque yo debía trabajar, pero un día mi mamá se enfermó y yo llevé a mi niño a la escolita de rehabilitación. Lloró toda la mañana. En ese momento me di cuenta del daño que le estaba haciendo a mi hijo. La maestra me dijo que no me resintiera, pero que entendiera que Luisito extrañaba a su abuelita. Ese mismo día yo conversé con el papá de él y le dije que yo iba a dejar de trabajar fuera de la casa y me iba a dedicar a cuidar a mis hijos, y así lo hice.

Sin embargo, la situación económica no estaba muy bien y nuestro hijo devengaba muchos gastos especiales, así que decidí buscar a una amiga quien daba clases de country. Le pedí que me enseñara y aprendí a pintar y a cortar mis propias piezas para tratar de venderlas. Fue difícil porque era en pequeños ratitos en los que podía hacer manualidades y venderlas, pues mi chiquito necesitaba de una atención al cien por ciento.

Poco a poco, fui ofreciendo proyectos, y para el día del padre y el día de la madre ofrecía en escuelas regalitos a un precio cómodo para que me compraran, así aportaba al sustento diario de mi hogar. Así, junto con la ayuda de mucha gente, logramos llevar a mi hijo a México para que nadara con delfines; esto fue durante cinco años seguidos. Con gran sacrificio compré mi lijadora, una caladora de banco y un taladro y formé un equipo de trabajo. Cuando iba a terapias con él, ofrecía el producto y, a pesar de que era muy cansado, no había esfuerzo que no valiera la pena para sacar a nuestros hijos adelante.

Cuando mi hijo tenía nueve años y tres meses, se enfermó. Empezó un jueves 14 de setiembre y falleció un lunes 18 de setiembre de 1997. A su corta edad, mi bebé me enseñó a valorar cada detalle y, sobre todo, me enseñó que en esta vida los esfuerzos valen la pena. Luché por él hasta el final y quizás la paz espiritual que siento actualmente ha sido porque intenté, con todo el amor del mundo, darle todo lo humanamente posible, a pesar de mis limitaciones económicas.

En lo personal, su partida me afectó mucho. Una amiga me llamó y me ofreció un trabajo y lo retomé nuevamente. Así, trabajé en una empresa privada como secretaria de gerencia durante tres años más. Fue muy bonito porque aprendí muchas cosas, pero en mí siempre había quedado la ilusión de tener algún día mi propio proyecto.

Cuando viajé con mi hijo a México, me vine con la idea de una máquina láser pero durante el tiempo que estuvo mi chiquito no logré contactar ni averiguar nada de eso. Un día llegué muy temprano al trabajo, y aproveché y busqué por internet información al respecto. Encontré una casa proveedora y les envié un correo. No pensé que me fueran a contestar, pero a los días lo hicieron. Eso me motivó y me alegró mucho; tanto que empecé a

averiguar y conversé con mi ex para exponerle mi deseo y mi sueño del negocio.

Empezamos a averiguar y a hacer las consultas del caso. Por circunstancias familiares me vi forzada a renunciar nuevamente. En esta ocasión fue por mi hija mayor quien estaba deprimida, debido a tanta situación que había pasado con la muerte de su hermanito y la muerte de un tío el cual tuvo un accidente de tránsito un año antes de que partiera mi hijo. Entonces tomé la decisión de renunciar y dedicarme de lleno nuevamente a mi familia, con la fe de seguir promoviendo y esforzarme por el proyecto que rondaba por mi mente y mi corazón.

Mi ex me apoyó mucho siempre. Con su ayuda adquirimos un préstamo para poder comprar la máquina y traerla al país. Quedamos más endeudados, pero en mi corazón tenía la convicción de trabajar fuerte para ayudarlo, apoyarlo y salir adelante, juntos como familia. Logramos tramitar el crédito en su trabajo, en una línea de desarrollo económico. Vino un técnico y nos dio una pequeña capacitación sobre el uso de la máquina y empezamos poco a poco a hacer pruebas.

Sin embargo, por cosas de la vida, las cosas se me complicaron y comenzaron a cambiar. Mi padre se enfermó y le detectaron cáncer en los pulmones, el cual en el lapso de marzo a octubre lo consumió y falleció. Como yo era la única de las hijas que trabajaba desde la casa, lo acompañaba a todas sus citas y trámites, por lo que no podía trabajar en mi proyecto al cien por ciento. En eso se me vino encima la separación de mi esposo, quien decidió partir del hogar. Todo esto se me dio enormemente, ya que estaba sufriendo la muerte de mi padre y la partida de mi esposo, a quien amaba mucho. Aun así, siempre he creído que de las situaciones difíciles sale algo bueno y son oportunidades para crecer.

Me ha costado mucho superar todo esto. El verme sola, la presión de la casa, mis hijas, las responsabilidades económicas; todo es complicado. Pero hasta el momento no he dejado de luchar y de seguir adelante, con la convicción de que tiempos mejores vienen y que lo que cuesta es lo que más se valora. Mi hijo especial me enseñó a valorar y a no darme por vencida. Me enseñó que en la vida se lucha hasta el final, siempre dando una milla extra a la carrera, con el mayor esfuerzo y sacrificio. Dios ha sido fiel hasta el momento, y a mis hijas no les ha faltado un plato en su mesa.

En lo personal me he superado y he buscado asesoramiento a través de entidades como el INA o la municipalidad, donde pueden orientarme para sacar mi proyecto, mi empresa adelante. Gracias a Dios he recibido un gran apoyo de parte de ellos. Saqué varios cursos como Emprendedurismo y Plan de Negocios, los cuales han sido de gran bendición para mí. He podido, poco a poco, poner en práctica parte de esos conocimientos.

Sé, en lo personal, que cuesta mucho porque al iniciar un negocio, por pequeño que sea, uno debe aprender a ser responsable y a trabajar con miras a crecer. Actualmente, realizo trabajos en madera country: todas las piezas en crudo y pintadas. También, a prueba y error, he aprendido a sacar otros productos adicionales en materiales muy bonitos, como acrílico, cuero, cartón, vidrio y otros.

He aprendido a perfeccionar cada vez más las técnicas y diseños. Mis clientes me han brindado la confianza y lo más importante, han creído en mí, en mi trabajo y en lo que hago.

Mi trabajo no solo es una fuente de ingreso para traer el sustento a mi casa y cumplir con el pago de las deudas y obligaciones que mi hogar devenga, sino que ha sido para mí un reto que me alienta por que se que como

mujeres logramos mucho cuando nos lo proponemos; que somos capaces de surgir y de ser útiles para la sociedad; que somos ejemplos vivos para nuestras hijas y para la gente que nos rodea. Somos parte importante de la economía y debemos participar en esta, por ser cabezas de hogar y las responsables de sembrar en nuestros hijos valores que los van a ser hombres y mujeres de bien, luchadores y esforzados.

Sé que para mí todo ha sido muy difícil. Han sido casi dos años y medio de luchar sola junto con mis hijas y de enseñarles a ser valientes y esforzadas en todo cuanto realizan; y a ser responsables en las obligaciones que una tenga: casa, estudio, familia, trabajo, sociedad, país en general.

He tratado de innovar y de buscar productos que se puedan reciclar, para contribuir con ello a nuestro ambiente. De esta manera, a través de nuestro trabajo, respetamos y cuidamos lo que Dios nos ha regalado. Hoy por hoy, doy testimonio de que la vida es una lucha constante y que todo se puede hacer si una se lo propone.

Mi deseo es que a través de mi trabajo pueda crecer y pueda ser yo fuente de trabajo para otras mujeres que tengan necesidad de surgir; ser parte importante y contribuir a la economía, dando oportunidad de crecimiento y trabajo a otras familias de mujeres jefas de hogar. Ayudar a otras a salir adelante a través de mi experiencia de vida, y ser un granito de arena para la superación de otras personas.

Me gusta lo que hago y cuando realizo algún diseño especial, doy gracias a Dios por la oportunidad de poderlo hacer. Ahora mi trabajo me permite pagar la deuda de mi máquina y equipo; compra material para ir trabajando y pagar las obligaciones de mi casa como agua, luz, teléfonos. También me permite pagar los gastos de escuela y colegio de mis dos hijas, quienes tienen actualmente 16

y nueve años, ellas son mi motor diario, mi fuerza para salir adelante con mi ejemplo. Por eso me esfuerzo mucho en lo que hago y con gran cariño realizo mi trabajo, y cada pieza que diseño, corto y muchas veces pinto, va con mucho amor y con un poquito de mí.

Mi hijo fue mi inspiración para iniciar este proyecto, y no dejo de darle gracias a Dios.

Por eso insto a todas las mujeres a luchar. Sí... no se los niego. ¿quién dijo que era fácil? Todo algunas veces cuesta, pero cuando nos proponemos algo y luchamos por nuestros sueños, por pequeños que estos sean, hay que perseguirlos y perseverar hasta alcanzarlos. Confío en Dios que voy a tener salud para seguir trabajando fuerte y sacar mi sueño, mi proyecto de vida, adelante y, como lo mencionaba antes, algún día poder ser fuente de bendición para otras personas al brindarles oportunidad de trabajo y ayudarles a superarse, como lo he hecho yo hasta el momento.

He cuidado los detalles en mis productos, de esforzarme por entregar a mis clientes un producto de calidad, de innovar y buscar nuevas alternativas que sean atractivas, útiles y de beneficio para ellos.

Gracias por esta oportunidad de presentar nuestros proyectos de vida y por permitirnos contar un poquito de nosotras; por creer en las mujeres como fuente de trabajo y eslabón importante en la economía de esta sociedad; por creer en nosotras como personas útiles y valiosas; por el apoyo general en la instrucción y en darnos a conocer. Que Dios bendiga estos proyectos que permiten que personas como yo expresemos nuestro sentir y nuestro deseo de mejorar nuestra calidad de vida, la de nuestros hogares y tener una mejor sociedad.

Pintura de un trabajo en dos tiempos

Gladys Trigueros Umaña
Moravia, Costa Rica

A través del lienzo del tiempo, se dibujan en el espacio dos mujeres, una misma labor, el sudor en sus frentes y un correr tras un pago remunerado. En sus manos, han jugado dos instrumentos: una escoba y un palo de piso con el que bordaron el destino de sus hijos y de sus propias vidas.

“La necesidad tiene cara de perro”, dijo mi madre Claudia. Antiguamente, a las mujeres no se les permitía estudiar o a los padres no les interesaba que ellas lo hicieran porque se esperaba que en el futuro encontrasen un “buen hombre” que las mantuviera; en cambio, sí preferían que el hijo varón estudiara una carrera. Así es que sin un título en la cartera -ni siquiera de primaria- y sin un marido que velase por sus cinco hijos, mi madre se vio obligada a trabajar.

Por aquella época solo había dos tipos de puestos para mujeres: las empleadas domésticas, mal llamadas “portaviandas”, y las conserjes de escuela. Amén de los ocasionales, como ir a coger café. Pero el que pudiera brindar una seguridad de un salario fijo y una futura pensión, solo el pagado por el Gobierno.

Después de pasar por varias vicisitudes, doña Claudia, logró conseguir su nombramiento en una escuela de la capital: la Ricardo Jiménez. Tomó, pues, entre sus manos, la escoba y el palo de piso para dejar relucientes, diariamente, aquellos corredores por los que miles de maripositas y esperanzas volaban a la hora de los recreos, entradas y salidas. A los escolares no interesaba si estaban recién limpios... solo tenían una meta: disfrutar de sus ratos de recreo. Pasados esos momentos,

la conserje, de nuevo a limpiar, para que no quedaran papelitos de confites o galletas volando en el aire.

Finalizado el día, al sonar la campana de salida, de nuevo a tomar la escoba bailarina y el trapeador para dejar limpias las aulas que le correspondían. Ordenar los pupitres y subir las sillas a las mesas porque, aunque en aquel tiempo era obligatorio que los educandos lo hicieran, los niños pequeños no lo podían cumplir porque sus débiles fuerzas no lo permitían. Por tanto, la conserje debía velar para que todo quedara en estricto orden e inmaculado para el día siguiente.

Muchas veces a Claudia le tocó llevar a un niño o niña al baño porque su cuerpecito no le dio tiempo para cumplir con una necesidad o su maestra no le dio permiso para salir, porque debían acostumbrarse a ir al baño en las horas de recreo. Estos niños terminaban mojando sus calzoncitos o sus pantalones, y ella debió lavarlos o bañarlos, según fuese el caso. Si alguno enfermaba, debía llevarlo a su casa, a pie si vivían cerca de la escuela o en taxi si era más lejos, y el dinero que gastaba lo aportaba la Junta de Patronato.

Y ella corría a tocar la campana, porque era lo único que existía para anunciar la hora de entrada o salida de la escuela, el principio o final de los recreos o el cambio de turno de la maestra o maestro. Luego, a limpiar los vidrios de las ventanas hasta donde su mano alcanzara, porque era prohibido subirse a las escaleras debido al peligro que corrían las conserjes. Después, "¡vaya a dejar estos documentos al Ministerio de Educación que urgen!", y ella tenía que trasladarse a pie, pues el exiguo salario no alcanzaba para pagar un autobús, ¡y mucho menos un taxi!.

El salario apenas alcanzaba para medio comer y cumplir con los requisitos de sus hijos de enviarlos a la escuela o al colegio. Las trifulcas para alargar el dinero para com-

prar uniformes, cuadernos y comida; pagar la casa, entre otros. Ella caminaba diariamente a su trabajo, desde Cinco Esquinas de Tibás hasta la Carit, pues había que economizar hasta el último céntimo para invertirlo en su casa. A pesar de la ardua labor, doña Claudia se sentía satisfecha de dar de comer a sus retoños.

Solo a ratos compartía con las otras compañeras, entre uno u otro periodo, o a la hora de tomar el café cuando se reunían en el salón; sin embargo, estos ratitos eran suficientes para comunicar sus pesares o alegrías; de ahí que nacía entre ellas una verdadera amistad. Claro, no faltaba alguna discordia, si había algún favoritismo por parte de la directora de turno.

De cualquier forma, todas tenían faenas similares, salarios bajos y un "corre que te alcanzo". No había para gastos superfluos ni tintes, ni se podía andar a la moda. Y, tristemente, había algunas maestras que las miraban de reojo o, como decimos, más arriba del ojo; sin embargo, cuenta doña Claudia, que había algunas maestras muy nobles que les daban algún regalo al finalizar el año.

Desgaste de columna, problemas en los huesos, reumatismo, cansancio físico, dolor de hombros o de manos, son algunas de las enfermedades que quedan como herencia a estas mujeres que han tenido que pasar fregando trapos, limpiando pisos, recogiendo basura, jalando baldes, sacando aguas de la lluvia en los corredores o de las aulas, cuidando que los chicos no se caigan porque el piso está resbaloso; amén de otras que ya los años olvidan. Pero si se recuerda perfectamente que tienen una pensión exigua. Doña Claudia, a sus 86 años, comenta: "Al cabo de los años, la vida me pasó la factura".

Pero parece que aunque el tiempo ha pasado, la situación con las conserjes es muy similar ahora. Doña Felicia, vecina de Platanares de Moravia, actual conserje

de escuela, comenta: “mi salario es bajo y no alcanza para nada, vivo a base de préstamos para poder tener mi casa y todo lo que gano es para mantener a mi familia. Los precios de los víveres y de los servicios públicos -agua, luz, teléfono- son altos y no puedo darme el lujo de desperdiciar.”

Doña Felicia aunque tiene pocos hijos, no le alcanza su salario y menos para gastar en cosas que a las mujeres de hoy les gustan... con suerte, una pintura para los labios. Viaja en bus, porque su institución está lejos de su casa.

“Sí, doña Gladys, el uso del teléfono se ha convertido en algo muy útil porque yo no puedo pagar una empleada y con ese aparato puedo saber cómo están mis hijos y qué hacen cuando regresan de la escuela o del colegio y ahora, con eso de la computación, que exige a los jóvenes a dominar la materia, debo también hacer gastos para que mis hijos estén preparados para el futuro”. “¡No, si viera! Es una congoja que a veces no sabe una ni para dónde agarrar, pero ¿qué se le va a hacer? Hay que hacerle frente a todo”.

Su labor sí ha cambiado algo. Hoy barre, limpia el piso y sacude las ventanas como se hacía antes. Pero a los niños ya no los puede tocar, en el sentido de que si hicieron una “gracia”, se debe llamar a los papás y mamás para que acudan a atenderlos. Ahora está prohibido, y ellas se cuidan por tantas cosas que han pasado con los abusos sexuales o la agresión. Otra diferencia, entre los muchos cambios, está el que ya no se toca una campana, sino que suena una alarma o un timbre, y no tienen que ir a repartir comunicaciones del director o directora a los maestros porque hay intercomunicadores en las aulas.

Actualmente, ella utiliza los servicios de algunas cooperativas del Magisterio y de Caja de ANDE para hacer

préstamos y solventar necesidades. Esas opciones no existían antes, y son las que le han permitido la construcción de su casa. Para ella y otras, también existe la ayuda del Gobierno, por medio de los bonos de vivienda.

Por las discriminaciones y abusos por parte de los jefes, estas trabajadoras -explica doña Felicia- se unieron y formaron un sindicato de conserjes, con el fin de defender su causa y de buscar que el Gobierno les reconozca aumentos de salario y otras garantías. De esta manera, su economía solidaria, social y feminista ha mejorado y en el mercado actual, ellas figuran como un elemento valioso para el desarrollo del país, al ejercer un trabajo que a muchos no les gusta.

Doña Claudia permanece en su casa, recordando aquellos años cuando su madre cuidaba a sus pequeños, mientras ella trabajaba, y mira correr a “sus niños”, “hijitos escolares” a través de las pupilas del tiempo.

Por su parte Doña Felicia continúa recorriendo el sendero de su vida, en espera de un mañana mejor en el que pueda disfrutar de su pensión y sentirse muy satisfecha de la labor realizada.

Felicia y mi madre exclaman: “El trabajo es honra, por muy humilde que sea”, y ambas se dan la mano en la historia, porque con sus esfuerzos han logrado que sus hijos estudien y salgan adelante. Y han ahuyentado un poco la pobreza de sus hogares. Ellas, con su laborioso trabajo, han dado a la Patria sus mejores años, han contribuido al desarrollo y no han sido ni son en la actualidad una carga para el Estado.

Alma, viento y espíritu

Elsa Micaela Cotom Nimatuj
Guatemala

Nací el 26 de setiembre de 1976 por la noche, en el Hospital Roosevelt de Guatemala (interesante: mi mamá me contó que en ese momento pasó una estrella fugaz). Soy la octava de 10 hermanos y la menor de seis mujeres. Actualmente vivo en zona 11 con mi papá y tres hermanos solteros: Víctor, Julio y Rosa; los demás están casados. Mi mamá falleció hace dos años, debido a una negligencia médica.

De pequeña fui inquieta y extrovertida; me gustaba explorar, no tenía temores, y siempre fui de carácter fuerte. Mi infancia fue alegre, llena de cuidados de mi mamá y hermanos (mi papá en ese entonces y en la actualidad trabaja en El Salvador). Tenía 15 amigos en la cuadra con los que salíamos a jugar mi hermana Rosa y yo.

Inicié mis estudios a los seis años en párvulos. Y participaba en los bailes que organizaban. La primaria la estudié en una escuela de niñas y me gustaba anotarme en concursos de dibujo y baile. No fui buena para matemática ni geografía; en cambio, gané algunos premios por dibujar. Recuerdo que en los ochentas, la Prensa Libre realizó un concurso para buscarle el nombre a dos personajes infantiles que ellos tenían. Con Rosa participamos enviando los nombres, y nuestra sorpresa fue que ganamos... ya no recuerdo los nombres. Poco a poco me fui dando cuenta de que me gustaba hacer cosas dinámicas.

En la adolescencia trabajé en las vacaciones del 91 al 92, como vacacionista- vendedora en las tiendas de ropa de hombres llamadas "Distefano". Recibí el premio a la mejor vendedora vacacionista, lo cual me sirvió para apoyar a mis papás con los pagos de Segundo y Tercero Básico,

y para descubrir que tenía habilidades de motivar a las personas para comprar.

Me gustaba (también en la actualidad) la música pop y rock en español e inglés. Realizaba coreografías con mis amigas y Rosa, lo cual me permitió descubrir que deseaba ser música, locutora, artista o publicista.

Al salir de Tercero Básico, averigüé en los diferentes colegios e institutos si había cupo para estudiar Perito en Mercadotecnia y Publicidad (se me hacía fácil crear guiones para anuncios y los carteles que usaba para exponer eran totalmente temáticos; además, utilizaba materiales reciclados para trabajar, por lo que decidí estudiar esa carrera). Como en la carrera ya no había cupo, entonces estudié Perito Contador. En octubre del 95 me gradué y empecé a trabajar como auxiliar de contabilidad en el desaparecido Hotel Ritz Continental.

En enero del 96 me inscribí en la USAC (Universidad de San Carlos de Guatemala) para sacar la carrera de Publicista Profesional en la Escuela de Ciencias de la Comunicación. Ese año la guerrilla llegaba a los salones de clase, nos pedían parar las labores y nos sacaban al patio.

Estando en la Escuela sentí la necesidad de trabajar en Publicidad. Un día tomé la guía telefónica y llamé a las agencias de publicidad para preguntar si había plazas disponibles, no importaba el puesto administrativo que tuviesen, pues la idea era entrar a trabajar en el medio. Envié mi currículum a Logros Publicitarios, me entrevistaron y me dieron el trabajo de recepcionista en el 97. Luego de la recepción, me dieron el puesto de asistente de medios, y así conocí lo que era trabajar en el fascinante medio de la publicidad, el cual requiere dedicación, pasión y entrega total; es decir, no hay horario de salida, solo de entrada. Me gustó que lo que iba aprendiendo en la U, lo ponía en práctica en el trabajo. Noté que lo que daban en la teoría no era lo que la práctica necesitaba.

Luego de la agencia fui a trabajar a la empresa de Noris Figueroa, Relaciones Públicas y Asesoría Organizacional, donde fui asistente de gerencia. Esta empresa se dedicaba a montar eventos empresariales, netamente temáticos, y daba asesorías de relaciones públicas a sus clientes, que eran agencias de publicidad, agencias de BTL y empresas transnacionales. Por cuestiones de horario, fui alejándome de la U y cuando llegaba esporádicamente iban adelantados en los cursos. El licenciado encargado de dar Publicidad y EPS me dijo que no servía para la publicidad y que me había equivocado de carrera, lo cual me desilusionó, así que no seguí la carrera. Me sentía frustrada y no luché por seguir; tampoco quería saber de la USAC y en el 2000 ya no me inscribí.

De enero a octubre de 2001 estudié Decoración en el IFES (Instituto Femenino de Estudios Superiores). Una de las arquitectas que nos daba clases nos instó a estudiar Arte, porque nos decía que "para decorar se debe saber de arte". Y en el 2001 me inscribí en el Profesorado de Artes Plásticas e Historia del Arte.

Traía en mente que deseaba graduarme de Licenciada en Arte para fortalecer los conocimientos de Decoración (en ese entonces deseaba dedicarme a la decoración y abandonar la publicidad, pues estaba peleada con ese medio). En ese año era obligatorio estudiar el profesorado para continuar con la Licenciatura en Arte, así que no tuve más que estudiar el profesorado aunque no me interesaba, pues no deseaba ser maestra.

En la actualidad, realicé el traslado de carrera al Técnico de Restauración de Bienes Muebles y Licenciatura; es decir, estoy cursando carreras simultáneas. Me convalidaron los cursos aprobados (que tienen en común ambas carreras) del Profesorado de Artes Plásticas a Restauración. Así empecé a trabajar como asistente de gerencia en Galería Ríos, donde aprendí a distinguir

cuadros originales y maquilados. No salía a mi horario y fui abandonando la U.

Después, regresé a trabajar en publicidad como directora general de dos empresas: una de impresión digital y la otra de publicidad. Me sentía como en casa. Este medio era mi vida, disfrutaba mi trabajo (que no sentía que era trabajo), era todo tan fácil que me alejé completamente de la U para dedicarme al trabajo.

Luego me ofrecieron un puesto en la empresa de mercadeo Estratego, donde creé el departamento de Mercadeo Integral. Ahí descubrí que el mercadeo y la publicidad no son lo mismo, sino que son complementarias, como primas hermanas. Al igual que la publicidad, el mercadeo es apasionante, y aunque no hay horarios de salida, ambas son bien pagadas.

Por cuatro meses trabajé como voluntaria en el Colectivo Caja Lúdica, donde buscaba patrocinios para el Congreso Latinoamericano de la Juventud, que se iba a realizar en el 2009, y apoyaba en el área que se necesitara. También, trabajé como voluntaria un mes en el Museo Nacional de Arqueología y Etnología, dando los recorridos dentro del museo.

Tuve la oportunidad de irme como mochilera: conocí la bella Nicaragua y sus departamentos, El Salvador, Honduras (lo más bonito es Copán Ruinas). Intenté conocer San Cristóbal de las Casas, del lado de Huehuetenango... ¡muy buenas las experiencias! De Centroamérica solo me falta conocer Costa Rica. No he tenido oportunidad de viajar a otros países, solo a El Salvador, Honduras y Nicaragua. Me gustaría conocer Colombia, Perú, Chile, Egipto, Bélgica, Francia, Italia.

Debido al estrés y acumulación de emociones que maneje por la muerte de mi mamá y el cambio de trabajo y de medio (de publicidad a mercadeo), de enero a marzo

de 2012, me enfermé fuerte y gravemente, y tuve que renunciar de Estratego. Ese año para mí fue de recuperación y terapias; sin embargo, estando en casa me sentía extraña, pues siempre había estado fuera trabajando.

En agosto de 2012 me inscribí en INTECAP (Instituto Técnico de Capacitación y Productividad) para estudiar el curso de montaje de mesas decorativas para eventos especiales. Este curso lo estudié para entrenarme, pues tenía mucho tiempo de no ir a clases ni hacer tareas y mi objetivo era regresar en 2013 a la U y seguir las carreras.

Actualmente soy ama de casa. Cuido a mi papá los días que está en Guatemala y cuido a mi sobrino de tres años por las tardes. En las noches asisto a clases a la universidad. Este primer semestre me fue bien, pero estoy esperando que inicien las clases para el segundo. En marzo de 2013 me inscribí en un curso de Gastronomía para aprender bien a cocinar. Siempre decía "no cocinaré, esto no es para mí", pero ahora que cocino me gusta, y me llama la atención aprender repostería, porque me gustan los pasteles.

¡Ah...! se me olvidaba contarles que mi apodo es Mafalda, aunque algunos amigos me dicen "Mafis". Me parezco mucho a ella porque el pelo se me "friza" y se me pone la cabeza de loca. Mi nahual es Kan: "la serpiente emplumada" y me identifico mucho con IK: "alma, viento y espíritu".

En honor a mi abuela, mi admirable ídolo *La historia de Gladys López López*

Rocío Gómez López

Las Juntas de Abangares, Guanacaste

Esta es la historia de la persona que es mi admiración e inspiración: mi abuelita materna, doña Gladys.

Cuenta mi agüe que ellos eran una familia de extrema pobreza económica, pero muy ricos en comida porque el trabajo, la lucha y los deseos de sobrevivir dignamente permitían que hicieran grandes cosas. Vivían en una casa forrada de una especie de palitos rollizos y sus cobijas eran hechas de los sacos de gangoche donde venía la harina. Se cocinaba en las famosas latas canfineras que usaban también cuando el papá se adentraba en el bosque a labrar un árbol para obtener la miel de alguna colmena. De las colmenas obtenían polen y muchos derivados de la miel, lo que significaba un gran alimento.

Cuenta mi abuelita que en esos días ir a la montaña era una verdadera fiesta porque casaban venados, saínos y hasta pescaban sardinas y guapotes, los cuales eran guindados en un alambre al sol o a la orilla del fogón, pues esa era una manera de preservar las carnes... como se han de imaginar, en ese tiempo no existían la refrigeradoras y aunque hubieran existido, las condiciones no hubieran permitido tener una; además, no se contaba con electricidad, razón por la cual se alumbraba con lámparas canfineras. De igual manera, sembraban maíz, frijoles, plátanos, yuca y todo lo que se pudiera comer, y a la vez, machinaban el arroz. Por eso mi agüe dice que eran muy ricos en comida, a pesar de la pobreza en que vivían.

Mi abuelita quedó huérfana entre los cinco y siete años, y a los ocho, ella tenía que ayudar a sus abuelitos para

darles de comer a sus cinco hermanas y hermanos menores. Lavaba ropa en el río con semillas de jaboncillo, así se hacía buen uso de la naturaleza. Mientras la ropa se secaba, mi abuelita y sus hermanas jugaban en el río, pues no tenían segunda mudada para ponerse.

Pasó el tiempo y conoció el amor. Por cuestión del destino se vio obligada a huir a los 11 años con su amado y actual esposo, mi abuelo Luis. De su amor nacieron seis hijos: dos varones y cuatro hijas. Vivían en una parcela que con mucho esfuerzo compraron y mi abuela puso en práctica todo lo que de niña había aprendido. Se dedicaba a hacer empanadas, tortillas y gallos, lo cual le generaba un dinero para sobrevivir y ayudar a la economía y al sustento de la casa, mientras mi abuelo trabajaba como policía. Así lograron sacar adelante a sus cuatro hijas, pues los varones ya habían muerto.

Con todo esto, se imaginarán que mi agüe nunca tuvo la oportunidad de estudiar, ni tan siquiera de leer y escribir, pero nunca jamás dejó de creer que ella podía aprender muchas cosas importantes en la vida. Realmente es una mujer entusiasta que participa en la política y entrega todos sus anhelos y esperanzas por aquel candidato de su preferencia. Es famosa por su cuchara en cualquier tipo de comida típica: arroz de maíz, chorreadas, chicheme, mazamorra, tamal asado y las famosas cajetas de leche que vendía en su palangana y se vendían como pan caliente. Además, ella siempre está buscando qué hacer, ya sea en la cocina; en la máquina de coser o con los pinceles y pinturas, porque pinta jarrones y tejas en tela, hace cuadros con material de desecho, confecciona bufandas, hace trabajos en cinta y asiste a los ejercicios del adulto mayor donde comparte con sus compañeros y compañeras.

Aquí viene lo más admirable de ella: a los 63 años toma la iniciativa de ir a la escuela para aprender a escribir y leer. Con mucho esfuerzo y deseo de superación sacó su

tercer grado y hoy por hoy sigue practicando la lectura. Es por todo esto que mi abuela es la persona que más admiro, pues tiene más energía que cualquiera en la familia. Hoy a sus 80 años, sigue y sigue trabajando. El trabajo ha sido su fiel compañero, y aunque sus pasos lentos la delatan, en su frente brilla una luz divina de amor y perseverancia, y en su adorable pelito blanco se refleja su experiencia de vida junto a mi abuelito Luis.

El amor: luz y sombra

Mayra de León
Guatemala

Mi historia es sencilla y quizá más común de lo que me gustaría reconocer. Comienza cuando conocí a Carlos en el colegio, en el cuarto año de la carrera. Al principio solamente éramos compañeros y nunca imaginé que llegaríamos a más.

Un día antes de terminar el año escolar, Carlos se me declaró. Al principio pensé que solo me agradaba como amigo, así que le pedí tiempo para pensarlo, pero como ya dije, nunca pensé que llegaría a ser tan importante en mi vida, al día siguiente le dije que sí quería ser su novia.

Con el correr del tiempo me pareció que era una persona muy cariñosa, aunque muy triste no se por qué razón. Durante las vacaciones pensé que, como solía suceder, se olvidaría de mí y que no lo vería hasta el siguiente año, pero me equivoqué. Continuó visitándome en mi casa, como amigo aparentemente, ya que mi mamá era muy estricta conmigo y no me permitía tener novio. Quizá esa fue una de las razones por las que me entregué tanto a este nuevo sentimiento, pues pensaba que nunca nadie me había demostrado tanto interés.

Al año siguiente, esperaba ansiosa comenzar las clases para poder verlo todos los días sin despertar sospechas. Un día me dijo que debía terminar conmigo porque su mamá se había enterado de nuestro noviazgo y lo había regañado. Yo pensé que quizá su vida era muy parecida a la mía, así que acepté su explicación; sin embargo, un día después me dijo que no le importaba lo que dijera su mamá y que él quería continuar nuestra relación. Yo me sentí muy conmovida porque él estuviera dispuesto a afrontar cualquier consecuencia por mí, de tal manera que continuamos. Tiempo después, me enteraría de

que en realidad lo que había sucedido era que tenía otra novia, la cual le había puesto un ultimátum para que me dejara, pero al elegirla, ella se puso muy exigente por lo que decidió volver conmigo.

El tiempo pasó y yo me sentía cada vez más entusiasmada, pensando que era bien correspondida. Mientras esto sucedía, él se volvía cada vez más dominante, pero, por supuesto, yo lo veía como consecuencia del gran amor que me tenía. Olvidaba decir que, como muestra de sus sentimientos, acostumbraba escribirme largas cartas de amor y hacerme dibujos, tarjetas, poemas canciones, etc. Yo exprimía hasta la última gota de mis sentimientos para responder tan maravillosas declaraciones de amor que atesoraba como lo más valioso de mi vida.

Mientras más pasaba el tiempo, más me sentía atraída a él. Sentía que le pertenecía, por lo que me entregué completa.

Cierto día me invitaron al cumpleaños de mi prima Mari-lú, donde conocí a Juan, su novio. Era bastante cara dura y me miraba de una manera que, según Carlos, demostraba de manera muy obvia que yo le gustaba. En un momento, cuando me quedé sola, Juan se acercó a mí para hablarme. Cuando Carlos se dio cuenta, se molestó mucho y salió sin despedirse. Yo lo alcancé en la calle y le pregunté que por qué se iba y por respuesta recibí una bofetada y la acusación de que yo estaba engañándolo. En ese momento no comprendí exactamente lo que significaba, solo sé que luego me hizo sentir sumamente culpable cuando trató de disculparse y cuando me decía que me amaba tanto que le daba miedo que yo lo dejara. Por supuesto, me dijo que no volvería a pasar lo mismo, y así fue por lo menos durante un tiempo.

En el colegio teníamos varios amigos con los que realizábamos trabajos y compartíamos siempre. Uno de ellos, Pedro, tenía una prima que vivía cerca del colegio, y la

casa de ella era nuestro centro de reuniones. La familia de ella tenía una casa que habían dejado completamente amueblada cuando decidieron viajar fuera del país. Ana María, así se llamaba la prima de Pedro, nos tomó mucha confianza, por lo que le pidió a Pedro, a Carlos y a otro compañero que fueran a cuidarla de vez en cuando, y les dio las llaves.

Una tarde me llamó Pedro y me dijo que necesitaba hablar conmigo; que era un asunto muy urgente, pero que no le dijera nada a Carlos. Cuando llegué, Ana María y Pedro estaban muy molestos y me preguntaron si yo sabía que Carlos había sustraído ciertas cosas de la casa. Cuando me describieron los objetos que faltaban, me di cuenta de que algunos eran regalos que Carlos me había dado. Me dijeron que si no devolvía lo que había sustraído, darían aviso a la policía, ya que -según sabían- él estaba buscando un camión para desocupar una casa.

Claro que para mí esto fue un gran golpe, pero inmediatamente pensé que era producto de su desesperación, ya que siempre me dijo que en su casa no lo querían y que le negaban cualquier ayuda; que sus estudios se los pagaba un hermano porque sus padres no querían apoyarlo en nada.

Cuando le pregunté si era cierto, el primer impulso fue negarlo, pero cuando le mencioné los artículos que me había regalado, lo aceptó. Devolvimos todo lo posible, ya que algunas cosas las había vendido. Fuimos a hablar con Ana María, quien, después de escuchar toda clase de disculpas y justificaciones, aceptó olvidar lo sucedido.

En ese momento debí abrir mis ojos y ver quién era realmente, pero ya le había entregado mi corazón y, como ya dije, él se presentaba ante mí como el hombre más triste y rechazado del mundo.

Nos graduamos y estábamos planeando nuestra boda. Y en una víspera de navidad yo trabajaba en un almacén, Carlos aún estaba buscando trabajo, y me iba a traer. Y sucedió que el esposo de una compañera nos obsequió a todas una tarjeta de navidad y precisamente me la estaba entregando cuando Carlos entró. Se acercó a mí y me preguntó qué me había entregado y me amenazó diciendo que si volvía a recibir algo de él, me dejaría. Por supuesto que me molestó mucho su actitud, ya que consideré que no había razón para pelear, así que le dije que si no confiaba en mí, podía irse, y sin decir más se fue.

En ese momento yo sentí que mi vida se acababa y me puse a llorar. Mis compañeras y la gerente de la tienda se dieron cuenta de que peleamos y empezaron a consolarme. La gerente me llevó a su oficina y me aconsejó que lo dejara, ya que ella veía en él un carácter muy difícil y, según sus palabras, no me haría feliz. Si bien yo oía lo que me decía, no estaba escuchando y solo podía pensar en cómo sería mi vida sin su amor.

Pasaron dos días sin vernos. Al tercer día por la noche, me estaba esperando en la parada del bus. Cuando lo vi, quise hacerme la ofendida y traté de subir a la camioneta sin él, pero me haló de la bolsa y no me dejó subir; incluso me dijo que no podía dejarlo, que antes me mataría. Vi su cara y en ese momento me estremecí y comencé a llorar. Él cambió de expresión y se disculpó diciendo que lo perdonara nuevamente, pero que me amaba tanto que no podía perderme.

Cuando nos casamos, pensamos que sería buena idea vivir por un tiempo en mi casa y poder ahorrar. Así unos días antes de casarnos, llevó sus pocas cosas a mi casa, de las cuales me llamó la atención una gran bolsa que llevaba. Al abrirla, vi muchas revistas y al sacarlas, vi con mucha sorpresa que se trataba de revistas pornográficas. Esto me hizo pensar que algo estaba mal, pero él me explicó que era un pasatiempo muy común en un

hombre soltero; sin embargo, yo nunca vi que mis hermanos hicieran lo mismo. Poco tiempo después, e carnos el empezó a cambiar: se puso áspero y distante conmigo.

Mi mamá me dijo que extrañamente estaban apareciendo hoyos en la pared que separaba los baños; no obstante, los atribuimos a la perra que teníamos, aunque lo extraño era que antes no lo había. Luego mi papá se pasó a dormir al cuarto de mi hermana ya que en esa época, ella aún era pequeña y como yo dormía con ella, mi papá pensó que era lo mejor. En esos días, mi mamá empezó a escuchar pasos y movimientos cerca de su cuarto a altas horas de la noche; inclusive decía que en ocasiones veía que abrían su cuarto, pero en la oscuridad no distinguía bien quién era. Además, me decía que vigilara a mi esposo, ya que ella escuchaba que alguien entraba en el otro baño siempre que ella se bañaba.

Para entonces, inició el embarazo de mi primer hijo. Yo notaba que Carlos se levantaba cada noche y tardaba mucho en regresar. Cuando le preguntaba de dónde venía, me decía que del baño, pero nunca encendía la luz, así que empecé a vigilarlo.

Como yo ya no dormía bien, una noche al ingresar a nuestro cuarto, pude notar que depositaba unas pastillas en mi vaso de fresco. Le pregunté qué eran y me dijo que eran pastillas para dormir. Me molesté mucho porque pensé que no podían hacerle bien a nuestro hijo, lo cual me puso más en alerta y empecé a vigilarlo más.

Un domingo cuando regresó de trabajar, me pregunto quién se estaba bañando y yo le respondí que mi hermana, entonces me pidió que le preparara su comida. Cuando regresé al cuarto, no estaba, y en ese momento recordé que mi hermana se estaba bañando, así que me acerqué despacio y abrí de repente la puerta. Fue horrible encontrarlo masturbándose subido en la tasa del

baño, mientras veía -a través de un espejo entre las paredes- a mi hermana bañándose. La impresión fue tal que no pude decir nada, solamente corrí al cuarto a llorar. Que Dios me perdone, pero en ese momento deseé no tener a nuestro hijo.

Lo peor sucedió cuando regresó al cuarto, ya que lo vi sentarse tranquilo, subir las piernas a una mesa y encender un cigarro como si nada. Mientras yo lo veía, pensaba: "quizá lo imaginé, quizá no pasó realmente"; "Dios mío, ¿estoy loca?". Entonces por fin me atreví a preguntar qué estaba haciendo y me dijo tranquilamente que nada. Yo me quedé esperando ver alguna reacción, algo que me dijera que no lo había imaginado. Mi cabeza daba vueltas, hasta que por fin le dije muy firme que tomara sus cosas y se fuera de mi casa.

En ese instante se dio cuenta de que no podía confundirme más: dio un brinco y se hincó delante de mí para pedirme perdón. Me decía "¿Qué van a pensar sus papás?", "por eso yo le pedía que nos fuéramos de aquí, pero usted nunca quiso". Nuevamente depositó en mí la culpa, así que acordamos buscar un lugar en donde vivir solos para, de esa manera, evitar que volviera a suceder algo parecido. Sin embargo, yo sentí en ese momento que nuestro matrimonio se había roto.

De allí en adelante, nuestra vida se transformó en una serie de abusos, maltratos y engaños. El hombre que en sus cartas ponía las estrellas a mis pies, ahora me insultaba de una manera grotesca y con palabras soeces que yo nunca había escuchado antes. Entonces descubrí su verdadero yo: él era un hombre enfermo, adicto a la pornografía, mitómano, manipulador, con un enorme ego y un sentimiento de inferioridad aún mayor.

Estuvimos separados muchas veces desde que nació mi primer hijo, pero yo dependía de él económicamente, ya que no podía asumir los gastos solo con el sueldo de mi trabajo. Su condición para ayudarme fue que continuara con él: no puedo decir que me obligaba, solamente me dejaba claro que si no cedía a sus pretensiones, no me iba a ayudar. Para ser sincera, yo aún sentía algo por él; además mi mamá siempre me recordaba que yo era una mujer casada y que tenía la obligación de aguantar, por lo tanto no podía pensar en diversiones y menos en alguien más.

Como consecuencia de todo esto -un poco por conocer el origen de los trastornos de mi esposo y un poco por escapar del control de mi mamá-, decidí estudiar en la Universidad. Todos esos años los pasé yendo y viniendo con mis dos hijos, ya que nos separábamos constantemente.

Cuando pienso en por qué no podía terminar con eso, creo que era por muchas razones: miedo a la soledad, a no poder salir adelante sin él; pensar que estábamos casados por la iglesia; por mis hijos.

Un día mi esposo se fue de viaje y yo encontré a una joven que aceptó trabajar conmigo para cuidar a mis niños y estuvo muy tranquila durante tres días. El día jueves por la noche Carlos regresó de su viaje y al día siguiente, la joven me dijo que se iba. Cuando la interrogué, me confesó que mi esposo se había levantado en la noche y había intentado abusar de ella. Yo le pregunté por qué razón no me había despertado, a lo que respondió que pensó que yo me enojaría. Con duda le pedí que me lo dijera delante de él y así lo hizo. Él no dijo nada, solo dio la vuelta y salió. Esa fue una de tantas veces en que nos separamos.

Yo pensaba que era mi culpa porque quizá no era lo suficientemente complaciente con él. Todos me decían que a los hombres se les domina complaciéndolos en el sexo y

a mí realmente no me motivaba tener relaciones con él, por lo que consideraba que también era mi culpa.

La última vez estuvimos separados por aproximadamente ocho años. Todos creían que era algo definitivo, pero lo que nadie sabía era que en realidad me convertí en su amante para conseguir su apoyo económico. Yo tenía problemas en mi casa con la educación de mis hijos, pues mis padres no me permitían educarlos y los consentían mucho. Esto me hizo pensar que, de todos modos, la única diferencia era que no dormíamos juntos y que más bien, a mí me quedaba toda la carga de cuidar y atender a nuestros hijos, lo cual no me pareció justo. De esta manera, decidí regresar con él; esta vez pensé que para siempre.

Él había prometido cambiar. Ya no me insultaba ni era tan agresivo. Aunque se portaba un poco distante, no me preocupaba, pues para mí representaba que era menos exigente en las relaciones sexuales. Sin embargo, al cabo de unos meses, resulté embarazada.

Durante el embarazo yo notaba algo diferente en él y un par de veces descubrí alguna prueba de que me engañaba, pero eso no me preocupaba. Inclusive creo que hasta me hacía sentir tranquila porque pensaba que quizá de esa manera no continuaría haciendo cosas como las que hacía anteriormente.

Después de que nació nuestra hija, me confesó que efectivamente, poco antes de volver conmigo, inició una relación con alguien, pero que antes de decidirse a separarse de mí, el embarazo se lo impidió. Así, vivimos trece años juntos, los cuales fueron muy difíciles en todo sentido: el perdió su negocio y luego no consiguió trabajo, por lo que se dedicó a realizar pequeños trabajos por su cuenta.

Yo me gradué de la Universidad y pude mejorar mi ingreso económico, lo que me permitió aportar más para el sostén de nuestra casa. Pero entonces él se volvió una persona muy conformista y no le importaba aportar mayor cosa al hogar, así que la relación siguió deteriorándose.

Yo empecé a notar nuevamente en él cierta conducta familiar: le gustaba pasar largas horas jugando en la computadora, la cual estaba en un cuarto de atrás, y casi siempre se acostaba muy tarde y llegaba fatigado. Yo tenía el presentimiento de que una vez más estaba viendo pornografía, a pesar de que durante un tiempo dejó de hacerlo porque yo le había advertido que si volvía hacerlo me separaría de él y esta vez definitivamente. Una noche, antes del día del cariño, vi por la ventana que se encontraba muy concentrado en algo en la computadora, así que me acerqué sin hacer ruido y me di cuenta que efectivamente estaba viendo una página de pornografía. Él se asustó mucho y se disculpó, pero yo ya no quise escuchar. Al día siguiente me fui con mis hijos.

Aun ahora, después de dos años de separada, hay momentos en los que pienso y me pregunto si separarme de él fue lo correcto, por lo que le pido a Dios valor para vivir un día a la vez con la decisión que tomé.

Nosotras, economía creativa y desarrollo social

Lucía Aguilar Flores (Lucy)
Jackeline Mercedes Urbina (Jaki)
Fátima Gómez Urbina (Alejandra)
Fátima Pérez Gómez (Antonia)
Rosario Mairena Gonzáles (Rosi)
Yari Alvarado Aguilar (Yari)
Celieth Lazo Miranda (Celieth)
Yesenia Mairena González (Yesenia)
Socorro González (Socorro)
Yorlin Angulo Soza (Yorlin)
Francis Rodríguez (Francis)
Luz Marina Campos Mendoza (Luz)
Zayda Urbina Casanova (Zayda)
Marlene Jaime Cordonero (Lupita)
María Rocha Sequeira (María)
Jeanneth Pérez Gómez (Jeanneth)
Gail Nystrom
La Carpio, Costa Rica

Somos un grupo de mujeres inmigrantes de Nicaragua. Tenemos en promedio 20 años de vivir en La Carpio. Durante los últimos 18 años, hemos colaborado con la Fundación Humanitaria Costarricense.

Juntas hemos creado tres centros educativos en el barrio, con los cuales hemos apoyado a miles de niños en su desarrollo intelectual, emocional, físico, y espiritual. Esto nos hace sentir afortunadas porque nuestro trabajo tiene un propósito más allá del propio sustento, al trabajar de manera colaborativa. Además, tenemos mucha solidaridad, autoestima positiva y creatividad. Para nosotras, esa es la definición del trabajo.

Si analizamos el mercado actual, vemos que las compañías invierten en obreros y materiales, después buscan el mercado y hacen mercadeo para vender un producto. La ganancia se queda con los dueños y los bancos ga-

nan con los intereses sobre los préstamos que hacen los inversionistas. Así, la seguridad laboral depende de las ventas y de la capacidad de organización de los dueños.

El trabajo con un modelo social como el de las iglesias o muchas organizaciones sin fines de lucro se basa en la caridad, ya que funcionan gracias a las donaciones que los patrocinadores les dan. En estos casos, el mercadeo es sobre la "pobreza" y el resultado es la sostenibilidad del mismo sistema: la organización gana con su buena reputación y a los funcionarios se les paga con las donaciones.

En un sistema de economía solidaria, se presenta la oportunidad de estudiar y superarse, así como oportunidades de educación, como cursos, talleres, el INA (Instituto Nacional de Aprendizaje). Asimismo, se toma en cuenta la situación familiar de la trabajadora; se apoya el aspecto emocional; se promueve con paciencia, conductas de moralidad y solidaridad; se trabaja en equipo y todas aportan para que la organización pueda florecer. El dinero es compartido.

Con un sistema feminista existe la autosuficiencia, basada en la confianza en la capacidad de las compañeras. En este las decisiones se toman en forma consensuada y hay seguridad para cumplir procesos personales. Además, un sistema feminista se basa en derechos humanistas y en este, las colaboradoras son quienes ganan las ganancias.

Sobre nuestro trabajo:

Socorro

Trabajo en una cooperativa donde hacemos bolsos de material reciclable. También, hacemos cartucheras y bolsos de tela. Con la plata aportamos a los gastos de nuestro hogar.



Yorlin

Mi trabajo es con los bebés de mi comunidad. Siempre busco la manera de darles mejor calidad de vida para que se sientan bien en nuestra guardería.



Celieth

En mi trabajo hago la limpieza con cariño y entrega, para que siempre tengamos un lugar agradable donde trabajar. Me encanta saber que los pisos están limpios y los niños están bien.



Francis

Mis muñecas de ángel son una creación que me da esperanza y oportunidad de ser creativa. He sufrido mucho en mi pasado, pero estoy formando un futuro lleno de luz y esperanza para mí y mis hijos.



Jaki

Preparo comida sana y de buena calidad para hasta cien personas por día. Trabajo rápido y con organización, y doy la comida con mucho amor.



Antonia

Para mí, el trabajo es cuando una invierte su tiempo en acciones para subsistir, alimentar y educar a su familia.



Alejandra

Mi trabajo con las obras de teatro enseña a muchas personas la realidad de nuestra experiencia con la migración. Es mi historia y la de todas nosotras.



Lucy

Mi trabajo como "abuela" en la biblioteca me da mucha satisfacción porque puedo ser importante para los niños y ganarme algo para cubrir mis gastos. Nunca me canso de darles vuelta a los libros.



Lupita

Cuando yo trabajo con las bolsas, siento que puedo desarrollar mi creatividad como mujer. Me encanta crear bolsos reversibles con muchos colores.



Yari

Yo soy maestra y madre. Intento tratar a todos los niños como si fueran mis hijos. Me encanta verlos crecer y desarrollar su inteligencia y creatividad.



Yesenia

Me encanta trabajar con los niños porque me gusta saber que soy capaz de guiarlos. Es importante leerles, hablarles y jugar con ellos para ampliar su creatividad e imaginación.



GANADORAS

TESTIMONIOS

2013

FOTOGRAFÍA



Antelma Leticia Martínez Martínez
San Pedro Pozohuacan, Municipio
de Tecamac, México

Mujeres como Francisca sufren discriminación por el hecho de ser indígenas y por formar parte de la economía informal en las calles. Ella, como tantas otras, buscan mejorar su vida, se vio en la necesidad de abandonar su lugar de origen. Sin importar las inclemencias del tiempo, elabora y vende artesanías en las principales avenidas de México.



Cosechando en algodónera orgánica

Elsa Ruth Espinoza Orozco
Managua, Nicaragua

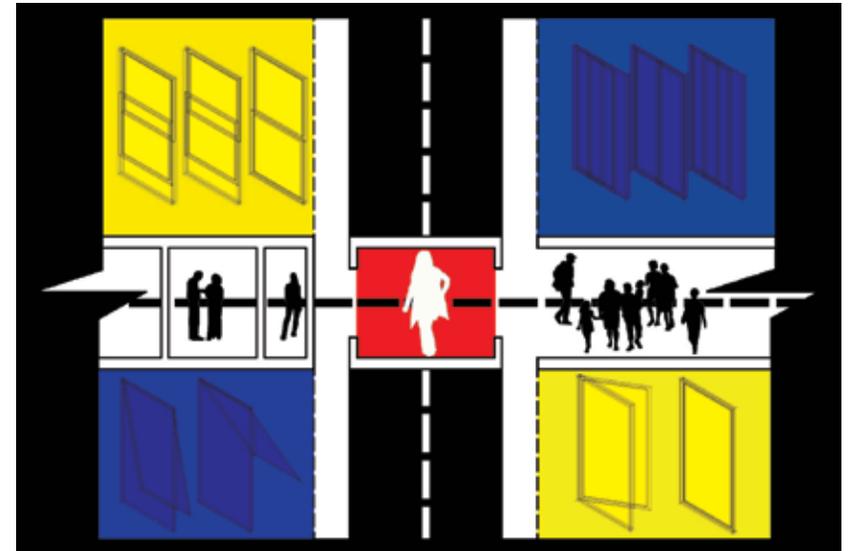
Una mujer hábil con sus manos quita cuidadosamente el algodón de la planta que se cultivó en una plantación orgánica ubicada entre León y Chinandega. Con esto demuestra que no es necesario aplicar agroquímicos para levantar una cosecha, ya que existen otras alternativas sustentables con el ambiente, la salud, el desarrollo y la economía local, como la implementación responsable del cultivo orgánico.



Camino de realización

Andrea Monroy Palacios
Guatemala

Al desarrollarme como arquitecta, no solo diseño espacios para los seres humanos, sino que me involucro en el desarrollo de sus propios sueños. Cada proyecto es como una ventana que muestra un paisaje de retos y vivencias que involucra clientes, trabajadores, presupuestos y resultados creados.



Mi proyecto

Miriam Vargas Santamaría
La Cruz de Abangares, Costa Rica

Recoger materiales reutilizables para transformarlos en artículos que podamos aprovechar, y así contribuir con el cuidado de nuestro ambiente, es un aporte económico para mi familia. Vendo estos artículos en tiendas de artesanías y son muy apreciados por las personas que reconocen el esfuerzo de las mujeres que aportan a la economía familiar.

Arte con anillas de lata



La venta del día

Ana Isis Estrada
Ciudad Guatemala

En las calles, las mujeres, van ofreciendo a las personas sus productos exclamando: "¡Servilletas típicas, pulseras, collares!" Estas son las vendedoras de la Antigua Guatemala quienes aportan una fuente de ingreso para su familia al ser trabajadoras emprendedoras que caminan sin importar el clima, el día o la hora.



¡Manos a la obra!

Maritza Ruiz Espinoza
Las Juntas de Abangares, Costa Rica

Ellas son las que dicen "¡Manos a la obra!". Trabajadoras con coraje y orgullo que embellecen el pueblo de Las Juntas de Abangares y que con su sudor les dan sustento a sus familias.



Pensándolo bien

Valeria Argüello González
San Pedro de Montes de Oca, Costa Rica

Mientras te quede aliento, ve a buscar con el viento ayuda, pues no queda tiempo. En tus manos está la solución de salvar lo bello que queda. (Mago de Oz, Costa del silencio)



Herencia productiva

Angélica María Quirós Mora
Moravia, Costa Rica

El trabajo produce bienestar económico y emocional, y también forma parte del legado que las madres heredan a sus hijos e hijas. Doña Olga Pana trabaja en su quiosco ubicado cerca del Banco Nacional. Ella también ha logrado transmitir el amor por su labor a sus hijas y a las hijas de sus hijas. Las mujeres somos la fuerza activa que mueve la economía del país.



Confección de banderines patrios

Gladys Trigueros Umaña
Moravia, Costa Rica

Manos que trabajan en la microempresa para obtener un beneficio monetario que permita solventar las necesidades del hogar y no ser una carga para el Estado. La confección de banderines patrios y pinchos de bambú lleva muchas horas de trabajo. Sin embargo, este tipo de trabajo no es bien pagado.



Frescura

Ana Teresa Sánchez Zumbado
San Antonio de Belén, Costa Rica

Añorando aquellos patios donde solía correr en su época de infancia, en los que predominaba el verdor y frescura de las hermosas plantas, Ita Tere, emplea las aguas residuales producidas por arduas jornadas de lavado; en el anegamiento de su patio. Con dedicación, amor y ahorrando agua ha logrado sostener un paisaje natural en un pueblo donde cada espacio libre está siendo transformado en estructuras de concreto.





GANADORAS
TESTIMONIOS

2013

POESÍA



Somos mujeres

*Lucía Aguilar Flores (Lucy)
Jackeline Mercedes Urbina (Jaki)
Fátima Gómez Urbina (Alejandra)
Fátima Pérez Gómez (Antonia)
Rosario Mairena González (Rosi)
Yari Alvarado Aguilar (Yari)
Celieth Lazo Miranda (Celieth)
Yesenia Mairena González (Yesenia)
Socorro González (Socorro)
Yorlin Angulo Soza (Yorlin)
Francis Rodríguez (Francis)
Luz Marina Campos Mendoza (Luz)
Zayda Urbina Casanova (Zayda)
Marlene Jaime Cordonero (Lupita)
María Rocha Sequeira (María)
Jeanneth Pérez Gómez (Jeanneth)
Gail Nystrom
La Carpio, Costa Rica
Derecho a grabación*

Somos mujeres,
mujeres nicaragüenses.
Hemos venido para huir...

Huir...

Huir de...
La guerra y sus armas frías,
la pobreza y la miseria de su hambre
constante, el terremoto con su olor a muerte,
el abuso de las manos secretas en la
oscuridad de la noche.

Buscando...
vivienda digna y segura,
fuente de ingreso seguro.

Buscando...
Paz permanente,
hermandad y solidaridad basada
en la confianza, amor que protege.

Creando...
Familias con hijos sanos,
cooperativos, con artesanía de material
reciclable, escuelas que retan con motivación,
guarderías que proveen seguridad emocional
y espiritual

Futuro...
Confianza en mí misma, mi familia,
mis compañeras.
Sueño, con bases en la tierra y vuelo,
con alas de hilo de oro.

Soy...
Buena administradora,
honrada con mis compañeras,
inteligente,
madre entregada,
responsable con mí misma.

Seré...
Persona completa,
sobreviviente,
ser humana transformada.

Centrada, sentada, entregada.

Antelma Leticia Martínez Martínez
Tecamac, Estado de México
Derecho a grabación

La economía solidaria está en el hogar,
donde se multiplican sus funciones y el pan.
La economía solidaria está en la ruralidad, donde las
jornadas y el duro trabajo buscan prosperidad, pero
solo obtienen una dolorosa invisibilidad.

Mujeres campesinas y cabezas de familia,
sois la madre, la agricultora, la cocinera, la que lava,
la que plancha, la que siembra y siega, la que se quita
el pan de la boca, la que empieza a educar, la que tiene
el secreto para lograr la prosperidad, pero sin un
reconocimiento y menos un salario, porque todas las
tareas que realiza son con agravio, consideradas como
las funciones que su sexo impele, o del ama de casa
simplemente, sus deberes.

¿Ama? Patrona, dueña ¿de qué?
A no ser de su necesidad, de su lucha diaria, de su fe,
de asumir el insuperable reto de ser MUJER.
En el campo como en la casa, nunca falta el trabajo,
aquel que social ni económicamente es valorado,
pero sí el empleo reconocido y remunerado.

Economía, por algo tu nombre es de mujer,
funcionas con sacrificios, con tenacidad, con sudor,
con trabajo de hogar, de obrera, profesional o líder,
con manos tiernas que acarician, que cuidan,
con manos fuertes, callosas, que no descansan,
con manos firmes, expertas y adiestradas,
con manos curtidas que son ignoradas...

Sin las mujeres simplemente no hay economía,
tenemos el secreto de cómo lograr,
con un precario presupuesto familiar,
el funcionamiento de esa pequeña empresa,
conocida más comúnmente como "hogar",
economía, no te somos ajenas ni desconocidas,
nosotras somos protagonistas de tu funcionalidad,
aunque sean hombres en su gran mayoría,
los que formulen las políticas de desarrollo y paridad.

El Cesto

Cristina Venegas Méndez
San Pedro, Vargas Araya, Costa Rica
Derecho a grabación

En el cesto,
se guardan historias
en el cesto.

En el cesto
el sustento,
las tortillas
en el cesto.

¿Con cuánta dedicación
se guarda todo
en el cesto?

Se posa
en la cabeza
y camina horas
con el cesto.

¡Mujer fuerte!
llevas al mercado
ese cesto.

Y sonrisa a sonrisa,
intercambio a intercambio,
así como se vacía,
se llena y se llena
el viejo cesto.

Mujeres, levanten sus voces

Virginia Alvarado Soto
Moravia, Costa Rica
Derecho a grabación

A las mujeres amadas,
que trabajan con tesón,
que ansían ser escuchadas
y también ser respetadas,
luchen por ser valoradas
con fe y con convicción.

La sociedad las incita
a hacer de todo en su hogar:
de niñera, de costurera,
de educadora, administradora,
cocinera, enfermera,
conductora y hasta contadora.

Muchas mujeres valientes
con la ayuda del Creador,
cuidan a su familia,
un trabajo agotador,
pero están en vigilia
solo por su innato amor.

Aportan a la producción
que hace surgir a un país;
con mañas asolapadas,
por cargar con vocación
el fruto de su matriz.

Las dejan desempleadas.
De manera solidaria
en un acto de protesta,
contra esta situación funesta,
suban a la palestra;
con pasos firmes, veloces,
mujeres, ¡levanten sus voces!

Para vivir no necesito mucho

Ana Mercedes Miranda Morán
El Salvador
Derecho a grabación

I
Radio, televisión y periódicos, en truculenta y constante
trama, quieren hacerme creer que si no adquiero cosas
es un drama, que para ser alguien de valía, respetada
debo poseer la "mágica" tarjeta plastificada.

II
Gran auto de último modelo, un celular multifunción,
televisor de plasma, vestidos y zapatos, ¡qué ilusión!
Y si el sueldo es exiguo o no tienes pago mensual
seguro, debe empeñarse radio, plancha, hasta tu
lámpara de carburo.

III
No, conmigo no pegan los míticos cantos de sirena,
y si eso no le gusta al gran comercio, pues qué pena,
pero yo valgo por mis acciones, mi persona, mi pensar
y no por la ciega carrera desaforada de comprar.

IV
Y sí, soy feliz, sin cosas materiales que dan falso
placer, pues estoy consciente de mi propio valer
como humana, fiel servidora o íntegra mujer
que evade las melifluas ofertas del vender.

V
Compro lo que sirve a la familia vitalmente,
pues aprecio el fruto de mi labor, especialmente,
y no lo dilapido para hacerme un embalaje
que a la postre resulta en falsa imagen.

Una joven empresaria

María Denisse Villafuerte Palma
Guatemala
Derecho a grabación

Entrando a la realidad de la vida,
emprendedora y decidida,
con una empresa construida,
forjada de una familia unida,
empezó una meta cumplida.

Desde el alba hasta al ocaso,
sin ningún atraso y fracaso,
con un arduo trabajo,
de las ganancias que se extrajo.
Para a mis padres agradecer,
de los que debo de admirar,
por su amor incondicional y ejemplar.

Llevando un consumo sostenible,
con un ahorro flexible,
para mantener lo mejor posible.
En una situación factible.
ante una economía inestable,
en un tiempo perdurable,
y lograr un futuro rentable.

Soy una joven empresaria,
y graduada universitaria,
con una carrera por delante,
luchando por un sueño aspirante,
ante un trabajo emocionante,
y una vida triunfante.

Mujer: esperanza de vida

Elsa Ruth Espinoza Orozco
Nicaragua
Derecho a grabación

Mujer,
tus manos abonan la tierra y la enjugan con tu sudor.
Levantas cada día el aroma
del maíz, del cacao y del café,
para el deleite de tu vientre y el de los tuyos.

Mujer,
tu calor humano abriga al árbol más desnudo,
tu rostro refleja tierra, magma y orquídea,
los ayeres y nuevos atardeceres
que una vez fueron fecundados de la deidad.

Mujer,
el verano y el invierno han sido testigos
de la bondad de tus manos,
de tu conciencia ambiental,
de tu papel en el desarrollo de la comunidad.

Mujer,
albergas esperanza de vida desde tu fecundación.
Los años pasan, la incertidumbre se impone,
mas tu vitalidad magmática permanece
ante la espesura de la noche.

Réquiem a un mundo consumido por la ambición

Andrea María Cabarrús Melgar

Réquiem a un mundo consumido por la ambición
Guatemala
Derecho a grabación

Gaia agoniza lentamente, latente sufrimiento,
palpable, cuantificable y sin cura alguna.
Enferma (de gravedad), el diagnóstico es fácil,
un parásito al que llaman humanidad.

Gaia agoniza lentamente, y parece
que a nadie le interesa.

Fragmentaron su cuerpo en naciones
y zonas de guerra, arrancaron sin pedir
permiso sus verdes cabellos, quemaron
su piel hecha de pétalos, mosaico de colores;
llenaron sus venas con savia de residuos tóxicos
y su boca de mar contaminaron con un plasma
negro.

Sus pulmones ahogados en el humo
dan paso a huracanes de lágrimas
y terremotos brotan de sus heridas abiertas.

Si muere Gaia, morimos nosotros.

¿Es que no hemos comprendido que
Ella no nos necesita?
¿Quién llora por un río seco, tratando de llenarlo?
¿Quién rellena los huecos vacíos por la ambición?
Es tan importante dejarle buenos hijos a
la Madre Tierra, pero para empezar hay que
dejar una herencia viva, no agonizante
a nuestros descendientes, para que la cuiden.

No sirve de nada conservar un árbol en recuerdo
póstumo de lo que una vez fue un bosque;
depende de cada uno de nosotros, ser cura y no mal,
ser luz para disipar a la oscuridad de la neblina que
hemos creado; ser vida, ser uno con La Madre
que nos da todo, sin pedir nada a cambio, le debemos,
al menos, un poco de amor, respeto y corazón.

A mis madres

Ana Cristina Bogantes Díaz
San Pedro, Costa Rica.
Derecho a grabación

El regazo de la abuela, las caricias de la madre,
sueños, alegrías, logros, carencias.
Junto a sus anhelos encendían muchas velas.
Cuando sus pies cansados y el enojo inexplicable
marcaban el camino, dejaban sus faenas para poder
volar en añoranzas y aventuras.

En sus mágicas historias de un pasado muy lejano,
me narraban el dolor de los siglos del hambre, las
recetas que multiplicaban los panes, su lucha incesante
para que el fuego del hogar no se apagara.

Hubo tiempos felices, otros muy oscuros;
nacimientos y despedidas.
Había que levantarse con la luz o la tiniebla.
Cuando se hacía el silencio, me quedaba pensando
en mis madres; imaginaba sus cabellos plateados
y vivía sus ensueños celestes.

Hoy, que me enfrento al siglo del vacío:
"Tener más que ser, consumir más que crear."
Perfumo los espacios con esencias, combino el azúcar
con las rosas, para evocar sus secretos de belleza.
El fuego del hogar huele a tomillo, orégano, romero,
ternura, nostalgia. Cada día retomo mis propias luchas,
alegrías y desvelos, me refugio en los recuerdos como
en la sombra de un árbol frondoso.

Puedo escuchar la alegría de mis madres en su cantar
mañanero.

Miro hacia el cielo, descanso y enciendo velas.

Una noche serena

Flor Hernández Murillo
San Luis de Grecia, Costa Rica
Derecho a grabación

Una noche serena, con cantos de grillos
y cientos de estrellas, estos versos escribimos.

Por necesidad de recursos nacimos.
En pasatiempo se convirtió.
Con el paso de los años,
una empresa agroindustrial se formó

Con la naturaleza nos identificamos,
por el medio ambiente estamos trabajando.

Debido a la contaminación, hambre y miseria,
a las futuras generaciones heredamos.

En las capacitaciones hemos aprendido que
las mujeres tenemos derechos que no nos
hemos atribuido.

Amas de casa somos, preparadas en la gestión
empresarial, el mercadeo, la agroindustria
y la salud ocupacional

Gracias a todos los que, como ustedes en nosotras,
han creído al darnos la mano para continuar el camino.

Pensando en el futuro, el proyecto crecerá
para que las nuevas generaciones
se atrevan a soñar.

Luchar es vivir.

Una noche serena

Flor Hernández Murillo
San Luis de Grecia, Costa Rica
Derecho a grabación

Una noche serena, con cantos de grillos
y cientos de estrellas, estos versos escribimos.

Por necesidad de recursos nacimos.
En pasatiempo se convirtió.
Con el paso de los años,
una empresa agroindustrial se formó.

Con la naturaleza nos identificamos,
por el medio ambiente estamos trabajando.

Debido a la contaminación, hambre y miseria,
a las futuras generaciones heredamos.

En las capacitaciones hemos aprendido que
las mujeres tenemos derechos que no nos
hemos atribuido.

Amas de casa somos, preparadas en la gestión
empresarial, el mercadeo, la agroindustria
y la salud ocupacional.

Gracias a todos los que, como ustedes en nosotras,
han creído al darnos la mano para continuar el camino.

Pensando en el futuro, el proyecto crecerá
para que las nuevas generaciones
se atrevan a soñar.

Luchar es vivir.

Canción: Economía solidaria para vivir mejor.

Para la serie de radio.

Kattia Castro Valverde
13 de mayo 2013

Economía solidaria para vivir mejor,
porque nos queda poco tiempo
vamos pronto a cambiar.

Y dar un paso adelante, sin desperdiciar.
Buscar que se pueda dar un consumo
responsable, para esta humanidad.

Quiero dejar en la conciencia,
una nueva reflexión,
eliminemos el dinero y vuelve
al trueque una vez más.

Y dar un paso adelante, sin desperdiciar.
Buscar que se pueda dar un consumo
responsable, para esta humanidad.

Economía solidaria (CORO)
Haciendo un mundo mejor (PREGÓN)

Economía solidaria (CORO)
Las Mujeres que aportan (PREGÓN)

Economía solidaria (CORO)
Vamos moviendo el planeta

Economía solidaria (CORO)

Un consumo responsable,
para esta humanidad.



Mis 13 años con el Concurso

Siempre me preguntaron si yo había escrito un testimonio y con gran pena respondía que no. Pero tuve la oportunidad durante 13 años de leer casi mil testimonios que participaron en el Concurso y estuve animando y capacitando a cientos de mujeres para que escribieran sus historias de vida.

Este año que se cierra el Concurso, me decidí a contar lo que aprendí y reflexioné en este bello trabajo de poner en común mis sentimientos y saberes con todas las mujeres.

Para mi el Concurso tenía dos momentos claves, uno cuando capacitábamos a las mujeres, no importaba el sector, aunque siempre priorizamos por las mujeres campesinas e indígenas y el otro momento era cuando leía los testimonios que nos llegaban a Voces Nuestras.

En esos dos momentos las mujeres compartían sus vidas a través de sus sentimientos, pensamientos y contaban el gran cambio que habían realizado, por eso mismo les llamamos testimonios.

En las capacitaciones nos encontrábamos mujeres de todas las edades, muchas de ellas ni siquiera pensaban

que tenían derecho a expresar una palabra, pero en los mismos talleres, decidieron recuperar su voz y dar valor a sus propias historias.

Exacto, su voz, esa que con esfuerzo apenas podía salir, mientras lloraban y sus gargantas se atragantaban queriendo decir todo aquello que llevaban en su corazón y que nunca habían podido decir a nadie. En ese momento de confianza entre nosotras, por primera vez, muchas contaban su gran secreto: "él me puso un alambre de púas en el pescuezo para que no gritara", "Él me metió una botella de Coca Cola en la boca para que me callara", "Fui violada constantemente desde que tenía 8 años", "Quiero separarme de mi esposo, pero no se como decírselo".

Nos dimos cuenta que había un común denominador entre todas nosotras, desde niñas se nos había callado de todas las formas posibles, con golpes, con armas, con gestos, como cuando la mamá con el dedo en la boca nos decía ssssss. O cuando el esposo hizo una señal con sus dos manos que quería decir: "si no te callas te ahorco". Con expresiones que se repetían una y otra vez como: "Cállese usted no tiene derecho a hablar".

Así en los talleres, llegábamos a la conclusión que desde niñas se nos enseñó, a callar, a hablar bajito y poquito porque era más bonito.

En todas las historias noté que había un momento importante para iniciar el cambio y era cuando ellas lograban enfrentar y "expresar" a la persona opresora lo que sentían. No importaba si esa persona era su compañero agresor, papá abusador, hijo manipulador o vecina envidiosa.

Siempre tuve claro que la herramienta del testimonio libera, ayuda a sanar y las personas pueden mediante la escritura repensar su vida desde un lugar más seguro y de control.

Sin embargo, fue maravilloso para mi descubrir, que nuestra garganta es un órgano creador de sueños o desgracias. Claro que ya sabía que podemos hablar gracias a ese órgano, pero no comprendía que de nuestra garganta nacen las palabras, como cuando de nuestra vagina nace la vida.

Aprendí que nuestra garganta es creadora de sonidos y lo hace gracias a las vibraciones que se manifiestan en diferentes frecuencias. Y dependiendo de la intensidad y el sentimiento con que pronunciamos esas palabras, es que somos creadoras o destructoras.

Como cuando se le dice a una mujer: "usted no va a estudiar". Imaginen todo el poder que tienen esas 5 palabras, dichas con desprecio y autoridad. Imaginen cómo esas 5 palabras pueden cambiar la vida de una mujer.

Y así mismo cuando nos dicen: "no quiero que trabajes", "esa comida sabe fea". 'Ese vestido no se lo ponga'

Las palabras no vienen solas, son dichas con un sentimiento, por eso duelen más que los golpes. Por eso cuando decimos con "cierto" sentimiento "sos una bruta", "sos una tonta" estamos creando a esa persona. Si decimos con otro sentimiento: "sos hermosa, preciosa" creamos a otra mujer.

De esta manera nuestros sentimientos se materializan en las palabras de acuerdo a la vibración y a la energía que le impregnemos. Por lo tanto, las palabras crean de acuerdo a la forma y al sentimiento con que las expresamos. Así mismo, las recibimos también, cuando vienen cargadas de sentimientos de rechazo, ira, miedo, admiración, entusiasmo...

Estaba en esta reflexión cuando me encontré con un párrafo en el libro Tus Zonas Erróneas del Doctor W.Dyer

Wayne, (2) que me hizo cuestionar lo que muchos filósofos y psicólogos nos han enseñado durante mucho tiempo, me refiero a que;

“Hay que cambiar el pensamiento que sirve de apoyo a nuestros sentimientos y este a su vez a las conductas o comportamientos”.

Como comunicadora me preguntaba por qué si le damos tanta información (ideas, pensamientos) a la gente para que tenga conciencia (sensibilidad, sentimientos) no se ven rápidamente los cambios en sus prácticas y conductas (comportamientos).

Así que me descoliqué. Pues, las enseñanzas que me dejaban las historias de vida de las mujeres me confirmaban que:

“Hay que transformar nuestros sentimientos (emociones, sensaciones, el sentir) que sirve de apoyo a nuestros pensamientos y estos a su vez a las conductas y comportamientos de víctimas o victimarias, baja estima, inferioridad con que nos educaron”.

Sí, me descoliqué, o me volví más loca, no se... ustedes dirán, pues la misión del sistema patriarcal es estimular el pensamiento (la razón), mientras que los sentimientos parece que son solo “cosas” de mujeres.

Los sentimientos que el sistema patriarcal ha permitido que expresemos las mujeres son: la ternura, la paciencia, la compasión, el amor, los miedos, temores, la pasividad, entre otros. Para los hombres los sentimientos que les son permitidos expresar y son estimulados son: la ira, la fuerza, el egoísmo, la rebeldía, la firmeza, la lucha, la valentía, entre otros.

2 W.Dyer Wayne, Doctor página 10 del Libro *Tus Zonas Erróneas*, Editorial Grijalbo, 1976.

Menos mal, que poco a poco hemos comprendido que, tanto hombres como mujeres, podemos desarrollar cualidades femeninas y masculinas y experimentar diversos sentimientos que nos ayudan a crecer como las personas completas que somos.

Si, cada historia me llegó hasta lo más profundo de mi ser. Y esperaba que de igual forma impactara a todas las personas que escucharían o leerían estos testimonios. Me preguntaba cada vez que los leía, ¿qué hizo posible el cambio en esta mujer? , ¿por qué ella logró salir adelante a pesar de tanto dolor y trabajo?. ¿Y por qué otras mujeres no lo lograban?

Volví a reflexionar y a recordar que cuando estábamos niñas por lo general alguien nos preguntaba:

¿Qué quiere SER cuando sea grande?

Y respondíamos QUIERO...

Y con suerte nos proponíamos HACER muchas cosas para lograr la realización personal.

Y en esa búsqueda de una vida plena nos debatimos entre el SER, QUERER Y EL HACER.

Yo me puse a analizar estas palabras que parecen simples, pues se supone que si seguimos esta secuencia podemos tener una buena vida. A ver que les parece.

SER- SENTIR -AMAR. (Corazón)

Esta es la dimensión del SER, de los sentimientos donde se supone que el sentimiento que más nos hace vibrar la conciencia es el amor. Todo lo que sentimos, nuestras sensaciones e intuiciones tienen que ver con nuestro SER. Por eso cuando nos preguntamos:

- ¿quien soy?
- ¿Qué elijo SER?
- ¿Qué me emociona, qué me enamora, qué me apasiona SER?

Estamos en la dimensión espiritual de nuestra conciencia. Es la esencia, es el propósito de nuestra vida. Es lo que siente nuestro corazón. Sabían que el corazón es el único órgano del cuerpo que no se enferma de cáncer. Sus células no son egoístas. Su palpitar tiene la frecuencia más alta de todos los órganos de nuestro cuerpo. Su palpitar permite nuestra vida. ¡Qué casualidad! Las mujeres sentimos corazonadas.

-“Es que siento que pasa algo...”
- Oh mujer ya estás inventando, nada pasa, todo está bien”

Así muchas dudamos de nuestras intuiciones porque nos enseñaron a negar lo que sentimos, a negar nuestra propia realidad.

En sus testimonios las mujeres expresan claramente con pasión lo que quieren SER.

“Cuando empecé a tomar decisiones, a la primera que tuve que enfrentar y comprender fue a mi misma. Fueron tantos años de sumisión y de dejar que otros pensarán por mí.” Erlinda Quesada Angulo. Y aprendí a volar, Limón, Costa Rica, Concurso 2004.

Descubrí que las historias de vida más que ayudarnos a pensar nos hacían sentir. Y que los sentimientos, así expresados, son una energía que puede crear o destruir la vida de muchas personas y de otros seres vivos.

QUERER -PERCIBIR - VISUALIZAR. (cerebro)

Esta es la dimensión de las percepciones, la visualización de las posibilidades de lo que quiere nuestro SER. Aquí estamos en la dimensión mental. En la mente cada persona interpreta la realidad a su manera de acuerdo a lo que vive o ha vivido. Por eso decimos cada cabeza es un mundo.

Cada persona visualiza el mundo como lo percibe o sea como lo ve desde sus sentimientos y contexto. Y así lo interpreta. Imaginamos, suponemos, fantaseamos, soñamos. Es la dimensión del pensamiento, las ideas, creencias, mitos, conceptos, los silencios. Todo lo que hemos interpretado de las enseñanzas que hemos recibido a través de nuestra vida y de la historia están como recuerdos en nuestra mente.

-¿Cuántas posibilidades para escoger? Pero de todas las posibilidades ¿cuál elijo yo?. Cuando visualizamos lo que queremos SER atraemos eso que queremos.

La clave está en sentir, que eso que se quiere, ya se tiene. Visualizando, sintiendo, haciendo lo que quiere el SER. Así creamos el cambio también en nuestra mente. **“Me vi sentada detrás de un escritorio en una oficina con la cual soñaba. Era abogada. Me vi tan feliz ahí sentada”.** Marlene Mora. ¿Con qué sueñan las mujeres del campo y la ciudad?, Grecia, Costa Rica, Concurso 2007.

Ahora bien, el Concurso abrió el espacio para que las mujeres pudieran expresar lo que sentían. Y resulta que en esto del SER, QUERER y HACER la dimensión de EXPRESAR no se contempla en nuestra realización personal, porque se nos ha negado y arrebatado este derecho.

Veamos porque es tan importante expresar de todas las formas posibles.

EXPRESAR - ELEGIR - DECIDIR (Garganta)

Claro ahora comprendía porque tantos ataques a nuestras gargantas, porque tantas mujeres enfermas de su garganta. Obligadas a callar, obligadas a tragarse sus sentimientos.

Esta dimensión de expresar ha sido descalificada y eliminada para las mujeres en la formación y en la educación formal e informal.

Tomar decisiones puede ser normal para muchas personas, sin embargo, para una gran mayoría esta posibilidad de expresar, decidir y elegir es un conflicto en nuestras vidas.

Y cuando tenemos la oportunidad de decidir, posiblemente es para apoyar a otros, o también nos encontramos que otras personas toman decisiones sobre nuestra vida, por nosotras.

La pregunta es ¿Esta decisión es mía o alguien me la ha impuesto consciente o inconscientemente?

Esta es una dimensión que necesitamos recuperar y ejercitar para llegar a la existencia plena. Por muchos siglos creíamos que no teníamos voz y no se nos visibilizó en el lenguaje, en la historia, ni se nos tomó en cuenta en los espacios de decisión.

¿En qué momento perdimos este derecho?

En el momento que se nos niega el derecho a expresarnos y esto ha sucedido de generación en generación, por los siglos de los siglos. Y todavía cuando menos lo esperamos alguien se otorga el derecho de callarnos, con gestos, acciones, omisiones, ofensas y agresiones de todo tipo.

Nos socializaron para SENTIR que no teníamos derecho a decidir, a hablar, a comunicar, a expresar lo que sentimos y queremos.

Decidieron que no apareceríamos en la historia como creadoras de conocimientos o protagonistas de grandes hazañas. Y no se nos nombró.

“Nombrar o definir es un poder inmenso, hasta ahora bien utilizado por los hombres”. Facio Alda ³.

“Lo que no se nombra no existe. Así se ignora la existencia de lo que no es nombrado”. Calvo Yadira ⁴.

Gracias mujeres sabias que con sus reflexiones me iluminaron el camino.

Cuando las mujeres se apropiaron de la palabra, escrita u oral en el Concurso para contar sus historias de vida recuperaron su derecho a expresar, a decidir, a definir. Y al expresarse cristalizaron, materializaron y dieron forma a la energía de su pensamiento.

Este mismo ejercicio lo podemos trabajar en nuestra vida diaria, porque siempre tenemos miles de ideas y pensamientos geniales, pero debemos tomar la decisión de elegir, partiendo de lo que queremos SER realmente.

Esta es otra forma que tenemos las mujeres de crear, porque cuando nos expresamos recreamos nuestra vida a través de esta energía (sentimiento) que se expresa de forma poderosa a través de la palabra – vibración. Así podemos nacer de nuevo.

¿Por qué testimonios? Por que la palabra y nuestro lenguaje es también parte importante del cambio. Hay una

³ Doctora Alda Facio, Abogada y escritora costarricense, citada por Yadira Calvo en el Libro *A la mujer por la palabra*, página 20.

⁴ Calvo Fajardo Yadira, *A la mujer por la Palabra*, EUNE, Costa Rica, 1989.

estrecha relación entre el lenguaje y el cuerpo. Es por esto que muchas mujeres nos dijeron que las palabras ofensivas y agresivas dolían más que los golpes. Y en efecto son cicatrices que cuesta borrar de nuestro cuerpo mental y espiritual.

De ahí la necesidad de cambiar y usar un lenguaje con sentido de vida, inclusivo y afirmativo. Un lenguaje con sentimiento. Recordar el femenino SER o sea vivir sentimientos de amor, de respeto, ternura, paz, desde nuestro corazón, no de la boca para afuera.

Con las mujeres también nos dimos cuenta que cuando NO nos expresamos, NO DECIDIMOS y esto significa que estamos decidiendo no crear una nueva situación, estamos decidiendo no cambiar.

Y así tenemos muchas decisiones postergadas, decisiones sobre nuestro cuerpo, sobre nuestros bienes, sobre los cargos que ocupamos o no, sobre nuestra propia transformación.

No podemos cambiar a otros. Eso comprendimos que es una ilusión. Las personas cambiarán cuando lo decidan. Y no siempre la gente cambiará porque nosotras lo queramos o por la información que les brindemos con cifras, razones, o argumentos, estén correctas o no. Aunque una buena noticia es que si podemos decidir hacer cambios en nuestra propia vida, que cambiarán las relaciones de poder con otras personas.

“Días antes de irse él de la casa definitivamente, dijo que si me dejaba las niñas iban a ser unas prostitutas, porque eso era lo que yo les iba a enseñar, y que el niño seguramente sería un vago. Eso me dolió mucho, que el padre de mis hijos les pronosticara ese futuro. Pero yo le dije: un día usted se tragará esas palabras que ha dicho y así fue....”

Actualmente curso el último año de mi licenciatura en desarrollo social y 4 de mis 5 hijos están en la universidad, solo el mayor no, pues interrumpió sus estudios universitarios para trabajar en los Estados Unidos”. Ada Luz Cuadra. Testimonio La maravillosa experiencia de mi vida, Estelí, Nicaragua, Concurso 2007.

Cierro esta parte con este pensamiento del filosofo de la India OSHO.

Detrás de una decisión de transformación y cambio hay un sentimiento que nos empuja a recrearnos, a crecer y a florecer.

HACER – ACTUAR - VIVIR

Esta dimensión si que la conocemos muy bien las mujeres, sabemos muy bien HACER. Nos han enseñado a estar siempre ocupadas y preocupadas. Estamos en un activismo permanente y muchas veces inconsciente. Tenemos mucho que hacer en la casa, con los hijos, en la comunidad, en la escuela, la iglesia, en el trabajo, en la parcela, con la pareja...

¿Es posible tener un momento para nosotras sin que sintamos un sentimiento de culpa?

Usted dirá...” la información sobre mis derechos la tengo muy clara, pero es que hay algo, como un sentimiento que me viene sin yo querer y siento culpa”. No decimos pienso culpa. Y nos llevamos la mano al corazón al decir que siento y no a la cabeza.

Siempre hacemos lo imposible por los otros y aquello que queremos para nosotras mismas queda postergado, para después, para cuando haya tiempo, o dinero, sin embargo, para los otros siempre hay.

Tenemos 24 horas como todas las personas del mundo, sean ricas o pobres, y curiosamente, 24 horas no nos alcanzan para sacar una hora para nosotras.

Quizás, si pensáramos más que nuestra vida es finita, recordaríamos que tenemos que vivir nuestra propia vida.

Vivir nuestro sueño y hacerlo realidad. Actuar, ejecutar, llevar a la acción lo que decidimos o elegimos SER. Con todas las energías enfocadas en la ejecución de lo que hemos decidido y definido.

“Participo en la defensa del territorio y los recursos naturales de Amatlán. Colaboro de forma voluntaria en la Radio Comunitaria La Pochota: La Voz del Pueblo que surgió a raíz del movimiento de lucha y tiene como finalidad difundir educación y cultura. Mi interés es hasta hoy, seguir colaborando por un mundo más limpio, por un Amatlán, donde las niñas, los niños y los adultos podamos construir el mundo que queremos; el lugar más limpio y saludable para convivir. La naturaleza de mi entorno alimenta mi espíritu de lucha, porque defender lo verde es una esperanza para siempre”. Gabriela Sáenz Cadena Veracruz México, Concurso 2011

Mirémonos mujeres, somos capaces de sacar hijos profesionales, animar movimientos de lucha, apoyar políticos, sacar adelante a nuestra familia como jefas de hogar y entonces... -¿Qué nos limita?

Nos limita nuestros miedos, temores, desconfianzas, inseguridades, todos sentimientos aprendidos y reforzados desde nuestra niñez y a través de la historia.

Por eso cuando nuestros sentimientos son positivos y afirmativos, mejoraran la calidad de nuestros pensamientos que impulsarán acciones, hábitos y nuevos comportamientos que afianzarán el cambio.

Sí, he sido testigo de muchos cambios que ha generado

el Concurso, como el caso de Verónica Recinos de Honduras que se animó a escribir su propio libro de testimonios. Sin embargo, reconozco que difícilmente podré saber qué cambios ellas provocaron en las miles de lectoras u oyentes que escuchan todavía sus testimonios en América Latina. Solo sé, que parte de sus vidas ya están contadas, quedarán en la historia y ellas seguirán tocando los corazones de muchas otras personas.

Bien, esta reflexión que les he compartido, es lo que he aprendido en estos años y es que me di cuenta que estas dimensiones no se pueden separar, solo son niveles diferentes que hay que explorar para llegar a la existencia plena. No podemos decir, aquí empieza y aquí termina una u otra dimensión de la conciencia. No, porque todo ES.

Nada está separado de nada, nada está aislado, son ideas falsas aprendidas para debilitarnos, la fortaleza esta en la unidad y en eso mujeres si que podemos trabajar cada día. No se les olvide

SER- QUERER- EXPRESAR- HACER

Gracias por permitirme conocerlas y aprender tanto de todas ustedes.



Lilliana León Zúñiga (Lili)

Centro de Comunicación Voces Nuestras.

17 de noviembre 2013.

lilileon52@gmail.com

¿CÓMO ESCRIBIR UN TESTIMONIO?

Escrito por Lilliana León Zúñiga

Para escribir su historia o testimonio de vida tome en cuenta estas recomendaciones que hemos retomado de la experiencia con participantes de siete ediciones del Concurso de Mujeres: Voces, Imágenes y testimonios realizado desde el 2000 por el Centro de Comunicación Voces Nuestras.

Primero debemos saber ¿qué es un testimonio?

Un testimonio es una narración que hacemos de nuestra vida partiendo de hechos reales. Es una historia que contamos de forma coloquial, sencilla y clara para que sea comprendida fácilmente.

En realidad el testimonio no tiene una estructura fija, cada persona puede contar su historia como prefiera. Pero, tiene la virtud de dejar una lección, un aprendizaje, una enseñanza a las personas que lo leen o escuchan.

Su creación inicia cuando la persona por voluntad propia decide romper el silencio interior para contar y compartir momentos importantes de su vida. Este acto nos permite recuperar la palabra, la voz y ejercitar el derecho a la expresión.

Escribir el testimonio muchas veces se hace con dolor o alegría, pero desde una posición de control, porque el acto de escribir se convierte al mismo tiempo en un acto de reflexión personal.

¿Qué debemos tomar en cuenta para hacer un testimonio?

Enfocar bien el tema: Esto nos ayuda a enfocar en una dirección la redacción del testimonio. Para enfocarse en el tema se recomienda partir de un hecho concreto, aunque después la narración se mueva al pasado, presente o futuro.

Por ejemplo el tema:

LIDERAZGOS DE LAS MUJERES EN LA ECONOMIA SOLIDARIA Y EL CONSUMO RESPONSABLE

Es un tema que nos orientó a escribir desde la visión de las mujeres cuál es nuestro aporte a la economía solidaria y al consumo responsable. En esta publicación fue abordado desde el trabajo en la casa, la organización, la empresa y la comunidad.

Es conveniente partir de una experiencia que nos haya marcado la vida. Preguntémosnos:

- ¿por qué me marcó esa experiencia?
- ¿Cómo me sentí viviendo esta situación o experiencia?
- ¿Qué salió mal, qué salió bien y por qué?
- ¿Qué cambios mejoraron mi buen vivir?
- ¿Quiénes me apoyaron?
- ¿Qué aprendí?
- ¿Que compromisos y resultados tengo de todo esto que vivo o viví?

Estas son algunas de las preguntas que no podemos hacer con respecto a la experiencia que hemos decidido contar. Pero, la ciencia no está en responder las preguntas, sino hacer una reflexión personal antes, y luego, libremente empezar a escribir. Si lo desea puede tener algunas frases claves que le ayuden a recordar lo que quiere contar.

Características de un testimonio:

Es vivencial: La historia tiene fuerza, es propositiva, no victimiza a la persona protagonista. Parte de la vida real, no es ficción. La persona cuenta lo que le pasa, le pasó o le está pasando, sin omitir los sentimientos, emociones sobre lo que está sintiendo a la hora de escribir. El testimonio es mejor si lo escribe en primera persona, como lo vemos en el siguiente ejemplo:

"...Quedamos los adultos. Huíamos debajo del bambú y nos tiraban bombas. Debajo de la iglesia y ahí nos tiraban otra vez. Lo estoy diciendo y es como si lo estoy viendo..."

Testimonio ganador: Lo estoy diciendo y es como si lo estoy viendo. Emilia Gamarra y las niñas: Haydée Gamarra y Cristy Vargas. Comunidad de San San Drudi. Bocas del Toro. Panamá.

Es coherente: Es cuando nuestras ideas se van hilando de una forma lógica. Se cuida la relación entre cada idea para que lo que estamos contando tenga sentido. Para mayor coherencia los párrafos se hacen cortos de tres o cuatro líneas para no dificultar la lectura y la comprensión. Una sola idea por párrafo.

"...¿Qué pasa don Paco?, le pregunté. ¿Tiene algo que contarme? Y me dijo: "Si... Ese profesor abusó sexualmente de Carmelita y mi hija ahora se encuentra en estado de embarazo".

Sentí un escalofrío en mi cuerpo, no supe por unos segundos qué responder, ni me imaginé la odisea que Carmelita y yo viviríamos a partir de allí dentro de la institución educativa..."

Testimonio de Nolvía Verónica López Recinos, Camayagüela, Honduras

Es claro y sencillo: Contamos nuestra historia de manera natural, con palabras propias, sencillas que reflejen lo que realmente pensamos, sentimos y vivimos. Sin preocuparnos por adornar el texto con palabras complicadas, entre más sencillo, más fácil de comprender. Las palabras de más de 4 sílabas no siempre son comprensibles para personas de un nivel escolar bajo. Un ejemplo:

"... Carmencita, que ya ha terminado de devorarse un gallito de papa, hecho por ella, y tomado otro sorbito de café, dice: "Y ¿la que me pasó a mí? Fui a pedirle una ayuda al Alcalde y me encontré con un joven que me preguntó a quién buscaba, y le contesté que al "gordo, panzón, calvo, feo y gruñón del Alcalde". Gentilmente, el muchacho me pasó a una oficina y, me pidió le explicara el asunto porque "yo soy el Alcalde" ¿Se imaginan ustedes, qué vergüenza sentí? Ni modo, tuve que explicarle el motivo de mi visita: ayudas para el pueblo.."

"Al calor de una tacita de café" Flor de María Castro Navarro, Carmen Sánchez Arias, Odilia Sánchez Soto, Gladys Trigueros Umaña, Moravia, Costa Rica

- Rico en expresiones: El testimonio puede tener las diferentes expresiones que se usan cotidianamente en una conversación. Escribamos en un primer momento para nosotras mismas, con toda libertad de lo que pensamos y sentimos, liberando todo lo que llevamos dentro con respecto a ese tema que hemos escogido. Dejamos el texto a un lado por unos días y luego lo retomamos. Para corregir el texto lo leemos en voz alta y se van haciendo las correcciones.

“Cuando llegas a una casa en Amatlán, lo primero que te llama la atención es el lugar donde está el el ;pozo de agua, porque todo visitante pide probarla y su sabor es especial. Cómo dejar que la tecnología llegara al pueblo con sus sofisticadas palabras de “relleno sanitario”. Se escuchaba como basura cubierta de tierra.”

*“Defensa verde , esperanza para siempre”
Gabriela Sáenz Cadena, Veracruz, México.*

AGRADECIMIENTOS

En Voces Nuestras una especial gratitud a María del Carmen León (Mary), por su compromiso y aportes en estos 13 años del Concurso en Centroamérica. Muchísimas gracias por el trabajo y dedicación a las mujeres.

En la producción de la serie de los mejores 10 testimonios y las poesías ganadoras agradecemos a Leonardo León, Laura Mc Quidy, Anna Hackl, Joaquín Tapia, Nathalia Rojas y Noelia Alfaro.

En el apoyo gerencial y administrativo a Lorena Di Palma, Sandra Salazar, Juan Carlos Morales y Maritza Salgado.

A Margarita y a Maryorie Segura Rodríguez de la Comisión de ambiente, Comisión de cultura y la Peña Cultural de Abangares.

A Kattia Castro por escribir y cantar la canción de la serie del Concurso 2013.



La Asociación Voces Nuestras, Centro de Comunicación Educativa es una organización sin fines de lucro fundada en 1989 y con proyección Centroamericana.

Voces Nuestras facilita procesos de comunicación para la incidencia, la articulación del movimiento social y la educación para el desarrollo en Centro América. Trabaja la comunicación como un derecho humano y desde una visión estratégica para fortalecer la expresión de las diversidades multiculturales por todos los medios a nuestro alcance.

Nuestras temáticas de trabajo son:

- Comunicación como derecho humano.
- Ambiente (defensa del agua, de la tierra, territorios costeros, entre otros)
- Economía solidaria y consumo responsable.
- Derechos humanos (derechos de las mujeres, migrantes, jóvenes, entre otros)

Trabajamos con el movimiento ambientalista, el movimiento de mujeres y el movimiento por el derecho a la comunicación mediante organizaciones, iniciativas de comunicación, instituciones, organismos, grupos y los movimientos.

Área de formación para la incidencia

Capacitamos y asesoramos a representantes de organizaciones y movimientos sociales en aspectos técnicos y

políticos de comunicación, para fortalecer su incidencia en la transformación social, la defensa de derechos humanos, los modos de vida en las comunidades y cambios en las políticas públicas.

Ofrecemos talleres y asesorías en:

- Diseño participativo de estrategias de comunicación para la incidencia.
- Comunicación, imagen y posicionamiento de las organizaciones sociales.
- Gestores y gestoras de comunicación para la incidencia.
- Manejo y uso de herramientas para la internet (audio, blogs, redes sociales)
- Herramientas de comunicación (entrevista, cuña, reportajes, campañas)
- ¿Cómo hacer programas de audio para internet?
- Producción de radio (cuñas, guiones, micros, radio-novelas, entre otros)
- Producción gráfica (boletines, afiches, notas, comunicados)
- Comunicación y género para apropiarse del derecho a la expresión.
- Diseño, ejecución y sistematización de diagnósticos de comunicación.
- Sistematización de experiencias de comunicación y campañas.

Área de Producción multimedia y servicio informativo para la incidencia.

El objetivo es visibilizar las acciones y agendas de las distintas expresiones de los movimientos sociales en Mesoamérica. El acceso y uso de los medios de comunicación locales, nacionales e internacionales por parte de las organizaciones de base, es la estrategia que impulsamos.

El servicio informativo permite divulgar información sobre Centro América en América Latina y en Europa, mediante la producción y transmisión de un informativo "Radio Revista Voces Nuestras"

Ofrecemos:

- La hora de los movimientos sociales en Radio Actual 107.1 FM donde Voces Nuestras junto con otras tres organizaciones producen programas de interés a los movimientos. Voces Nuestras produce la Revista Noticiosa Voces Nuestras los viernes de 1 a 2 de la tarde y el programa Vida Cotidiana, un espacio donde se abordan temáticas e historias de interés con especialistas los jueves de 1 a 2 de la tarde.
- Dirección artística, locución, edición y montaje de audio. Y realización de producciones en diversos formatos radiofónicos (radionovelas y dramatizados, cuñas, adaptación de testimonios, reportajes, entre otros)
- Producción de vídeos educativos. Y grabación de audio para audiovisuales, películas, entre otros grabado en una alta definición digital.
- Alquiler del estudio de grabación que cuenta con tecnología digital actualizada.
- Realizamos todo tipo de grabaciones entre ellas: locuciones (Para radio, Cine, Teatro, etc..) voces o instrumentos simples (guitarra, teclado, vientos o percusión) para una producción musical. Conferencias.
- Grabación, edición, musicalización de producciones de distinta índole.
- Transferencia de audio (LP, KCT, VHS, DAT, Minidisk) a formato digital (Wav, Mp3 o Audio CD).

- Asesoría periodística.
- Convocatorias y organización de conferencias de prensa.
- Contacto con prensa y elaboración de comunicados.
- Talleres de redacción- Cómo buscar un enfoque noticioso.
- Elaboración de reportajes.
- Coberturas de actividades especiales (prensa, radio y foto).

Asociación Educativa Centro de Comunicación Voces Nuestras

Teléfonos:

(506) 2224-8641 / (506) 2283-2105
Fax: (506) 2283-2105

Dirección física:

Carretera a Sabanilla, entrada a Barrio Carmiol,
100 metros sur, 600 metros este casa #257
Correo postal 1224-1002 San José, Costa Rica.

Directora Ejecutiva:

Master Maritza Salgado Silva

e-mail: direccion@vocesnuestras.org
e-mail direccionvocesnuestras@gmail.com

Sitio Web: www.vocesnuestras.org
facebook: <http://www.facebook.com/people>
twitter@vocesnuestras.org
Radiorevista-Voces-Nuestras/1060718852

